



NOU

HISTORIA

EDICIÓN COLECCIONISTA

LA ARMADA INVENCIBLE

VERDADES Y MENTIRAS DE LA MAYOR FLOTA DE LA HISTORIA



MUSEO DEL PRADO

Felipe II retratado por Tiziano. Se dice que ante la derrota de la Gran Armada el rey dijo: «Yo envié mis naves a luchar contra los hombres, no contra las tempestades». Aunque fue puesta en boca del rey ya en el siglo XVII, es posible que nunca la pronunciara esta frase.

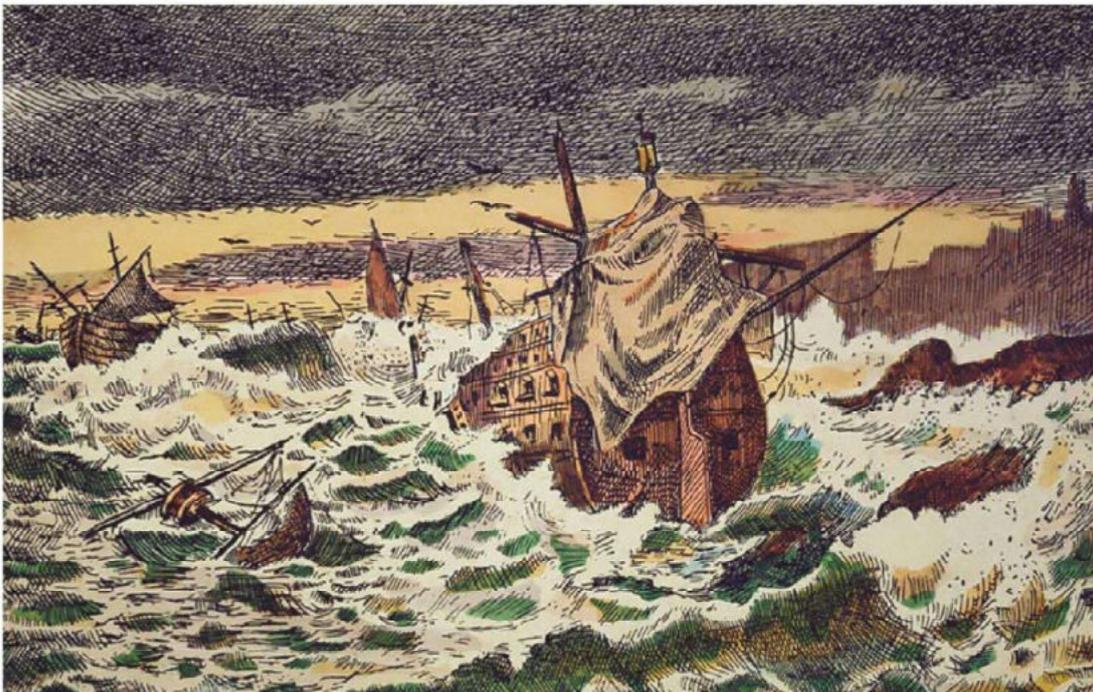
**«En lo que Dios hace no
hay que perder ni ganar
reputación, sino
no hablar de ello»**

Felipe II (sentencia que el monarca escribió en el
margen de unas cartas enviadas al duque de Parma
cuando tuvo noticias del fracaso de la Armada)

GLORIA, NAUFRAGIO Y LEYENDA

En el verano de 1588, Felipe II envió al mar la que sería conocida como la Grande y Felicísima Armada, con el objetivo de invadir Inglaterra y destronar a Isabel I. Aquella operación naval, una de las más ambiciosas de la historia moderna, fue ante todo el reflejo del gran conflicto religioso, político y marítimo que dividía Europa en el siglo XVI. El Imperio español, hegemónico en gran parte del mundo conocido, aspiraba a restaurar el catolicismo en Inglaterra y frenar las incursiones piratas y la amenaza protestante. La Armada fue concebida como una fuerza combinada de mar y tierra. Al mando estaba el duque de Medina Sidonia, un aristócrata leal, pero sin experiencia naval, que debía enlazar con las tropas de Alejandro Farnesio, gobernador de los Países Bajos. El plan, sin embargo, naufragó entre errores de coordinación, decisiones apresuradas y una feroz respuesta de la flota inglesa, comandada por figuras tan célebres como Francis Drake y Charles Howard. Las inclemencias del Atlántico Norte hicieron el resto. De los aproximadamente 130 barcos que partieron, solo regresaron a España poco más de la mitad. La derrota no supuso el fin del poder naval español, pero sí marcó un cambio simbólico en la percepción del Imperio: la «Invencible» se convirtió en una figura paradójica, ensalzada por unos y denostada por otros. La leyenda negra, el romanticismo del desastre y la propaganda de época han hecho de la Armada Invencible un capítulo fascinante y contradictorio, paradoja de la que no huimos en esta revista de Muy Historia, en la que damos espacio a las diversas voces sobre ella, porque ni fue tan invencible como su nombre sugiere, ni tan catastrófica como se ha querido mostrar. Fue, sobre todo, el reflejo de un tiempo en el que el viento, la fe y la política cruzaban espadas en los océanos. Un episodio que, más allá del naufragio, sigue surcando la historia. Disfruta de la lectura.

CARMEN SABALETE
Directora



La furia del Atlántico devoró los sueños del Imperio: la Armada española, abatida por tormentas implacables y la resistencia inglesa, encuentra su destino entre las olas.

COTENIDOS

- 08 ¿DE DÓNDE VIENE «ARMADA INVENCIBLE»?
- 18 ESPAÑA FRENTE A INGLATERRA
- 28 FELIPE II E ISABEL I, DOS COLOSOS ENFRENTADOS
- 42 LA BATALLA CRUCIAL
- 54 EL CORSARIO QUE NO VENCIO. FRANCIS DRAKE
- 66 LOS PERSONAJES
- 80 HUELLAS SUBACUÁTICAS DE LOS SUPERVIVIENTES DE LA GRAN ARMADA EN GALICIA
- 92 EL FRACASO DE LA CONTRAARMADA
- 104 UNA HEROÍNA DEL PUEBLO, MARÍA PITA
- 116 REALIDAD Y LEYENDA, INGLESES EN CÁDIZ
- 130 CUANDO LA PROPAGANDA SE CONVIERTE EN HISTORIA
- 142 LAS CONSECUENCIAS DEL FRACASO DE LA GRAN ARMADA
- 152 LA HUELLA DE LA «ARMADA INVENCIBLE» EN LA CULTURA POPULAR
- 160 GUERRA Y FILOSOFÍA, LA INVENCIBLE Y EL LEVIATÁN
- 170 ESPÍAS, LA GUERRA EN LA SOMBRA
- 178 LA ÚLTIMA Y MORTAL PESADILLA DE LOS NAUFRAGOS DE LA GRAN ARMADA
- 186 LA ARMADA INVENCIBLE SALE VICTORIOSA DE SU CAMPAÑA EN INGLATERRA
- 192 BIBLIOGRAFÍA





SURNOMMEE INVINCIBLE VAINCUE
PAR LES ANGLAIS LE 22. IUILLET. 1588.

La Armada Invencible fue el nombre dado a la flota enviada por el monarca español Felipe II contra Inglaterra en el año 1588. *Lucha de los buques ingleses contra la Armada Invencible en Calais.* Autor anónimo del siglo XVI, perteneciente a la Escuela Holandesa.

ALBUM

¿DE DÓNDE VIENE
«ARMADA INVENCIBLE»?

EL ORIGEN DE UN NOMBRE

PEDRO LUIS CHINCHILLA

Experto en la Armada Invencible y autor de ArmadaInvencible.org



La guerra propagandística que, en formato de pequeños cuadernos impresos y de escasa distribución, libraron españoles, holandeses, franceses, italianos e ingleses desde la organización de la Armada hasta varios meses después de los dramáticos sucesos del verano de 1588, constituye el núcleo fundacional de lo que, con el paso del tiempo, llegaría a conocerse en la historiografía y la cultura popular como la verdadera historia de la famosa —y controvertida— denominación «Armada Invencible», cargada de ironía, mito y rivalidad internacional.

EL ORIGEN DE LA BURLA

Así, se atribuye a William Cecil (1520-1598), barón de Burghley, consejero y mano derecha de Isabel I, el haberse mofado de la Armada española con dicho término en uno de estos libelos, llamado *La copia de una carta*. Esta publicación, que vio la luz a finales de septiembre de 1588 —poco después del paso de la flota española por el Canal—, simula ser la misiva de un clérigo católico inglés al embajador de España en París. El autor dice que es la «copia de una carta mandada desde Inglaterra a don Bernardino de Mendoza, embajador en Francia del rey de España, declarando el estado de Inglaterra contrariamente a la opinión de don Bernardino y todos los demás partidarios de los españoles». Este documento ha sido para la historiografía el motivo injustificado de esa acusación.

La copia de una carta tuvo en realidad tres borradores distintos. El primero de ellos, escrito sobre el 25 de agosto, aparenta ser una respuesta directa a los ataques del cardenal católico William Allen (Alano para los españoles) procla-



La reina Isabel I (en el centro) junto a William Cecil, primer barón Burghley (izquierda), y a sir Francis Walsingham (derecha). Grabado del pintor y grabador inglés William Faithorne.

EL APELATIVO «INVENCIBLE» NO NACIÓ COMO UNA MOFA INGLESA; DE HECHO, ELLOS RARA VEZ LO HAN UTILIZADO

mando la unidad de todos los ingleses, católicos y protestantes, ante la amenaza de una invasión. En el segundo, escrito alrededor del 10 de septiembre, refleja el miedo ante un posible cambio de viento favorable a la Armada española que le permitiese retomar sus planes. Burghley exagera el plan de preparación y la fortaleza de las defensas de Inglaterra (y particularmente de su fuerza naval) con el objetivo de que, una vez publicada, la carta desanimase a los españoles de intentar de nuevo su misión.

En el tercero, y con la Armada española ya de regreso a sus puertos de origen, sus miras se dirigen a desacreditar al embajador español en París, don Bernardino de Mendoza, que permanecía ocupado al intentar reunir a las fuerzas de la Liga Santa contra el rey Enrique III de Francia. Las burlas afiladas contra Mendoza

reflejan la gran preocupación de Burghley por la situación en Francia; de hecho, la copia de una carta fue publicada antes en Francia que en Inglaterra. Frases como «los españoles ni rompieron ningún mástil ni llevaron a ningún prisionero» o «Cristo había mostrado ser luterano» forman parte del «desengaño» del supuesto autor de *La copia de una carta*, que nunca muestra una actitud abiertamente hostil a los españoles, llegando incluso a desearle a la Armada española un feliz regreso a sus puertos.

Ciertamente, en el texto —tanto en los borradores como en la edición impresa—, se usa, pero sin ningún énfasis especial, el término «invencible» refiriéndose a la Armada: «La Gran Armada de España estaba preparada para salir de Lisboa, y su fama en la cristiandad era la de ser invencible y así se publicó en los libros». El «éxito» del epíteto de Burghley



Bernardino de Mendoza.
Grabado calcográfico anónimo del militar,
noble y embajador español en París.

—al menos en España, ya que no lo tuvo apenas en Inglaterra— podría considerarse más bien accidental: es prácticamente imposible que él creyese que esa alusión fuera a ser tomada literalmente (y mucho menos que lo siguiera siendo 400 años después). Ahora bien, historiadores de la talla de Colin Martin y Geoffrey Parker en su magna obra *La Gran Armada (The Spanish Armada)*, Robert Hutchinson en su libro *La Armada Invencible (The Spanish Armada)* y Luis Gorrochategui en su excelente e imprescindible *Contra Armada*, lo mismo

que el autor de este artículo (antes de elaborar esta investigación), coincidimos en situar a *La copia de una carta* como origen de la burla que supone ese adjetivo, ya que todos, cuando nos referimos a la carta de Burghley, citamos que al final de la misma se incluye la frase: «Así termina el relato de las desventuras de la Armada española que solían calificar de INVENCIBLE» (enfaticando el término en mayúsculas). Pues bien: esta es una cita absolutamente falsa, ya que el original de la carta, publicado por J. Vautrollier a finales de septiembre de 1588 en Inglaterra, no termina, de ningún modo, así.

UN TERMINO FORJADO EN ITALIA, NO EN INGLATERRA

Fue en la traducción italiana de *La copia de una carta* donde el toscano Petruccio Ubaldini, calígrafo e iluminador al servicio de Isabel I, incorporó sentencias de su propia cosecha que no aparecían en el original inglés, como esa frase final que los renombrados historiadores ingleses Martin y Parker atribuyeron, en 1988, al original de Burghley –desconocemos por qué– y que ha seguido siendo falsamente citada como tal por otros historiadores durante los últimos treinta años.

Ubaldini se permitió en la traducción italiana (*Commentario del successo dell'Armata Spagnola nell' assalir l'Inghilterra l'anno 1588*), aparte de ese final que no aparece en la edición inglesa, este otro comentario inventado por él: «Aunque ese nombre (el de Invencible) solo se le permitió durante el poco tiempo que estuvo en el puerto de Lisboa, pues no pasó mucho tiempo antes de que lo perdiera por el desastre sufrido». Así pues, tenemos a un italiano de la Toscana (y no a un inglés) enfatizando el apelativo de «invencible» con cierta sorna, algo que no hizo el denostado Burghley.

Fernández Duro, en su obra *Armada Española. Historia de la Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón (1895-1903)*, ya habla de un posible origen italiano del término, pero errando en la fuente, ya que la sitúa en la curia vaticana atendiendo a lo escrito por John Barrow en 1843 en *The Life, Voyages, and Exploits of Admiral Sir Francis Drake*. Convencido de que el adjetivo «invencible» pudo ser utilizado por el vulgo (algo que ni está demostrado ni tiene visos de ser verdad), Fernández Duro lo rescató en el título de su obra de referencia *La Armada Invencible* (1885), al igual que lo haría Herrera Oria en *La Armada Invencible*, publicado en 1929. Sin duda, con ello ambos contribuyeron a una mayor e importante difusión de este apelativo, que se ha mantenido vivo hasta hoy en España.

UNA BULA PAPAL QUE ANADE MAS LENA AL FUEGO

Pero eso no es todo: sería también en septiembre de 1588 cuando apareciese la impresión holandesa de una bula papal –esta vez real, no como otra falsa publicada anteriormente por el cardenal católico Allen– en la que se hace mención a la «Invencible» Armada española.

**SOMOS LOS ESPAÑOLES LOS QUE HEMOS
DADO TONO DE ESCARNIO A «INVENCIBLE»**



Grabado inglés de 1787, cuyo texto ensalza la victoria inglesa sobre la flota española refiriéndose a esta como «the formidable Spanish Armada». Esto corrobora que rara vez las fuentes británicas usan el término «invencible» y menos poniendo énfasis en él.



En la imagen, una de las obras que dedicó Petruccio Ubaldini a la soberana inglesa con estas palabras: «Alla ser et prudentissima Elisabetta». Petruccio Ubaldini fue un mercenario italiano que trabajó como calígrafo e iluminador en la corte de Isabel I, de cuyo favor gozaba.

Sin realmente nada que ver con el conflicto inglés y sin tratar en ningún momento sobre la Armada española de 1588, la bula, sin embargo, incluye en su portada un comentario en el que se dice que ha sido descubierta en las manos de un tal «Armando el español, perteneciente a la Armada Invencible, como así la llaman». Como hoy sabemos, el comentario se debe al polémico activista protestante Philip de Marnix de Saint Aldegonde, que añade, también de su propia cosecha, que esta bula demostraba la licencia papal a España en su lucha contra los protestantes. Muy posiblemente, Saint Aldegonde fue uno de los traductores al neerlandés de la carta de Burghley e incluyó, basándose en el párrafo redactado por este último, el apelativo de «invencible». A su vez, su versión de la bula fue traducida inmediatamente al inglés y publicada por John Wolfe a finales de 1588 conservando la frase «Armada Invencible (como así la llaman)». Burghley recibiría una copia el 16 de octubre.

EL EMPENO ESPAÑOL POR REVIVIR EL TERMINO «INVENCIBLE»

Al analizar el éxito de dicha denominación y el modo en que se ha magnificado en nuestro país, a la vista de los hechos constatamos que, si bien es cierto que pudo obtener cierta popularidad, es un término que cayó muy pronto en desuso en Inglaterra —los libelos propagandísticos de esta época, aunque leídos por una élite cultural y política, no tenían una especial difusión— y que fueron nuestros antepasados del siglo XIX quienes lo volvieron a «reflotar». La realidad es que denominar «invencible» a la Armada española no ha sido, en absoluto, la nota predominante en el mundo anglosajón: desde 1588 hasta hoy, el término «Spanish Armada» ha sido el más utilizado. Sin embargo, en España se ha dado pábulo a esa creencia durante años.

Si bien existen grabados y poemas que exaltan la victoria inglesa sobre la Armada

AÚN HOY ES EL TÉRMINO MÁS USADO EN NUESTRO PAÍS CON DIFERENCIA, COMO DEMUESTRAN LAS BÚSQUEDAS DE GOOGLE

española de 1588 denominando a esta «Invencible Armada» (como la balada de Archie Armstrong, de 1630), lo cierto es que la cantidad de ellos que se refieren a la misma como «Spanish Armada» —o incluso, simplemente, «The Armada»— es abrumadoramente mayoritaria. De hecho, el término «Armada» aparece ya en la Enciclopedia Larousse de la década de 1880 como adoptado en toda Europa para designar a una gran fuerza naval.



Archibald «Archie» Armstrong, bufón del rey inglés Jacobo VI, de Thomas Cecil.

Podemos decir que el término «Invencible» se usó, al menos, en un texto español muy poco posterior al desastre de la Armada española de 1588. Se trata del *Tratado de la tribulación* escrito por el padre Pedro de Ribadeneira en 1589, tan solo unos meses después que la carta de Burghley. En él dice: «Una armada grande y poderosa, y que parecía invencible, aprestada para volver por la causa de Dios y su santa fe católica».

Con todos los datos anteriormente expuestos, creemos, pues, que el término «Armada Invencible», si bien fue usado ocasionalmente en Inglaterra, rara vez se utilizó de una manera especialmente irónica o denigrante. Han sido los historiadores españoles los que durante generaciones han hablado de la Armada como «Invencible», aclarando siempre que se trataba de un adjetivo inglés para nuestro escarnio. Esto ha hecho tal mella en nosotros que ha acabado por convertirse en nuestra propia denominación.

Así, tal designación para referirse a la flota de 1588 es sobre todo utilizada en España, donde han recurrido a ella autores como Cesáreo Fernández Duro, Carlos Gómez Centurión, Antonio Luis Gómez Beltrán (en su magnífica obra *La Invencible y su leyenda negra*), Herrera Oria o el duque de Maura, entre muchos otros. Algo que no debería sorprendernos, ya que, en realidad, la Marina Real inglesa no pudo derrotar a la Armada española y esta regresó a España con un 75 % de su fuerza operativa.

Aún hoy es el término más usado en nuestro país con notable diferencia, como demuestran los datos de las búsquedas de Google: de aproximadamente 9000 españoles que buscaron información en la red sobre este suceso histórico, 8900 optaron por el término «Armada Invencible» y apenas 100 por «Gran Ar-



La expresión de Gran Armada era la utilizada en la época para referirse a la Armada española en general apelando exclusivamente a su tamaño, como demuestra esta carta manuscrita de Felipe II en la que se lee: «Una gruesa Armada».

mada». Sin embargo, de las aproximadamente 20 000 búsquedas mensuales que se realizan desde el Reino Unido, apenas 50 de ellas se buscan por «Invencible Armada», siendo «Spanish Armada» el término más recurrente.

Por otro lado, resulta particularmente curioso que, aunque la mayor parte de la bibliografía inglesa se refiere a la Armada española de 1588 como «Spanish Armada», los títulos son traducidos al español como «Armada Invencible» —es el caso de las obras de Hutchinson, Garret o Carrol— o como «Gran Armada» —así ocurre en las traducciones de Martin y Parker—.

Muletillas como «la mal llamada Armada Invencible» se han usado (y se usan) hasta la saciedad, mientras que se aclara siempre a su vez que, en realidad, su nombre fue Gran Armada o Felicísima Armada o Grande y Felicísima Armada; algo que tampoco es, en absoluto, cierto.

MUCHOS NOMBRES PARA LA ARMADA

Solo en uno de los muchos documentos publicados en 1588 —una relación de la gente embarcada en Lisboa— se utiliza la denominación «Felicísima Armada». Se titula «La Felicissima Armada que el Rey don Felipe Nuestro Señor mandó juntar en el puerto de la Ciudad de Lisboa en el Reyno de Portugal», pero en la reedición del documento que se hace en Madrid ese mismo año desaparece el término. De hecho, el apelativo de «Felicísima» se empleó también para una de las flotas de don Álvaro de Bazán, por lo que ese nombre no es ni mucho menos exclusivo de la Armada española de 1588.

Tampoco la denominación «Gran Armada» lo es, ya que en otras ocasiones, al referirse a la Armada española, Felipe II habla en sus escritos de «una gruesa armada» o de «una gran armada», apelando exclusivamente a su tamaño. En ningún caso es una denominación privativa de la de 1588. Con este mismo sentido genérico es también utilizada por los ingleses en algunos grabados, que se refieren a ella como «The Great Spanish Armada» («la Gran Armada española»).

En cuanto al apelativo de «Grande y Felicísima Armada», la realidad es que no aparece en ningún documento original del periodo que hayamos podido encon-

**TAN SOLO EN UNO DE LOS MUCHOS
DOCUMENTOS PUBLICADOS EN EL AÑO
1588 SE UTILIZA «FELICÍSIMA ARMADA»**



Grabado de un abordaje entre tripulaciones en la cubierta de un navío.

trar haciendo alusión al contingente de 1588, por lo que es prácticamente imposible que fuese llamada de esa manera. Sí fue utilizado en la época el apelativo «la empresa de Inglaterra», pues era habitual utilizar este término para cualquier operativo bélico emprendido, tal y como se refleja, por ejemplo, en «la empresa contra los turcos». En realidad, «la empresa de Inglaterra» es una amalgama de acciones diplomáticas, logísticas y operacionales que tampoco hace una alusión intrínseca a la Armada, al igual que los términos «cuestión de Inglaterra» o «jornada de Inglaterra», también utilizados en la época.

Ateniéndonos a los documentos originales, la Armada española de 1588 es llamada «el Armada» (casi siempre en masculino). Así es como se refieren a ella en toda la correspondencia y en todos los documentos referidos a la Armada española, escritos tanto por Felipe II como por el duque de Medina Sidonia, Recalde, Leyva y todos los participantes españoles en la contienda.

Con todos los datos expuestos anteriormente, podemos concluir que el término «Armada Invencible» no fue en absoluto privativo de Inglaterra, donde apenas cuenta con tradición en las fuentes, y si la tuvo ocasionalmente, su fuerza se perdió con el tiempo. Esta denominación, sin embargo, se hizo popular en España a partir del siglo XIX y se ha quedado con nosotros: es nuestra manera absolutamente mayoritaria de referirnos a la Armada española de 1588, mientras que los defensores de los términos «Grande y Felicísima Armada», «Felicísima Armada» o «Gran Armada» lo argumentan más bien con poco rigor. Como solución, animo a todos aquellos a los que les chirrié el término «Armada Invencible» a usar simplemente el de «Armada de 1588» o, aún mejor, «Real Armada y ejércitos de Su Majestad», apelativo que utilizó el duque de Medina Sidonia y que, además, no olvida a los tercios embarcados, los otros grandes protagonistas de esta historia. ■



ESPAÑA FRENTE A INGLATERRA

CAROLINA DEL PRADO
Periodista

Carta portulana del océano
Atlántico Nororiental (1587), de
Joan Martines, cartógrafo que
trabajó al servicio de Felipe II.



Anglaterra

Sardinia



Aguafuerte del grabador flamenco Frans Hogenberg que representa la histórica abdicación del emperador Carlos V a favor de su hijo Felipe II, momento crucial para España y Europa.

En el siglo XVI, España imponía la moda, la religión y la política en el mundo —como gran potencia mundial, cuanto provenía de ella era a menudo imitado—; sin embargo, no supo aprovechar ese liderazgo ni administrar bien las riquezas que llegaban del Nuevo Continente para prosperar económica y socialmente y, poco a poco, la España de Felipe II se desangró en guerras y conflictos de religión. El hueco que iba dejando lo ocupaba Inglaterra, que vivió con la última Tudor casi medio siglo de estabilidad. Isabel I llevó a su país a una época de predominio mundial, prosperidad y relativa paz religiosa en casa. Mientras Felipe gobernaba en una España que dejaría de ser en poco tiempo un verdadero imperio, Isabel reinaba en una Inglaterra que empezaba a despegar como gran potencia hegemónica.

CONFLICTOS DE RELIGION

A Felipe II, la defensa de la religión católica le llevaría a embarcarse en empresas imposibles tanto fuera como dentro de España. El protestantismo, que avanzaba inexorablemente por Europa, se mezclaba con las reivindicaciones políticas y territoriales en los Países Bajos. Estos constituirán un enorme problema para el monarca, quien no supo solucionar el conflicto político-religioso allí generado.

Y si Felipe no estaba dispuesto a hacer concesiones religiosas en Flandes, menos aún las haría en España, donde la Inquisición tuvo un papel decisivo en la uniformidad ideológica y fue un instrumento eficaz de control social. La represión fue tan intensa que no escapó a ella ni Teresa de Jesús, que sufrió un amago de proceso de la Inquisición, aunque encontraría a la postre el amparo del rey.

Importante fue la cuestión morisca, que derivó en la rebelión de las Alpujarras. Un edicto promulgado en 1566 prohibió el uso de la lengua árabe, y otras leyes de 1568 limitaron las expresiones culturales de raíz islámica. La consecuencia fue una sublevación de grandes proporciones en las Alpujarras granadinas. La acción militar de los tercios imperiales al mando de Juan de Austria acabó con el levantamiento y más de 80 000 moriscos fueron expulsados o dispersados por diversos lugares de Castilla.

Mientras esto ocurría en España, la Inglaterra de Isabel I vivía una estable pacificación interna tras las luchas de religión de los monarcas anteriores.



Hidalgo, «hijo de algo» o «alguien», se refería a la nobleza sin título.

Actuando con prudencia, la reina promulgó en 1559 el Acta de Supremacía que puso nuevamente en vigor las leyes religiosas de Enrique VIII y Eduardo VI, abolidas en tiempos de María Tudor. El edicto, aunque reforzaba el protestantismo y declaraba ilegal la celebración de la misa, era excepcionalmente tolerante con la población católica. Además, Isabel se cuidó de no verse superada por el fanatismo protestante decretando el mantenimiento de la jerarquía y la liturgia católicas.

Sin embargo, esta *entente cordiale* fue bruscamente rota por el papa Pío V y la bula de excomunión que desligaba a todos los súbditos ingleses de su lealtad a la reina. A partir de ahí, toda una serie de supuestos complots católicos justificaron que la Corona recrudesciera la represión de

forma periódica, represión que aumentó con el fracaso de la Armada de Felipe II en 1588. El sistema de delación alcanzó niveles que nunca soñó la inquisición.

Quizás el mayor quebradero de cabeza interno de Isabel I fue el problema planteado por las pretensiones al trono inglés de la católica María Estuardo, la reina de Escocia, que se convirtió en el centro de las conspiraciones católicas. Ante el temor de que pudiera llegar a un entendimiento con los españoles, el Parlamento presionó a Isabel para que ordenara su ejecución. La escocesa fue sometida a juicio y hallada culpable de atentar contra la vida de Isabel, pero durante tres meses esta demoró la corroboración de la sentencia. Finalmente, la firmó, y María fue ejecutada en febrero de 1587. Isabel viviría atormentada por esta muerte el resto de su vida.

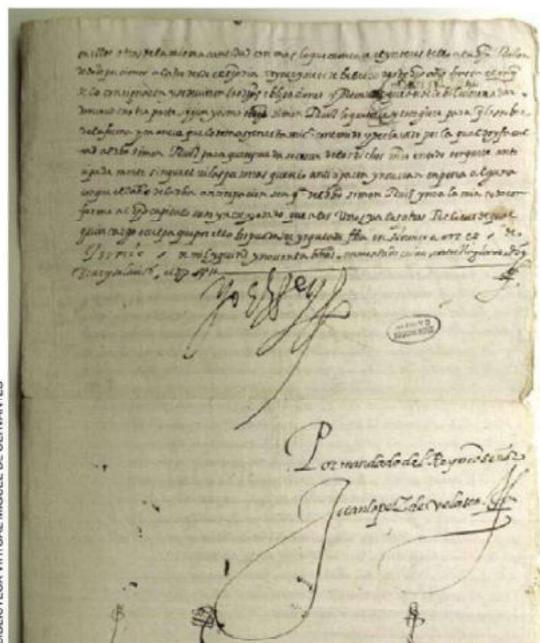
**ESPAÑA NO SUPO APROVECHAR EL
LIDERAZGO NI ADMINISTRAR LAS RIQUEZAS
QUE LLEGABAN DEL NUEVO CONTINENTE**

LA CRISIS DE LA REAL HACIENDA

Tras un siglo XV caracterizado por la crisis y las dificultades, el XVI supuso un periodo de crecimiento económico en España. La agricultura prosperó, impulsada por el crecimiento demográfico y la demanda de América, y la ganadería y la Mesta mantuvieron su papel esencial en la economía castellana. Dentro del sector textil sobresalía la industria lanera, pues esta era la materia principal en toda Europa y los principales centros de producción eran Castilla e Inglaterra. Sin embargo, buena parte de la mejor lana merina castellana se exportaba a los Países Bajos, de modo que Castilla se quedó como exportadora de lana, mientras los Países Bajos e Inglaterra se enriquecían exportando los paños ya tejidos, que aportaban más riqueza.

En general, este fue el gran problema que impidió consolidar el desarrollo económico y social en España: al no modernizarse las estructuras económicas, el país fue cada vez menos competitivo con respecto a sus vecinos europeos. El crecimiento fue

limitado y con unas bases muy endebles. La insuficiencia de la producción para abastecer a una creciente población, a lo que se le unía la demanda americana y la llegada de grandes cantidades de oro y, sobre todo, plata de América, propiciaron una fuerte inflación («la revolución de los precios») que hizo aún menos competitivos nuestros productos. Y lo más grave fue que la riqueza de «las Indias» se utilizó mal. En lugar de servir para promover el desarrollo, se empleó en cubrir los crecientes gastos de una monarquía enzarzada en múltiples guerras. El resultado fue el endeudamiento y finalmente la bancarrota de la Real Hacienda (1575 y 1597). En la segunda mitad del siglo, las malas cosechas, la subida de impuestos y los gastos bélicos terminaron por extenuar a la economía española.



Real Cédula de Felipe II a Simón Ruiz sobre las obligaciones y recaudos necesarios por las cantidades que debe percibir.

Felipe II logró un gran triunfo político al conseguir la unidad ibérica en 1580. Con la anexión de Portugal y sus posesiones en ultramar, se convirtió en cabeza del Imperio sobre el que no se ponía el sol, pero también en enemigo de otros países europeos, sobre todo Francia e Inglaterra, que a partir de ese momento concentrarían toda su energía en menoscabar el poderío de la monarquía de Felipe II, algo que costaría mucho dinero a las arcas españolas.

EL ORGULLO DE PERTENECER AL GRAN IMPERIO ESPAÑOL OCULTABA LAS GRAVES DIFICULTADES ECONÓMICAS



Isabel I, reina de Inglaterra, firmando la sentencia de muerte de su prima María Estuardo, el 1 de febrero de 1587. Grabado en madera de 1873, atribuido a Alexander Liezen-Mayer.

Desde el principio, el tremendo esfuerzo que suponía la defensa del Imperio fue posible gracias a la riqueza de Castilla, así como a los mecanismos de producción puestos en marcha en América, que multiplicaron los envíos de plata a la península. Pero Castilla se iba empobreciendo porque la mayor parte de la riqueza no se invertía en medios productivos: los hombres más ricos optaron por vivir de las rentas. América proporcionó grandes fortunas a una burguesía emergente que buscó ante todo engrosar las filas de la baja nobleza y que se inclinó por el rentismo, despreciando el trabajo manual. Así, a finales del siglo XVI había un campesino trabajando por cada 30 ciudadanos no productores. Sin embargo, a pesar de las dificultades económicas del reinado de Felipe II, el orgullo de pertenecer a un gran imperio creó en la población una falsa percepción de la realidad que la literatura del Siglo de Oro explotaría de forma magistral.

LA PROSPERIDAD INGLESA

Isabel I, entretanto, logró dar a Inglaterra las condiciones de paz interior y desarrollo económico que requería para ocupar un lugar privilegiado en el panorama europeo. Potenciando una economía más proteccionista, alentó el comercio interior y dificultó las importaciones. La flota mercante se reforzó considerablemente y amplió el radio de sus empresas gracias a la constitución de compañías patrocinadas por la monarquía, que disfrutaban del monopolio. Por ejemplo, en 1600 se fundó la Compañía Británica de las Indias Orientales, que pondría los cimientos

LA MISMA FORMA DE GOBERNAR

El Gobierno de la Inglaterra isabelina fue centralizado, bien organizado y muy eficiente; sin duda, determinado por la personalidad de la reina. Ella misma dijo: “Sé que soy dueña de un débil y frágil cuerpo de mujer, pero tengo el corazón y el estómago de un rey, más aun, de un rey de Inglaterra”. Culta e inteligente, implacable y enérgica, pero también cruel y ávida de poder, durante toda su vida eludió el matrimonio para garantizar la independencia de sus actuaciones. No dejó que sus favoritos medraran y se rodeó de un reducido grupo de consejeros que formaron el Consejo Privado, como William Cecil, el canciller Nicholas Bacon, el conde de Leicester y el secretario de Estado, Francis Walsingham. Gobernó asesorada por ellos, pero sin delegar en absoluto. Ella era la que tomaba las decisiones.

Por su parte, Felipe II apartó a la nobleza de los asuntos de Estado y la sustituyó por secretarios reales procedentes de la clase media, dio forma definitiva al sistema de Consejos y creó una poderosa Administración centralizada. Trabajador incansable, decidió gobernar su Imperio y sus ejércitos desde Castilla, exigiendo que todos los asuntos se le remitiesen para examinarlos en persona. Este grado de centralización creó serios problemas administrativos, tanto por el volumen de casos a tratar como por las enormes distancias que separaban Madrid de la periferia del Imperio. Si Carlos V había sido un príncipe guerrero, su hijo fue un monarca burócrata.

del comercio con América y de la colonización de Asia (curiosamente, fueron unos documentos incautados por los ingleses en la captura de la carraca portuguesa San Felipe, en 1587, donde se detallaba el tráfico marítimo con las Indias Orientales y lo lucrativo del comercio en la zona, los que servirían como base para la fundación de esta compañía).

Aunque en el siglo XVI comenzaban a surgir las ciudades, que ofrecían incipientes oportunidades económicas y que representaban la modernidad de Inglaterra, más de la mitad de la población habitaba aún en el campo, base de la economía del país, pues la producción agrícola y textil era el motor de la riqueza nacional. La industria lanera recibió un nuevo impulso por las relaciones con los Países Bajos y las técnicas e invenciones agrícolas supusieron un gran avance. La era Tudor vio el surgimiento del comercio moderno con telas y tejidos a la cabeza. No obstante, las malas cosechas que se produjeron durante la década de 1590 tuvieron un efecto negativo en la economía y provocaron hambrunas en algunas zonas y la introducción de la Ley de



^{ASC} Escudo de Felipe II desde de 1580, donde aparece el escudo de Portugal, que estará unido a España hasta el Tratado de Lisboa en 1668 con el reinado del último Austria, Carlos II.

EL REINADO DE ISABEL I SUPUSO UN AUTÉNTICO FLORECIMIENTO ARTÍSTICO Y EL DE FELIPE II DIO EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL

Pobres (*Poor Law*) en 1601, cuyo objetivo era «limpiar» las calles de las ciudades y pueblos de indigentes y vagabundos. A Londres, junto a una clase media emergente que trajo comercio y grandes ingresos provenientes del transporte marítimo, llegaron también la superpoblación, el crimen y la enfermedad.

La nobleza y los caballeros todavía estaban en la cima de la escala social en la Inglaterra de Isabel I. No obstante, ella, al igual que el resto de los Tudor, rara vez nombró a nuevos nobles para reemplazar a los que morían, pues los consideraba una amenaza para su poder. Por el contrario, la alta burguesía —*gentry*—, una próspera clase comerciante que no trabajaba con las manos para ganarse la vida, creció y se convirtió en la clase social más importante de Inglaterra. Esta nueva nobleza (en su mayoría protestante) fue la columna vertebral de la sociedad isabelina, combinando la riqueza con la energía de los robustos campesinos de quienes provenían. Francis Drake, Walter Raleigh y Francis Bacon pertenecían a ella, y dos de los principales ministros de la reina, Burghley y Walsingham, también.

Hay que constatar que los últimos años del reinado de Isabel I fueron de recesión económica. La Hacienda regia acusó graves problemas financieros: sus reservas estaban agotadas y el país atravesaba una profunda crisis inflacionaria. La reina



Procession portrait of Elizabeth I of England (ca. 1600), del inglés George Vertue.



Las obras de Tiziano Vecellio di Gregorio, pintor italiano renacentista y gran exponente de la Escuela de Venecia, llenaron los palacios de Felipe II. *Venus y Adonis* (en la imagen) es una de las «poesías» —obras mitológicas— que pintó para él entre 1553 y 1562.

tuvo que recurrir a la venta de monopolios y regalías, además de algunas de sus más preciadas joyas, lo que causó gran descontento.

EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL Y EL RENACIMIENTO INGLÉS

En tiempos de Felipe II, la creación literaria estuvo fuertemente sujeta a la censura religiosa. La Inquisición se encargó de esta represión y muchas obras claves del siglo fueron prohibidas. Pese a ello, la cultura española vivió un verdadero apogeo. La pauta establecida por el *Amadís de Gaula* halló continuación en otros clásicos de la novela caballeresca, un género típicamente hispano, como la picaresca, que alcanzó su culmen con obras como *El Lazarillo de Tormes* o *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán (pese a no ser del agrado del poder). La literatura mística dio personajes de la talla de santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz y, aunque *El Quijote* sería publicado a principios de la siguiente centuria, Miguel de Cervantes, inventor de la novela moderna, inició su labor literaria en el siglo XVI.

El florecimiento de las letras castellanas fue tal que este sería llamado el Siglo de Oro. El fructífero teatro áureo español vio nacer asimismo a algunos de los dramaturgos españoles más universales, como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina o Juan Ruiz de Alarcón. Triunfaron el entremés, la comedia de capa y espada, la novela cortesana y el auto sacramental.

FELIPE II REPRESENTABA EL PRINCIPIO DEL OCASO ESPAÑOL, MIENTRAS QUE ISABEL I ERA EL INICIO DEL IMPERIO INGLÉS

En Inglaterra, los 45 años de reinado de Isabel I supusieron también un auténtico florecimiento artístico. El Renacimiento, que comenzó en Italia a principios del siglo XIV, se extendió a Gran Bretaña en el XVI; este Renacimiento inglés proporcionó un terreno fértil para la arquitectura, la música, la literatura —que alcanzó su cénit con ensayistas como John Lyly o Francis Bacon y poetas como Philip Sidney o Edmund Spenser— y las artes plásticas, que se desarrollaron de forma muy distinta que en los países católicos europeos. En el retrato y la pintura en general, por ejemplo, los artistas abandonaron el tema religioso y se resistieron al naturalismo imperante en dichos países.



Los corrales de comedias, como este de Almagro (Ciudad Real), eran patios interiores de casas en los que se levantaba un tablado o escenario.

Sin duda, fue la edad de oro del teatro inglés, con plumas como las de Christopher Marlowe, Ben Jonson o, naturalmente, Shakespeare. La literatura pastoral atraía a los cortesanos, pero ese mundo rural idealizado se parecía poco a la vida real y llegó el drama isabelino para encandilar al pueblo llano y reflejar la vitalidad y la turbulencia de la época. Su máximo exponente, William Shakespeare, maestro de los monólogos y la reflexión interna, se convirtió en uno de los más universales dramaturgos.

Isabel I no tuvo grandes protegidos en el terreno de la pintura, pero sí en la literatura (Shakespeare, Marlowe...) y la música. De hecho, un impresionante caudal de música inglesa inundó el reino en sus años de dominio. La música no empezó con ella, pero solo a partir de su reinado, tras beber con fruición en las fuentes

de la creatividad italiana y francesa, pudieron los ingleses crear un estilo propio de madrigales, obras instrumentales y música coral religiosa y profana que les hizo alcanzar un prestigio espectacular ante el resto de Europa.

En cuanto al mecenazgo, Felipe II jugaba en otra liga. Educado en el ambiente cultural del Renacimiento e instruido en la lectura de los grandes pensadores humanistas, así como en ciencia, música, arte y arquitectura, fue uno de los grandes mecenas de su tiempo y el patrimonio artístico y cultural del mundo le debe mucho. Reunió en El Escorial la segunda biblioteca más rica y extensa de su tiempo, después de la del Vaticano, y fue un gran coleccionista de escultura y pintura. Sintió una conexión especial con la obra de El Bosco, que tocó su sensibilidad religiosa, pero Tiziano fue su pintor predilecto. Solo se vieron las caras en dos ocasiones, siendo Felipe aún príncipe, pero con la carta de 1552 en la que el maestro le comunicaba el envío de un paisaje y de *Santa Margarita con el dragón* comenzaron una correspondencia ininterrumpida en la que el mecenas real le encargaría abundantes obras de tipo religioso, patriótico o mitológico, como las *Poesías* o una serie de *Venus*. ■

FELIPE II E ISABEL I
DOS COLOSOS
ENFRENTADOS

HENAR L. SENOVILLA
Periodista



A la izda., óleo atribuido a Federico Zuccaro y llamado el Retrato Darnley (1575), pintado en vida de Isabel I. A la dcha., Felipe II por Tiziano; ambos se reunieron en dos ocasiones –en Milán (1548-1549) y en Augsburgo (1550-1551)– de las que surgieron dos retratos del entonces príncipe. Este es el primero de ellos.



Concienzudos, inteligentes y con sentido de la responsabilidad de gobierno, ambos, pero con un abismo entre ellos en terrenos tan determinantes en el siglo XVI como la religión o la política matrimonial. Felipe II e Isabel I, dos de los grandes mandatarios de la Europa de 1600, protagonizaron una complicada y larga relación en la que pasaron de un inicio cordial y amigable, que incluso pudo acabar en unos esponsales estratégicos, a un odio frontal que marcaría y determinaría la historia europea de los siglos posteriores. Una complicada relación alentada por sus fuertes personalidades, forjadas a base de sendas infancias plagadas de vicisitudes, por la influencia determinante de sus progenitores y, sobre todo, marcadas por sus creencias religiosas: el catolicismo de él y el protestantismo de ella.



Retrato de Eduardo VI de Inglaterra, hijo de Enrique VIII y Juana Seymour. El retrato está atribuido a William Scrots.

EDUCACION DE ESTADO

Felipe II fue educado para heredar un imperio y desde muy pequeño dio muestras de una madurez superior a la que sería esperable por su edad. En ello influyó el que desde su más tierna infancia conociera las exigencias y la dureza del gobierno, al sufrir las ausencias de su padre —ocupado en la administración del Imperio— y ser criado por su madre.

Con seis años, Carlos I decidió crearle una corte solo de hombres para formarlo en las artes militares y filosóficas, en la religión y en la caza, de la mano en primer lugar de preceptores como Juan Martínez Guisjarro —o Silíceo— y Juan de Zúñiga y Requeséns y, años más tarde, de Cristóbal Calvete de Estrella y otros

instructores con más recorrido europeo y una visión más cosmopolita, que lo introdujeron en disciplinas como la arquitectura, las matemáticas, la historia, la geografía o la teología.

Aunque mal estudiante, sintió pasión por la música, la arquitectura, el arte, la caza y las justas, así como un intenso fervor católico. Se aficionó, además, a coleccionar libros, llegando a consolidar con los años una de las principales bibliotecas de la época en el Monasterio de El Escorial.

Con apenas doce años empezó a tener sus primeras experiencias de gobierno y con dieciséis recibió de su padre una serie de instrucciones morales y prácticas que siguió fielmente toda su vida: cuidar las cuestiones que prometía; ser coherente y mantener siempre su conciencia y a Dios por encima de los negocios; controlar a sus colaboradores y escuchar toda la información antes de tomar una decisión. Felipe crecería como un hombre de Estado meticulado, trabajador, prudente y con firmes creencias religiosas.

DE BASTARDA A PRINCESA

La que sería Isabel I, por su parte, vivió una infancia tumultuosa e inestable, que marcó indefectiblemente su carácter. Con menos de tres años fue declarada hija ilegítima cuando su padre, Enrique VIII, mandó decapitar a su madre, Ana Bolena, bajo acusaciones de traición, adulterio e incesto, y ella fue repudiada,

perdiendo su título de princesa.

Permaneció retirada de la corte y lejos de su padre y de sus distintas esposas hasta que, gracias a la sexta y última, Catalina Parr, recobró sus derechos sucesorios por detrás de su medio hermana María Tudor —hija de la primera esposa de su padre, Catalina de Aragón, y que también había sido repudiada— y de su hermano Eduardo —hijo de la tercera esposa, Juana Seymour—, que reinaría como Eduardo VI a la muerte de Enrique VIII.

En un primer momento, del cuidado de Isabel se ocupó lady Margaret Bryan, y después su educación recayó en Katherine Champernowne y Matthew Parker, el sacerdote favorito de su madre, a quien esta le hizo prometer, antes de su ejecución, que cuidaría de su hija. Ambos le enseñarían astronomía, geografía, historia, matemáticas, idiomas y



Ana Bolena, arriba en un retrato anónimo, fue la segunda esposa de Enrique VIII, reina consorte de 1533 a 1536 y madre de Isabel I.

artes prácticas como coser, bordar, danzar y montar a caballo. Tras la muerte de su padre, huérfana de madre como era, Catalina Parr la acogió y se la llevó al nuevo hogar formado con Thomas Seymour, donde continuó recibiendo una exquisita educación, además de formación como protestante. Isabel había heredado algunos rasgos físicos y emocionales de su madre: era neurótica, enigmática y carismática, pero también culta, inteligente, pertinaz, valiente y persuasiva.

Las circunstancias en las que creció la llevaron a desarrollar un alto sentido de la autoridad y del poder, que no quería compartir en modo alguno, y una total aversión al matrimonio, algo en lo que fue diametralmente opuesta a Felipe, hasta el punto de rechazarlo cuando desde España promovieron la unión de ambas coronas.

**SU RELACIÓN, INFLUIDA POR SUS
HERENCIAS, SUS FUERTES PERSONALIDADES
Y SUS RELIGIONES, FUE MUY COMPLICADA**

MATRIMONIOS ESTRATEGICOS PARA FELIPE II

El hijo de Carlos I, fiel a su tradición familiar, a su obediencia al emperador y a su sentido de gobierno, concebía los casamientos como una de las principales herramientas de expansión política y consolidación del poder, al margen de los



Retrato de la princesa Isabel (1546), mandado pintar por su padre Enrique VIII y atribuido al artista británico William Scrots.

sentimientos que le pudieran generar. Esa premisa marcó los cuatro matrimonios de su vida, el segundo de los cuales se celebró con María, la hermanastra de Isabel.

La primera unión del entonces príncipe Felipe fue con su prima hermana María Manuela de Portugal, en 1543. Este enlace reforzaba la alianza ibérica de cara a las guerras con el norte de Europa e iba acompañado de una notable dotación económica, necesaria para el Imperio tras las batallas contra Francia.

Pese a no tener mala relación con su esposa (portuguesa como su adorada madre), en esa pareja, como era costumbre en la época, eran tres, puesto que el príncipe español tenía como amante a Isabel de Osorio, dama de honor de sus hermanas, con la que pudo tener dos o tres hijos bastardos. Las nupcias ape-

nas duraron dos años, ya que la princesa murió en 1545, unos días después de dar a luz al primer y único hijo de ambos, Carlos. A los 18 años, por tanto, el príncipe Felipe quedaba viudo y con un hijo que, *a posteriori*, no llegaría a ser su heredero por sus desequilibrios y excentricidades. Nueve años después, Felipe fue propuesto para desposarse con María I, reina de Inglaterra, hermana por parte de padre de Isabel y prima de Carlos I, con el que había estado prometido. Con este enlace, celebrado en 1554, el príncipe de España conseguía el apoyo de Inglaterra contra los Países Bajos, el aislamiento de Francia, ayuda económica para costear las cuitas militares y, sobre todo, una acérrima defensa del catolicismo, ya que María quería, a toda costa, abrogar la reforma anglicana empezada por Enrique VIII.

LA UNIÓN DEL PRÍNCIPE FELIPE CON SU PRIMA MARÍA MANUELA DE PORTUGAL, EN 1543, REFORZABA LA ALIANZA IBÉRICA

Felipe no tenía ningún interés emocional en este matrimonio, más allá de obedecer a su padre y de cumplir su misión de engendrar un heredero. De hecho, las pocas cualidades físicas de María y su mal carácter fueron la base del comentario atribuido al colaborador de Felipe, Ruy Gómez de Silva: «Mucho Dios es menester para tragar este cáliz». La reina de Inglaterra, en cambio, se enamoró del príncipe español y realmente deseaba darle un hijo, empresa que finalmente no logró pese a numerosos embarazos psicológicos que acabaron aniquilando su salud mental y física.

TILBURY, UN DISCURSO PARA LA HISTORIA

Asumir a una mujer en el trono, indudablemente, fue difícil para los consejeros de Isabel, a los que la soberana, con su fuerte carácter, consiguió mantener bajo control. Prefería consultarlos individualmente para evitar intrigas y en más de una ocasión tomó las decisiones por cuenta propia. Era valiente y sagaz y no permitía que ningún colaborador prevaleciera sobre los demás — a excepción de sus favoritos —, y menos por su hombría. Es famoso el capítulo escrito por la soberana en Tilbury, donde acudió a arengar a sus tropas, que aguardaban en Holanda un posible nuevo ataque de lo que quedaba de Armada Invencible. Isabel, exponiéndose al peligro, acudió con un aspecto imponente, báculo en mano, armadura y los terciopelos que le conferían ese halo de poder y superioridad. Y en su discurso —cuya autoría algunas fuentes atribuyen al capellán de Buckingham, Leonel Sharp— se definió como reina por su cuerpo y rey por su personalidad, alentando a la soldadesca a la batalla y ofreciéndose ella misma a tomar las armas si era necesario.



Grabado del discurso de la reina Isabel I a las tropas en Tilbury (Inglaterra), el 19 de agosto de 1588, preparadas para repeler el ataque de la Armada Invencible.

Visto que la descendencia era imposible y que el estado de María I le auguraba una vida corta, desde España se pensó en unas nupcias con Isabel, que finalmente no se lograron cuando Felipe enviudó, en 1558, por la negativa de la heredera británica a casarse y por su deseo de recuperar la estabilidad y el



Retrato de la reina Isabel de Valois, realizado por Juan Pantoja de la Cruz, según un modelo previo de Sofonisba Anguissola.

control de Inglaterra en solitario, con el apoyo de los protestantes, que siempre habían recelado del ya rey católico español.

Esta segunda viudedad duró poco a Felipe: en 1559 se firmó entre España, Inglaterra y Francia el tratado de Cateau-Cambrésis, que planteaba una nueva situación política en Europa, y a consecuencia del mismo el rey español se casó con una adolescente, Isabel de Valois, princesa francesa, que inicialmente iba a haber sido la mujer de su hijo Carlos.

Isabel fue un apoyo importante para su marido, que la amó como a ninguna otra. No obstante, hasta que se desarrolló y pudieron mantener relaciones sexuales, Felipe II siguió gozando de amantes, en especial de Eufrosia de Guzmán (para acallar rumores de una común descendencia, el monarca la casó con Antonio Luis de Leiva, III príncipe de Áscoli).

De la unión con Isabel de Valois nacieron tres niñas, la última de las cuales fue alumbrada con cinco me-

ses y falleció a las pocas horas de nacer, como su propia madre, en 1568. Meses antes había muerto el primogénito de Felipe II, Carlos, por lo que el rey español se encontraba de nuevo sin descendencia para el trono.

Grande fue la consternación del monarca; a partir de la muerte de Isabel vestiría siempre de luto y los testimonios de la época aseguran que se le vio llorar en el entierro de su tercera esposa por primera y única vez en su vida. Pero, cumpliendo con sus obligaciones, buscó otra vez una mujer que asegurara su descendencia.

**MIENTRAS ISABEL NO PASÓ POR EL ALTAR
NUNCA, FELIPE SE CASÓ CUATRO VECES.
PARA ÉL, EL MATRIMONIO ERA EXPANSIÓN,
PARA ELLA, SUPONÍA PERDER SU PODER**

Su elección se dirigió hacia Ana de Austria, su sobrina, en la que había pensado años antes como esposa de su malogrado hijo Carlos. Con este matrimonio se reforzaba la unión entre las dos ramas de la familia de Habsburgo, la española y la austriaca. Se firmaron las capitulaciones matrimoniales en Madrid en enero de 1570 y la pareja tuvo cuatro hijos y una hija. Tras morir los tres primeros varones, Fernando, Carlos y Diego, los sobrevivió el que por fin sería el heredero, Felipe III.

AVERSION AL MATRIMONIO DE ISABEL I

En el extremo opuesto, Isabel I mostraba una verdadera aversión por el matrimonio. Obstinate como era, estaba totalmente decidida a no casarse pese a las súplicas de la Cámara de los Comunes británica, que pedía a su reina que blindase la supervivencia de los Tudor. Con la elocuencia que la caracterizó, la hija de Enrique VIII convenció al Parlamento de que su compromiso era total con Inglaterra, que era con quien ella estaba casada, y que no admitiría a ningún hombre con el que compartir el poder y que pudiera influir en sus designios. En este sentido, en una ocasión en la que la Cámara la instaba a casarse con especial insistencia, ella se negó y zanjó la cuestión bruscamente diciendo: «No se hable más». Y a continuación la disolvió durante cuatro años. Por este motivo, fue apodada la «reina virgen», al ser la virginidad el atributo por el que quería que su pueblo la recordara: la soberana que «reinó virgen y murió virgen», entregada solo a su país, al que adoraba con fervor.

Esta postura abonó especulaciones de todo tipo sobre posibles malformaciones genitales y teorías diversas tanto sobre su intensidad sexual como acerca de un supuesto rechazo al contacto íntimo con varones. Por otra parte, lo acontecido con las esposas de su padre — con su propia madre — también influyó en su decisión.



Banquete de los monarcas (1579), del pintor de cámara de Felipe II Alonso Sánchez Coello.

Es conocido, no obstante, que Isabel vivió varios romances, el primero de los cuales (siendo adolescente), con el marido de Catalina Parr, Thomas Seymour, casi le costó la vida. La reina viuda, que la había acogido, la encontró en actitud comprometida con su esposo y la intriga cortesana se convirtió en un escándalo real. El Consejo Real de Eduardo VI acusó a Seymour de conspirar para acceder al trono, lo ejecutó y recluyó a Isabel en su residencia. Su inteligencia y persuasión la ayudaron a salir indemne del episodio, ya que logró convencer a la Corte de su inocencia y recuperar su honor.

Otros amantes notorios de la soberana inglesa fueron Robert Dudley, conde de Leicester, y su hijastro, el conde de Essex, Robert Devereux. Con Dudley, amigo de la infancia, mantuvo un largo romance y, de hecho, lo convirtió en uno de sus consejeros. Lo instaló en palacio en las habitaciones contiguas a las suyas, a las que tenía acceso directo, y, cuando en 1560 se encontró muerta a la primera esposa de Dudley (se cayó por las escaleras), se esperó a que la reina diera un paso



Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial fue mandado construir por Felipe II para conmemorar su victoria en la batalla de San Quintín, el 10 de agosto de 1557.

DE LO NIMIO A LO SUSTANCIAL

La personalidad rigurosa y minuciosa de Felipe II, unida a la ingente labor de gestionar un imperio, le llevaba a eternas jornadas de trabajo en las que resolvía tanto asuntos de primer nivel como cuestiones nimias. Era capaz de discutir sobre teología con el papa al tiempo que dirimía si el premio por la muerte de un lobo debían ser tres o cuatro ducados; o supervisar la evolución de su obra magna, el Monasterio de El Escorial (en la imagen), mientras dibujaba la estrategia militar de sus tropas. La burocracia generada era tal que un informe sobre cómo distribuir al rey los asuntos de los consejos contenía más de trescientas categorías diferentes.



THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART

Grabado de la reina Isabel I en el Parlamento inglés (1682). Frontispicio del *Complete Journal of the House of Lords and the House of Commons*.

al frente, pero no hubo boda. Su relación continuó igual, con periodos de mayor y menor acercamiento.

En cuanto al conde de Essex, Devereux era un jovencuelo guapo y descarado, hijo de la esposa de Dudley, del que la reina se enamoró siendo ya sexagenaria. El ascenso en la corte del nuevo favorito fue meteórico, pero su carácter engreído y su desobediencia acabaron cansando a Isabel, que le retiró sus favores. El joven se decantó entonces por conspirar contra la soberana y acabó condenado a la pena de muerte.

A Isabel I se le atribuye incluso una relación con el parlamentario y corsario Walter Raleigh, su aliado contra los rebeldes irlandeses y la española Armada Invencible. Raleigh compartió con la mandataria el proyecto de colonizar América del Norte y fundó el estado de Virginia, llamado así en honor a la reina virgen.

EL MATRIMONIO DE FELIPE CON ANA DE AUSTRIA REFORZABA LA UNIÓN ENTRE LAS DOS RAMAS DE LA FAMILIA DE HABSBURGO

LA CUESTION RELIGIOSA: DIFERENCIAS IRRECONCILIABLES

No era menor la distancia que separaba a Felipe e Isabel en el terreno religioso, uno de los principales motivos de su difícil relación. El rey español era profundamente católico. En su adolescencia ya sorprendía por su religiosidad; se decía que, de los treinta ducados que recibía al mes para sus gastos siendo niño, la mitad los gastaba en «actos por Dios». Devoto por convencimiento, fue alimentando su fe conforme creció y se convirtió en un ávido lector de fray Luis de Granada, santa Teresa de Jesús y san Ignacio de Loyola, con los que mantuvo una relación epistolar.

El rey guardaba la liturgia religiosa con pulcritud asistiendo a los oficios, confesándose y orando, y aprovechaba estos momentos de reflexión espiritual para



Sobre estas líneas, retrato de Robert Dudley. Favorito (y posiblemente también su amante) de la reina Isabel I, esta le otorgó el título de conde de Leicester en el año 1564.

ISABEL I DECIDIÓ NO CASARSE PESE A LAS SÚPLICAS DE LA CÁMARA DE LOS COMUNES

pensar y tomar decisiones. A menudo ordenaba el rezo público y trató de regular de forma más cristiana el juego o la prostitución. Sus discursos aludían con frecuencia a la voluntad de Dios y a la conservación de la fe y de la religión católica, motivación básica en su reinado.

Junto a su vasta colección de libros, gustó de reunir reliquias que veneraba, llegando a acopiar varios miles con permiso papal. En los cuadros que encargaba a virtuosos de la época como Tiziano o El Greco, a menudo aparecía rezando o acompañado por Dios y su corte celestial.

La soberana inglesa, por el contrario, había crecido como protestante, seguidora de la Iglesia fundada por su padre, y se convertiría en el azote del catolicismo en Inglaterra y en la esperanza de los calvinistas en los Países Bajos y de los hugonotes en Francia, que deseaban librarse como fuera del enemigo católico español. Felipe II, consciente de las alas que un triunfo protestante podía dar a sus conflictos en estas tierras, deseaba preservar su buena relación con Isabel I a toda costa.

Cuando la monarca ascendió al trono, de forma inteligente, no dismantló de inmediato el avance católico obrado por su hermana María y su cuñado Felipe, pero poco a poco recuperó el protestantismo para alborozo de su pueblo. El Acta de Supremacía de 1559 revivió los estatutos antipapales de Enrique VIII y declaró la soberanía de la Corona sobre la Iglesia, nombrando a Isabel cabeza suprema

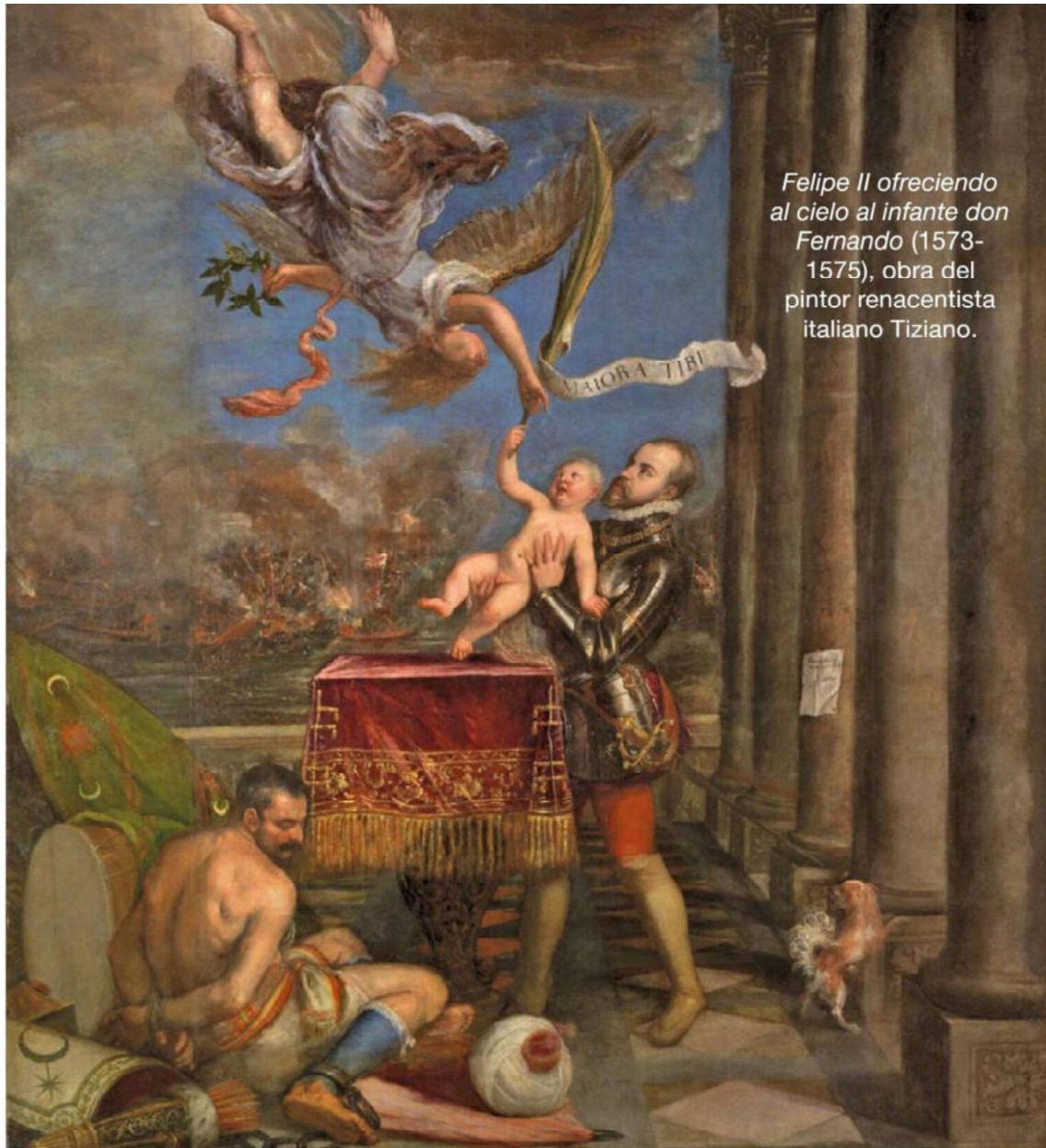
EL VALOR DE LA IMAGEN

La obsesión de Isabel I por la imagen iba mucho más allá de la búsqueda de la belleza; estaba milimétricamente ligada al cálculo político, a la expresión de poder y a una aguda autoconciencia de su propio aspecto. Contaba con un amplio repertorio de vestidos fantásticamente elaborados y de joyas exuberantes. Siempre controló los retratos que le realizaban, epataba en sus apariciones en público —con deslumbrantes muestras de riqueza a base de complementos plagados de significado— y mantenía estrictas normas sobre la indumentaria del resto de mujeres de la corte, para asegurarse la preeminencia.

Busto de la reina Isabel I de Inglaterra, atribuido a John Bacon el Viejo.



PURCHASE, WRIGHTSMAN FELLOWS GIFTS, 2017; THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART



Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando (1573-1575), obra del pintor renacentista italiano Tiziano.

MUSEO DEL PRADO

de la Iglesia anglicana. Los Treinta y nueve artículos redactados por obispos seguidores de la reina constituirían, en adelante, la carta de identidad de la Iglesia oficial anglicana y combinarían elementos doctrinales protestantes y católicos. El anglicanismo terminaría imponiéndose y se convertiría en elemento sustancial de la identidad nacional inglesa.

Isabel fue amenazada varias veces por el Vaticano con la excomunión, a la que Felipe, prudente y discreto, se opuso. Cuando finalmente se produjo, en 1570, por decisión de Pío V, el rey no permitió que se diera difusión a la noticia ni que se publicara la bula de excomunión en España. Pese a la intención conciliadora de Felipe II, el «divorcio» entre ambas coronas estaba servido y se materializó con la ejecución de la católica María Estuardo, reina de Escocia, a la que se acusó de conspirar contra Isabel I con la ayuda de España.

ESTILOS DE GOBIERNO

Finalmente, otro reflejo de las personalidades de Felipe II e Isabel I se vería en sus diferentes maneras de gobernar. El rey español continuó el estilo de mando de su padre, al mantener las instituciones creadas por él, su estructura de imperio

EL REY APROVECHABA LA LITURGIA RELIGIOSA Y LA REFLEXIÓN ESPIRITUAL PARA PENSAR Y TOMAR DECISIONES

y una vasta administración centralizada en Madrid, moderna y meticulosa, de personas bien formadas con estudios universitarios.

Salvaguardó el sistema de consejos permanentes heredado de sus bisabuelos, los Reyes Católicos, y contó con un selecto grupo de colaboradores entre los que se encontraban Luis de Requesens, el duque de Alba, Juan de Idiáquez, Ruy Gómez de Silva y Cristóbal de Moura, enemistados en numerosas ocasiones. Asimismo, con él la figura y poder del «secretario» alcanzó cotas inauditas, lo que también generó distintas facciones dentro del Gobierno. Entre sus principales secretarios destacaron Gonzalo Pérez, su hijo Antonio Pérez, el cardenal Granvela y Mateo Vázquez de Leca.

Isabel I, en cambio, desde los primeros años de su reinado se rodeó de un pequeño número de consejeros seleccionados con esmero. Depositó su confianza en William Cecil, que fue primero secretario real y luego tesorero real hasta su muerte en 1598; fue sustituido por su hijo, Robert Cecil. Otra persona destacada de su entorno fue su secretario de Estado, Francis Walsingham, «maestro de espías» que veía conjuras de Roma por todas partes, pero gracias al cual ninguna de ellas triunfó. Principal colaborador de William Cecil, juntos consiguieron organizar una tupida red de espionaje ante las periódicas amenazas de rebeliones católicas contra la reina.



William Cecil (1585), I barón Burghley, por Marcus Gheeraerts el Joven.

EL OCASO DE DOS DIOSES

Tras sendos mandatos de más de cuarenta años de duración, la vida se fue apagando para ambos mandatarios. Los ataques de gota de Felipe II, la pérdida de sus dientes y un progresivo deterioro de sus facultades mentales se hicieron constantes en sus últimos años. Retirado en El Escorial, murió finalmente en 1598 legando a su hijo un imperio planetario. Al otro lado del Atlántico, Isabel I se despedía del mundo en 1603, dejando un balance también espléndido: una Iglesia anglicana consolidada, la Armada española vencida, los irlandeses sometidos y la cultura inglesa en su máximo esplendor. Se apagaba la luz de dos colosos que marcaron la historia europea y mundial. ■



Derrota de la Armada española
(1796), de Philip James de
Louthembourg.



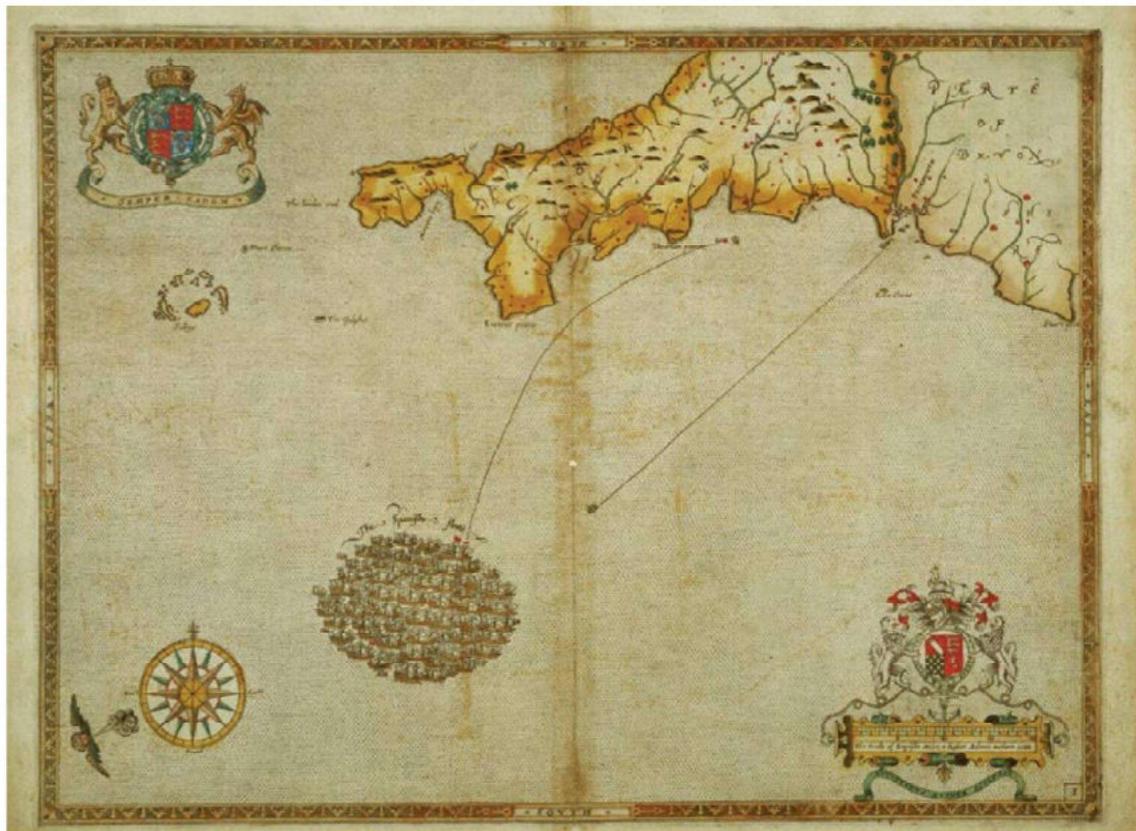
EL DESASTRE DE
LA GRAN ARMADA

LA BATALLA CRUCIAL

JUAN CARLOS LOSADA
Historiador experto en Historia Militar

El marino encargado de dirigir la expedición que debía invadir Inglaterra iba a ser Álvaro de Bazán, pero su muerte obligó a reemplazarlo por Alonso Pérez de Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia. Este Grande de España, que no tenía ninguna experiencia marinera (se mareaba en los barcos) y que no deseaba tal puesto, resultaba tener un carácter dócil y una cuantiosa fortuna que lo hacían idóneo a ojos de Felipe II, pues podía adelantar el dinero que costaba la empresa. El monarca puso a su lado al experimentado marino Diego Flores de Valdés y le indicó que, al llegar a Flandes, en donde debía embarcar a los tercios de Alejandro Farnesio, duque de Parma, cediese a este el mando.

En las bocas del Tajo se fueron concentrando navíos, marinos, soldados y suministros desde principios de 1588, pero las prisas y la falta de espacio impidieron embarcar, por ejemplo, suficientes municiones para mantener un importante intercambio de disparos sostenido y prolongado. Parecía lógico, porque el objetivo principal era la invasión y no enfrascarse en una costosa batalla naval en las agitadas aguas del canal de la Mancha. El ambiente era claramente de cruzada, y todos los barcos tenían nombres de santos o apóstoles venerados; en lo alto de los mástiles ondeaban imágenes de Cristo o la Virgen María, así como el lema «Exurge Domine et vindica causam tuam» («Álzate, Señor, y defiende nuestra causa»); cada día se rezaba con devoción el rosario y, bajo sanción de fuertes penas, estaba prohibido blasfemar, pelearse o mostrar indisciplina. Su nombre oficial era el de Gran Armada —lo de «Armada Invencible» vendría después— y estaban profundamente convencidos de su misión divina y redentora.



Grabado de la flota española frente a la costa de Cornualles, el 29 de julio de 1588.

RUMBO A INGLATERRA

El 28 de mayo del año 1588, la Armada partió de Lisboa. La lentitud con que avanzaba explica que tardase dos días en salir a mar abierto. Nada más zarpar comenzaron los problemas meteorológicos, lo que hizo muy lenta la travesía; además, los diferentes tipos de naves hicieron que todos tuviesen que adecuar



Alonso Pérez de Guzmán y Sotomayor, VII duque de Medina Sidonia, comandante en jefe de la Armada española.

su velocidad a los cargueros más perezosos. El 19 de junio, la Armada tuvo que refugiarse en La Coruña ante una terrible tempestad. En ese momento, las dudas asaltaron al duque de Medina Sidonia, que propuso al rey el aplazamiento de la expedición para el año siguiente, pero Felipe II lo rechazó. El 21 de julio, se volvió a emprender la singladura.

A finales de julio, la Gran Armada, compuesta por 122 buques de guerra y de transporte (ya se habían perdido ocho en el camino), entraba en el canal de la Mancha, lo que provocó que los buques ingleses saliesen a su encuentro, aunque a una distancia que les evitase el combate. El objetivo español era llegar a Dunkerque, en las costas del Flandes español, en donde aguardaba Alejandro Farnesio con sus miles de hombres y sus cientos de embarcaciones. Según el plan, una vez allí se procedería a embarcar y a escoltar a esas fuerzas para cruzar el canal

rumbo a las bocas del Támesis. Su formación era impenetrable y los ingleses, cogidos desprevenidos, se limitaron a hostigarla desde los flancos. Al poco tiempo, todos los buques ingleses levaron anclas y se dirigieron a su encuentro. Su escuadra estaba comandada por el almirante Charles Howard, cuyo segundo era el célebre Francis Drake.

El 31 de julio, unos 70 buques ingleses navegaban ya a retaguardia de los españoles sin atreverse a tratar de romper su sólida formación de media luna, con los mercantes en el interior protegidos por los galeones de combate.

A FINALES DE JULIO DE 1588, LA GRAN ARMADA, COMPUESTA POR 122 BUQUES, ENTRABA EN EL CANAL DE LA MANCHA

LA ESTRATEGIA INGLESA DEL FUEGO A DISTANCIA CONSTANTE

Las acciones hostiles se limitaban a cañoneos a distancia, y el duque de Medina Sidonia se dio cuenta de que, aunque las embarcaciones enemigas eran más pequeñas, también eran más rápidas y ágiles, por lo que jamás aceptarían el combate de abordaje que tantos éxitos había dado a España en el Mediterráneo ante los turcos, o en las Azores ante los galos. Los británicos se acercaban, disparaban y se iban. La Armada apenas sufrió daños, pero en esa jornada se perdieron dos galeones más por un accidente. Durante esos días, la flota española navegó mientras se sucedían cañoneos de poca trascendencia. El 4 de agosto se intercambiaron más de 3000 obuses, lo que suponía un gasto de munición imposible de reponer para los españoles en ningún puerto, mientras que el enemigo lo podía hacer sin problema en los suyos.

El 6 de agosto, la Armada ancló frente a Calais, a unos 40 kilómetros de su objetivo, habiéndose perdido solo dos galeones (el *San Salvador* y el *Nuestra Señora del Rosario*) fruto del acoso inglés. El jefe de la expedición, el duque de Medina Sidonia, trató de ponerse en contacto con el gobernador de Flandes para acordar el embarque de sus tropas y, de paso, se dispuso a reabastecerse de pólvora y municiones. Pero los ingleses, resueltos a impedir el enlace de ambas fuerzas, no se limitaron a vigilar y esperar frente al puerto francés, sino que lanzaron en la madrugada del 8 de agosto ocho barcos incendiados (brulotes) contra la Armada, obligándola a levar anclas a toda velocidad, lo que provocó la confusión y la dispersión de la flota.

Aunque ninguna nave se incendió, muchas perdieron sus anclas y aparejos o sufrieron desperfectos en timones, palos y velamen. Esto fue especialmente problemático, pues hizo muy



La Armada partió de los puertos atlánticos, bordeó Irlanda, rodeó las islas británicas por Escocia y regresó a la península.



La Armada española constaba de aproximadamente 130 barcos, incluyendo galeones de guerra, mercantes armados y embarcaciones de apoyo, y transportaba unos 30 000 hombres.

lentas sus maniobras, dada la gran sobrecarga que llevaban. Al día siguiente, el 9 de agosto, varios de los buques dispersos fueron rodeados por naves inglesas y recibieron un severo cañoneo, que hundió cinco de ellos (el *San Lorenzo*, el *María Juan*, el *San Felipe*, el *San Mateo* y el *San Martín*) y causó unos 1500 muertos. Los galeones españoles apenas pudieron responder al fuego y cuando lo hicieron, causaron pocos daños.

LA TACTICA ESPAÑOLA DEL ABORDAJE

El modelo de la batalla de Lepanto seguía aún vigente por entonces, por lo que los barcos españoles estaban concebidos para una guerra de abordaje más de estilo mediterráneo, y no para mantener un fuego constante a distancia.

A pesar de tener un imperio oceánico, España era una potencia terrestre que concebía los barcos como transportes de tropas y material. De ahí se derivaba una concepción de la marinería como algo muy inferior a la soldadesca, de modo que solo podían actuar de meros auxiliares en el combate. Además, la táctica naval del duque de Medina Sidonia —que, como ya hemos comentado,

**SIN ENTRAR EN BATALLA, PERO CASTIGADA
POR EL CAÑONEO Y LOS VIENTOS,
LA GRAN ARMADA DECIDIÓ REGRESAR**



Ataque de los brulotes sobre la Armada española (c. 1590). El brulote era un barco cargado de materiales combustibles que se dirigía hacia los barcos enemigos para incendiarlos.

jamás había pisado un barco y tuvo que soportar terribles mareos durante toda la travesía— se basaba en lanzar una única andanada para, seguidamente, buscar el choque del buque enemigo y su abordaje, en el que la infantería embarcada debía tener el papel protagonista. Ello se traducía en que las cureñas sobre las que estaban montados los cañones españoles eran muy pesadas, de solo dos ruedas, lentas de hacer retroceder para poder recargar los cañones por la boca. Las cureñas inglesas, en cambio, eran más ligeras, de cuatro ruedas, lo que hacía la recarga de sus cañones más fácil y rápida, aunque fuesen piezas de menor calibre. El resultado era que la flota inglesa triplicaba la cadencia de tiro de la española. También disponían del triple de culebrinas, pequeñas piezas artilleras de retrocarga que les permitían mantener un fuego graneado sobre los españoles. Además, al ser barcos más bajos y ligeros, sus cañones disparaban contra la línea de flotación, lo que no podían hacer los más altos galeones españoles.

ABORTAR LA MISION Y VOLVER A CASA

La mañana del 9 de agosto, los vientos y las corrientes habían lanzado a la flota hispana frente a las costas holandesas, mientras los ingleses contemplaban el espectáculo desde lejos. No se había podido comunicar con Alejandro Farnesio y la situación era desesperada. La mejor infantería del mundo estaba encerrada en aquellos buques sin poder combatir, condenada a morir embarrancada. Por suerte, el viento cambió de golpe y la Armada pudo adentrarse en mar abierto, aunque seguida del enemigo. Con el viento a favor, y ante las averías que presentaban muchos barcos, los españoles prefirieron no intentar alterar el rumbo para alcanzar algún puerto flamenco. Además, a muchos galeones no les quedaba munición, lo que haría muy peligroso enfrentarse a la escuadra inglesa, que podía reabastecerse en sus puertos. De esta manera, la Armada decidió abortar su misión y volver a casa. La idea era regresar por el norte bordeando las islas británicas, para aprovechar el viento y para evitar más choques armados. No había habido desembarco, ni abordajes, ni lucha cuerpo a cuerpo. De hecho,

BAJOS Y ÁGILES, LOS BARCOS DE LA FLOTA INGLESA ESTABAN MEJOR PREPARADOS PARA LAS BRAVAS AGUAS OCEÁNICAS

no había habido batalla alguna, solo cañoneo a distancia y violentos vientos, lo que resultó en el hundimiento de unos siete u ocho barcos y los 1500 muertos citados. Por parte inglesa apenas hay datos, pero se calcula que sus bajas fueron de unos pocos cientos.

El 12 de agosto, la flota inglesa abandonó toda persecución. Comenzaba una tortuosa singladura por parte de las aproximadamente 114 naves de la Armada que quedaban (la mayoría) y que querían volver a casa. No había habido ningún triunfo inglés, sino un estrepitoso fracaso español, pero Inglaterra supo hacer una magnífica propaganda presentando la acción como un brillante éxito de sus armas y ridiculizando las pretensiones militares de Felipe II. Además, ocultaron el gran número de muertes que sufrieron sus tripulaciones a consecuencia de las epidemias.

La flota española, sin suministros y maltrecha, siguió con su travesía de regreso. El 10 de agosto se dieron órdenes de racionamiento; el 13, de echar por la borda mulas y caballos; el 18, la flota se vio de nuevo dispersa por fuertes temporales. A partir de ahí, cada barco se las compuso como pudo y, en pequeños grupos, trataron de completar el viaje.

LO PEOR ESTABA POR LLEGAR

Desde mediados de septiembre y a lo largo de octubre, cerca de treinta barcos naufragaron frente a las costas de Escocia y, sobre todo, de Irlanda, estando hoy



MUSEO DEL PRADO



ISTOCK

A la izquierda, retrato de Felipe II realizado en 1580, año de su proclamación como rey de Portugal. A la derecha, grabado de Alejandro Farnesio, duque de Parma.



Day seven of the battle with the Armada, 7 August 1588, de Hendrik Cornelisz. Vroom.

en día más de la mitad de los pecios perfectamente ubicados y cartografiados. Durante ese tiempo, las borrascas se sucedieron e hicieron el suplicio interminable. Obviamente, los naufragios afectaron a los barcos más frágiles, como los cargueros, mientras que los galeones de guerra, a pesar de haber sufrido en mayor medida en los combates, soportaron mucho mejor la dura travesía.

Cuando algunas tripulaciones, agobiadas por el hambre y la sed, se aventuraban a recalar en algún punto de la costa irlandesa, las fuerzas inglesas o mercenarios irlandeses los pasaban a cuchillo para que no pudiesen recibir ningún apoyo de la población católica local. Las fuerzas de ocupación británicas temían que los españoles pudiesen alentar la latente rebelión irlandesa, por lo que tenían órdenes de no dejar a ninguno con vida. En otras ocasiones, los navíos se estrellaron contra los acantilados al no tener las anclas que habían perdido en Calais, y otros simplemente se hundieron. Aparecieron cientos de cadáveres en las playas irlandesas, y a los pobres supervivientes que llegaban a ellas solo heridos no les aguardaba una mejor suerte, pues fueron casi todos masacrados sin piedad. Solo unos pocos cientos de naufragos más afortunados lograron alcanzar Escocia, con la complicidad de algunos señores católicos de Irlanda. Allí encontraron refugio hasta que pudieron ser rescatados al año siguiente por Farnesio, que fletó cuatro buques desde Flandes. El suplicio no acabó hasta que volvieron a los puertos cantábricos en forma de lento goteo, entre finales de septiembre y octubre. Algunos barcos naufragaron incluso ante las costas españolas, dado el deplorable estado en el que se encontraban.

**ENTRE LOS MUERTOS FIGURARON MUCHOS
DE LOS MEJORES CAPITANES, COMO
ALONSO DE LEYVA O MIQUEL DE OQUENDO**

Entre los muertos figuraron muchos de los mejores capitanes, como Alonso de Leyva, Miquel de Oquendo o Juan Martínez de Recalde. El duque de Medina Sidonia, enfermo y deprimido, partió casi clandestinamente hacia su residencia en Sanlúcar sin pasar por la Corte. Eso sí, no olvidó remitir a Felipe II un detallado informe sobre la fracasada expedición. Parece que la famosa frase del rey lamentándose de que él había enviado una flota a luchar contra los hombres, no contra los elementos, no es cierta. Lo que sí es sabido es que tuvo un profundo desengaño y así lo expresó. Tenía unas hondas convicciones religiosas y se sentía legitimado por Dios en su empresa. El desastre, por tanto, lo encajó con un profundo dolor, pero también con callada resignación cristiana.

LAS CAUSAS REALES DEL DESASTRE

Se pueden apuntar varias. Ante todo, hay que reconocer que sí es cierto que la tormentosa climatología tuvo mucho que ver; las numerosas y violentas borrascas sufridas fueron determinantes para que no se pudiese maniobrar y combatir conforme hubiesen deseado los españoles, en los días de travesía por el canal, y para que en los dos meses siguientes gran parte de los buques fuesen destrozados mientras regresaban a España. De no haber sido por las fuertes borrascas, posiblemente la formación cerrada de la Armada no se hubiese roto, ni los buques se hubiesen tenido que refugiar en las costas de Calais. Esto, unido a la fuerte presencia de barcos holandeses en aquellas aguas, hizo imposible que la Gran Armada tomase contacto con las fuerzas de Farnesio (quien, además, apenas tenía naves ni tripulaciones capaces de navegar y combatir para ayudar a los buques de la Armada). Por otro lado, hubo una clara superioridad tecnológica y estratégica de la flota inglesa, que además puso en juego 208 barcos, casi el doble que los españoles, en los combates del canal de la



NATIONAL TRUST AT BUCKLAND ABBEY

El almirante Pedro de Valdés entrega su espada a Francis Drake a bordo del Revenge durante el ataque de la Armada española (1889), de John Seymour Lucas.



ALBUM *La Invencible* (1892), el pintor malagueño José Gartner de la Peña.

Mancha. Lo cierto es que la marina inglesa estaba dotada de barcos más bajos y ágiles, mejor adaptados a las bravas aguas oceánicas que los españoles, cuyos buques eran demasiado altos y pesados, más pensados para aguas mediterráneas. Además, los ingleses podían ir constantemente a sus puertos, ubicados a muy poca distancia, a aprovisionarse de víveres, hombres y munición.

LOS ACIERTOS INGLESES

Los ingleses, dada su condición isleña, sabían que su defensa y su futuro militar residían en una eficaz Marina. En 1512 ya habían creado el Almirantazgo como entidad independiente. La consecuencia es que al frente de su flota pusieron a excelentes marinos y navegantes como Charles Howard, Francis Drake, John Haw-



GALERIA NACIONAL DE LONDRES

Sobre estas líneas, grabado que recrea a la reina Isabel I de Inglaterra de camino a la ciudad para agradecer la victoria sobre la Armada española su ejército.

LOS INGLESES TENÍAN EL EQUIPAMIENTO IDÓNEO PARA EL CAÑONEO A LARGA DISTANCIA, PENSADO PARA HUNDIR

kins (padre e hijo) o Walter Raleigh, que además habían participado en el diseño de los nuevos galeones. Asimismo, Inglaterra entrenó y cuidó a su marinería mucho mejor que cualquier otra potencia, lo que le garantizó una importante superioridad cualitativa ya entonces y en el futuro. De hecho, los británicos tuvieron la fama, durante siglos, de ser mejores marinos que soldados.

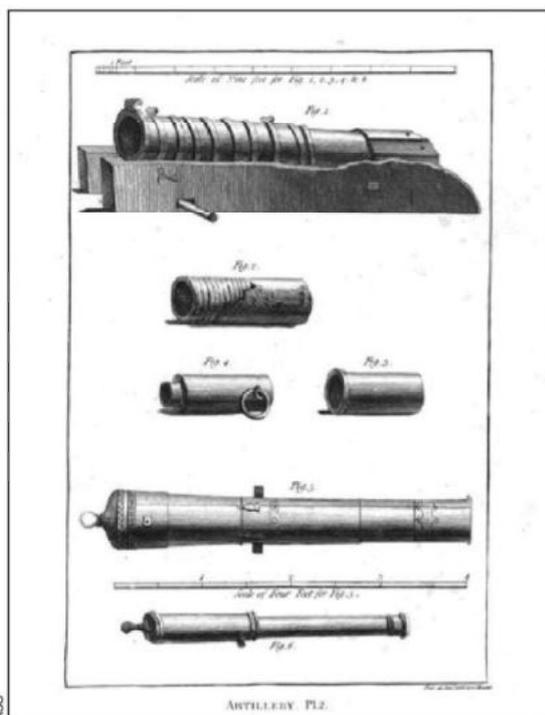


Ilustración de diferentes tipos de cañones utilizados por los barcos de la Armada española.

Fue también importante que los ingleses tuvieran el equipamiento idóneo para el cañoneo a larga distancia, pensado más para inmovilizar y hundir que para destrozar. Contaban con unas 1800 culebrinas de pequeño calibre, pero capaces de alcanzar los 2500 metros, y solo 55 cañones gruesos capaces de provocar grandes destrozos. El modo de combatir español, siguiendo el modelo mediterráneo de su lucha contra los turcos, se basaba en arrasar las cubiertas y los mástiles. El fuego artillero debía ser el paso previo al abordaje, y el choque de infantería en el mar, la culminación de la batalla naval. Llevaban a bordo 160 gruesos cañones, pero de un alcance inferior al de los ingleses más pequeños, y solo 600 culebrinas.

Por otra parte, en la cultura militar española la marinería no estaba tan formada ni mimada como en la

inglesa. Se la consideraba de inferior clase, valor y prestigio que a los soldados de infantería; los marinos eran llamados, literalmente, «la chusma». Esta era una diferencia clave entre una potencia continental como España, que basaba su empuje en el ejército, y una potencia naval como Inglaterra, que dependía de su flota. Estos diferentes modelos se mantendrían durante los siglos siguientes.

España, con el fracaso de la Armada, dilapidó unos 18 millones de ducados y perdió muchos barcos —aunque en un año serían reemplazados—, pero lo más grave fue la pérdida de experimentadas tripulaciones y de sus capitanes, carencias mucho más difíciles de suplir. Moralmente, fue un golpe terrible, y política y militarmente supuso el fin de las aspiraciones de acabar con el poder inglés en los mares y con el apoyo que daba a los rebeldes holandeses, por lo que la independencia de las provincias del norte de Flandes se consolidó. ■



Xilografía de sir Francis Drake (1892), corsario y explorador inglés.

ISTOCK

EL CORSARIO QUE NO VENCÍÓ

FRANCIS

DRA

KE

LAURA MANZANERA
Periodista y escritora



Fotografía actual de la parroquia de Tavistock, ciudad del distrito de West Devon, en el condado de Devon (al sudoeste de Inglaterra), donde nació Francis Drake.

Cosechó su fama como militar saqueando puertos españoles en el Caribe cuando Inglaterra y el Imperio español ni siquiera estaban todavía oficialmente en guerra. Héroe en su país natal y un auténtico demonio para los españoles, el pirata inglés más famoso de todos los tiempos nació en 1540 en Tavistock, en el condado de Devon, en una familia de granjeros. Con solo trece años embarcó en el carguero en el que aprendió a navegar. Fue ascendiendo hasta llegar a capitán, cumplidos los veinte, y a los veintitrés realizó su primer viaje a América con su primo segundo John Hawkins, bajo cuyo mando aprendió lo lucrativo que podía resultar el oficio de pirata —más aún vistas las malas defensas hispanas— y lo beneficioso que también era el contrabando de esclavos. De todos modos, sus aprendizajes no le garantizaron el éxito, ni mucho menos.

En 1567, Hawkins y Drake fletaron juntos la primera expedición inglesa para comerciar con esclavos. Se las veían muy felices, creían que la misión sería doblemente sencilla debido a la pobreza defensiva de los enclaves hispanos y al rentable negocio del contrabando de esclavos. Sin embargo, sería todo menos una tarea sencilla y ambos piratas vieron la muerte de cerca.

Después de conseguir cuatrocientos cincuenta esclavos en Guinea y Senegal, zarparon hacia el Caribe con media docena de barcos; Drake estaba al mando del

**SE SALVÓ EN SU PRIMER ARDID CONTRA LOS
ESPAÑOLES PERO, HUMILLADO, INICIÓ UNA
VENGANZA QUE DURARÍA TODA SU VIDA**

Judith. Les sorprendió una fuerte tormenta que les hizo desviarse a Veracruz. Una vez allí, haciéndose pasar por españoles, obligaron al virrey Martín Enríquez de Almansa a facilitarles suministros. Pero no contaban con que a los pocos días llegaría la verdadera Armada española y se descubriría el engaño. El encontronazo resultó inevitable y el resultado fue el hundimiento de cuatro de los seis barcos piratas, unos quinientos hombres abatidos y la pérdida de casi todo el dinero obtenido. Francis y John se salvaron de milagro. Para compensar de alguna forma aquella hu-

millación, Drake inició una guerra personal contra España que arrastraría durante toda su vida.



De su primo segundo John Hawkins (arriba retratado en 1581) Francis Drake aprendió todas sus «malas artes».

EL FAVORITO DE ISABEL I

La primera acción individual destacada de Drake tuvo lugar en 1572, cuando dirigió una expedición de saqueo contra las plazas hispanas del Caribe y tomó el puerto de Nombre de Dios, en el actual Panamá. Arrasó puertos indefensos y con ayuda del pirata francés Guillermo Le Testu se hizo con un convoy español cargado de oro y plata. El beneficio fue doble: acumuló de la noche a la mañana una gran fortuna y la corona inglesa le encomendó una misión, atacar los intereses españoles en el Pacífico.

Cuando volvió a Inglaterra con aquella valiosa carga, la reina Isabel lo tomó bajo su protección. La tregua que la soberana había fir-

mado con Felipe II le impedía reconocer oficialmente a Drake, pero no le impidió encargarle destacadas misiones y pedirle que le ayudara en sus expediciones.

En 1575, Drake cambió de escenario: Irlanda del Norte. Iba al mando de una operación de castigo que llevaba tropas y colonos ingleses al Ulster y que acabó masacrando a seiscientos hombres, mujeres y niños después de haberse rendido estos.

Dos años más tarde, la reina le envió en secreto a otra expedición contra las colonias españolas. Partió de Plymouth, pero tras cruzar el Atlántico hubo de abandonar dos de sus cinco naves en el estuario del Río de la Plata. Al año siguiente, se aventuró con las tres naves restantes en el estrecho de Magallanes hasta alcanzar el Pacífico. De nuevo tuvo mala fortuna. Uno de los barcos quedó destrozado por los efectos de las tormentas y, a causa de las malas condiciones climatológicas, tuvieron que regresar a Inglaterra.

Tras este revés, volvió a zarpar a bordo del buque insignia *Pelican*, construido con dinero de la Corona inglesa y con el que se haría famoso. En 1579, zarpó en un viaje muy especial: la circunvalación a la Tierra. Por supuesto, durante el

mismo aprovechó el tiempo para atacar las indefensas poblaciones españolas en el Pacífico. A su vuelta fue recibido como un héroe nacional e Isabel lo nombró sir. Sin importarles que los españoles ya hubiesen dado la vuelta al mundo más de medio siglo antes con la expedición Magallanes-ElCano, ni que Drake hubiese secuestrado a pilotos portugueses y españoles para acometer su gesta, sus compatriotas lo celebraron como si él hubiera sido el primero y único.

Su vuelta al globo le hizo aún más rico y más famoso. La expedición había sido increíblemente lucrativa; tanto, que el botín que lograron se valoró en unas 250 000 libras, una suma similar al presupuesto anual con que por entonces contaba el Parlamento británico. Por otro lado, el 4 de abril de 1581, Isabel I en persona subió al buque insignia para nombrarle caballero. De repente, no solo era el pirata más conocido de su tiempo, sino también un hombre respetable, y hasta tenía un asiento en el Parlamento. Le faltaba enfrentarse a una guerra de verdad, pero pronto lo haría.

LIDERANDO A LA ROYAL NAVY CONTRA LA GRAN ARMADA

Con el tiempo, Felipe II se cansó de Drake y de sus constantes ataques a sus posesiones, así que tomó la determinación de atacar a los ingleses en su propio terreno, y sir Francis Drake quedó destinado a defender las islas británicas de la Gran Armada (la mal llamada Armada Invencible).



Grabado de Isabel I nombrando caballero (sir) a Francis Drake, el 4 de abril de 1581 a bordo del *Golden Hind*, el barco de Drake, después de su viaje alrededor del mundo.



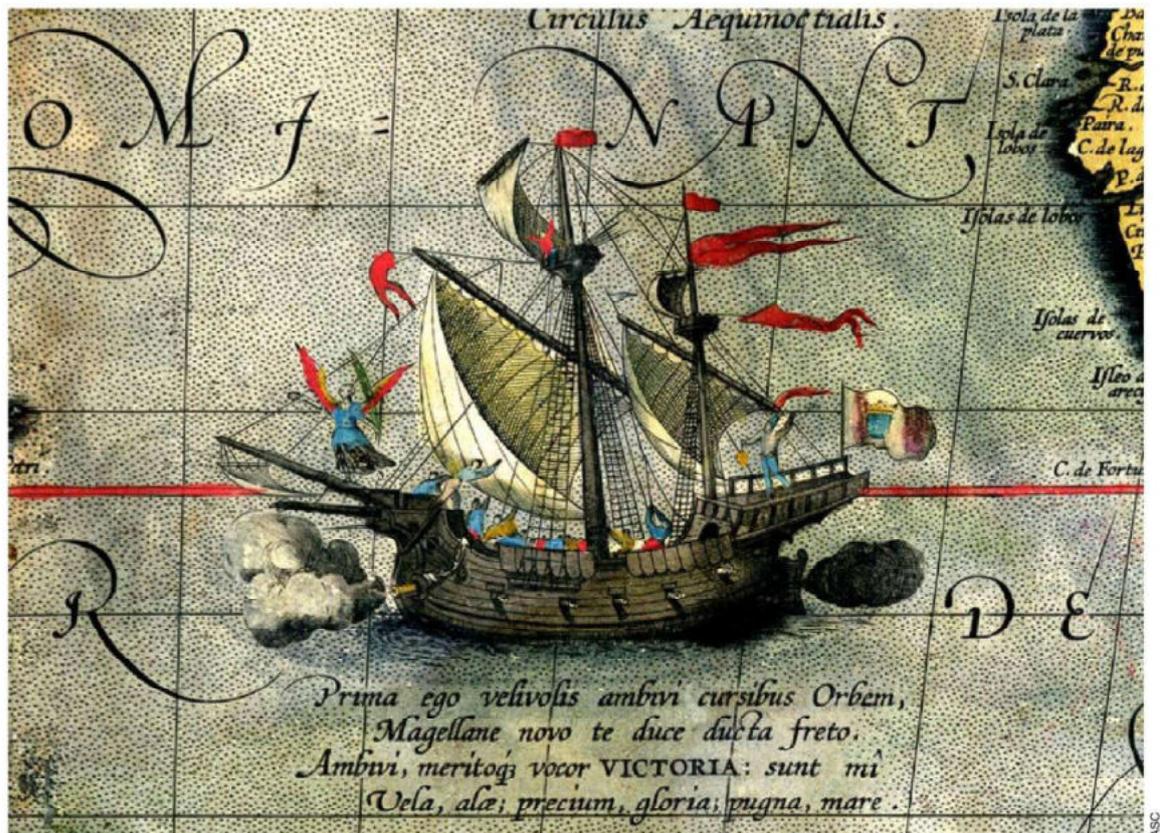
Plymouth (1673), de Hendrik Danckerts. Panorámica del lugar en el que se supone que estaba Drake jugando a los bolos cuando se divisó por primera vez a la Armada española.

Tras años dedicados a la piratería en las Antillas y tras haber logrado suculentos botines, en 1587 Drake volvió a Europa, pero antes de alcanzar Inglaterra aprovechó para atacar Cádiz. Allí inutilizó más de una treintena de barcos que debían formar parte de la celeberrima flota que se preparaba para invadir Inglaterra; su acción retrasaría la invasión un año. Pero pronto comprobaría por sí mismo lo distinto que era atacar puertos prácticamente indefensos que liderar una auténtica flota.

En 1585, ambos países estaban ya oficialmente en guerra (lo estarían hasta 1604); la fallida invasión tuvo lugar en julio y agosto de 1588. Ante tal hecho, Drake fue nombrado vicealmirante de la Royal Navy bajo las órdenes del almirante Charles Howard. Según cuenta la leyenda, estaba jugando a los bolos en Plymouth cuando le avisaron de que la flota de Felipe II se acercaba. «Tenemos tiempo de acabar la partida. Luego venceremos a los españoles», habría dicho sin inmutarse. La realidad fue que, a falta de un enfrentamiento masivo, el mayor protagonismo de Drake fue la captura del galeón *Nuestra Señora del Rosario*, que llevaba a bordo dinero para invertir en la guerra de Flandes. Su almirante, Pedro de Valdés, se rindió sin oponer resistencia.

El 7 de agosto de 1588, una escuadra inglesa a las órdenes de Francis Drake atacó a la flota comandada por el duque de Medina Sidonia con ocho brulotes

EL FRACASO DE LA CONTRAARMADA Y DE OTRAS EXPEDICIONES CONDUJO A FRANCIS DRAKE AL OSTRACISMO



Detalle de un mapa de Ortelius (geógrafo y cartógrafo flamenco) con la nao Victoria de la expedición de Magallanes-Elcano en primer término cruzando el océano Pacífico.

(barcos incendiados) durante la noche, lo que obligó a la mayor parte de los capitanes de la Gran Armada a romper la formación y retirarse hacia Gravelinas, donde debieron presentar batalla. Aunque la flota española no pudo organizar una formación de ataque, Drake no logró diezmarla en combate, ya que esta se dirigió al norte para bordear las islas Británicas y volver a casa.

EL DESASTRE DE LA CONTRAARMADA

Pero la cosa no había terminado: la guerra anglo-española continuaba y, creyendo que el Imperio español estaba en horas muy bajas, Isabel I ordenó a Drake lanzar un contraataque contra el reino de Felipe II, una operación militar que fue bautizada como Contraarmada. El primer objetivo fue La Coruña (para destruir los navíos de la Gran Armada que estaba reconstruyéndose en sus astilleros), pero las milicias, entre las que se encontraba la famosa María Pita, les obligaron a huir. Seguidamente, la flota, compuesta por más de un centenar de barcos, se personó en Lisboa para capitanear una rebelión contra Felipe II, que

**TRAS AÑOS DEDICADOS A LA PIRATERÍA
Y TRAS HABER LOGRADO SUCULENTOS
BOTINES, EN 1587 DRAKE VOLVIÓ A EUROPA**

entonces era también rey de Portugal. Provocar el levantamiento luso con el fin de derrocar a Felipe y entronizar al prior de Crato (que viajaba con la expedición) parecía posible, pero finalmente Drake ordenó la retirada. El salto a las Azores para tomarlas como base inglesa e intentar capturar la flota de Indias solo alargó la agonía.

Pese a la dificultad del ejército español para planificar una operación de gran calibre, el desastre de la escuadra inglesa fue inevitable. Baste destacar que el 75 % de los hombres que formaban la expedición (en total 18 000 marinos) desertó o murió.

UNA NUEVA Y HUMILLANTE DERROTA EN LAS PALMAS

Aquel estrepitoso fracaso condujo a sir Francis Drake al ostracismo. Pasó seis años sin liderar una expedición naval hasta que Isabel I, desesperada por obtener alguna victoria, volvió a confiar en él. Corría el año 1595 y el escenario volvía a ser el Caribe. En la siguiente campaña contra la América hispana encadenaría varias derrotas.

Pero antes de llegar allí, quiso hacer una parada que resultaría fatal. La tierra

que tenían más próxima en dirección al Nuevo Mundo era Gran Canaria, una de las islas ubicadas estratégicamente por la que pasaban muchos de los navíos españoles que regresaban del continente recién descubierto repletos de riquezas. Se trataba de un lugar idóneo para abordarlos.

La expedición no pudo empezar con peor pie. Drake llevó la contraria al comandante Hawkins y dio la orden de atacar las islas Canarias, donde aprovecharían para abastecerse, ya que las necesidades de avituallamiento de veintisiete fragatas y 1800 tripulantes, entre marineros y personal de intendencia, eran considerables. El inglés esperaba tomar Las Palmas en pocas horas, pues la defendían apenas un millar de hombres y casi todos civiles, pero erró el cálculo y la cosa no pudo empezar peor. Contra todo pronóstico, los defensores rechazaron el primer desembarco con facilidad.

El amanecer del 6 de octubre



Sir Francis Drake fue el primer inglés en circunnavegar el mundo y un temido corsario para los españoles. Arriba, retrato anónimo (1581).



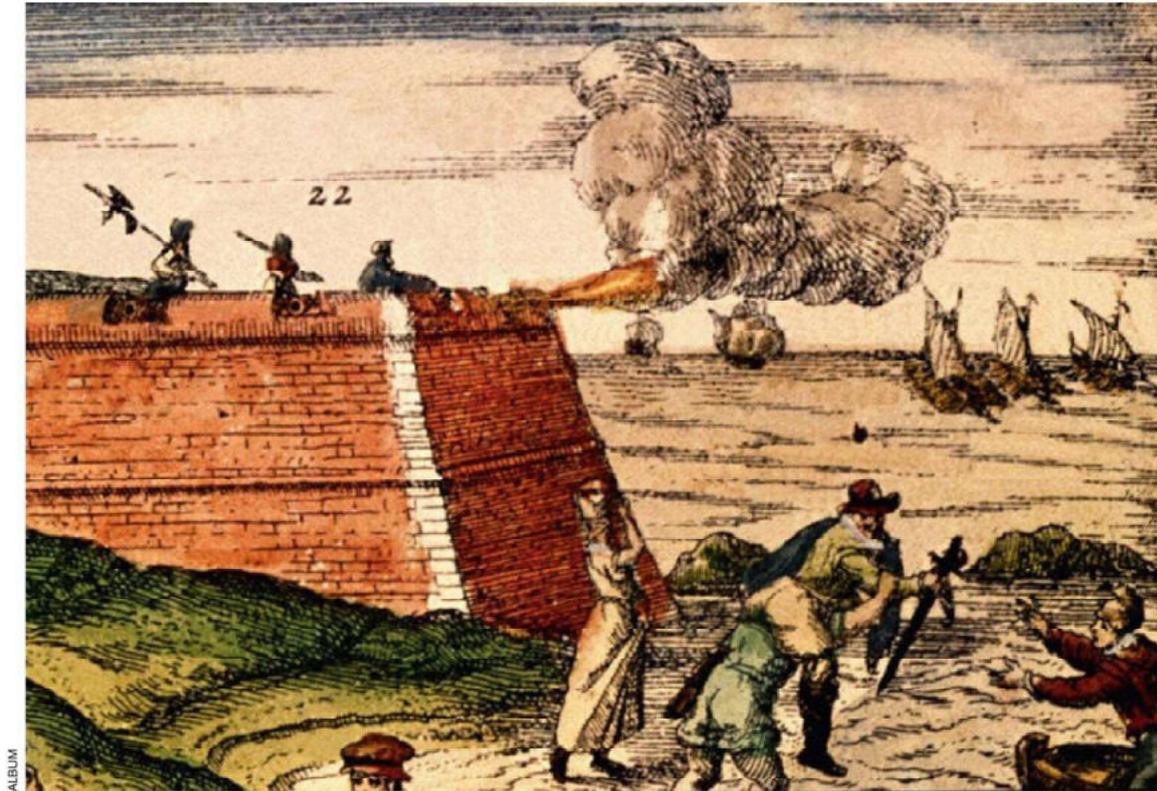
A la izquierda, Alonso Alvarado, gobernador y capitán general de Gran Canaria, quien defendió la isla ante Drake. A la derecha, la Isla Corvo, Azores (Portugal).

de 1595, un vigía oteó las naves inglesas desde su garita en La Isleta de Las Palmas, que entonces se llamaba Real de las Palmas. Alonso de Alvarado y Antonio Pamocho organizaron rápidamente la estrategia de defensa. Se basaba en los cañones del castillo de La Luz y en las tropas de infantería situadas en los arenales y las murallas que protegían la ciudad.

Los barcos ingleses intentaron penetrar en la isla por la caleta de Santa Catalina, pero cañones y arcabuces lograron contenerlos, causando considerables bajas entre los asaltantes. El primer desembarco de la flota inglesa había sido rechazado con suma facilidad, algo sorprendente teniendo en cuenta el reducido ejército y el poco armamento con que contaban los canarios, con solo un castillo para proteger toda la isla. La acción se saldó con cuarenta muertos y numerosos heridos del bando de los invasores. Además, al capturar a un capitán inglés se descubrieron las verdaderas intenciones de los británicos y se pudo avisar a las autoridades españolas al otro lado del Atlántico.

En vista del ridículo que habían hecho, Hawkins consideró inútil un segundo intento. La noche del 7 mandó poner rumbo hacia el sur de la isla, abandonando la ciudad. A la jornada siguiente, también Drake desistió y navegó en la misma dirección, fondeando sus corbetas frente a la rada de Arguineguín. Un pequeño

EN PUERTO RICO, FRANCIS DRAKE SOBREVIVIÓ A LOS CAÑONAZOS DE LOS ESPAÑOLES PERO NO A LA DISENTERÍA



Sobre estas líneas, recreación del castillo de San Felipe defendiéndose de los barcos realizada por el ilustrador y cartógrafo flamenco Joris Hoefnagel en 1564.

grupo de soldados canarios con orden de no perderles de vista les tendieron una emboscada en una de las playas, con ayuda de pastores y campesinos. Varios marinos británicos perdieron la vida y otros fueron hechos prisioneros.

Drake y Hawkins no estaban entre ellos y pudieron proseguir su periplo hacia La Gomera, donde cargaron agua. Fue su última estancia en aguas canarias.

DESASTRE EN EL CARIBE

Cuando, por fin, el almirante Drake y sus hombres llegaron a Puerto Rico, comprobaron que les estaban esperando cinco fragatas en hilera con sus cañones apuntándoles. La flota entera hubo de retirarse cuando las balas alcanzaron la mismísima cámara de Drake, que justo en ese momento estaba brindando con sus oficiales (él se libró, pero varios resultaron heridos, dos mortalmente). Todo se le complicaba a marchas forzadas. Y, por si tenía pocos problemas, estaba solo ante el peligro como único mando, pues la mala salud había dejado a Hawkins fuera de combate. De hecho, moriría por fiebres víricas en noviembre de 1595.

Pese a los contratiempos, dispuestos a recuperar terreno, los ingleses lanzaron sus barcasas en un ataque masivo y silencioso. La idea de Drake era acercarse sigilosamente, aprovechando la noche, a las fragatas en el puerto e incendiarlas. Tampoco en esa ocasión la táctica surtió efecto y tuvieron la suerte en contra. El ataque fue frustrado por la gran luminosidad del «relámpago del Catacumbo», un curioso fenómeno atmosférico, como una especie de faro natural, que ocurre al oeste del lago de Maracaibo y que durante siglos han usa-



Burial of Admiral Drake (1899), de Thomas Davidson.

EN BUSCA DEL ATAÚD PERDIDO

La búsqueda del ataúd en el que lanzaron el cuerpo de Drake al mar se convirtió en una obsesión para los arqueólogos británicos. Muchos lo han rastreado y, de hecho, se hallaron los restos del *Elizabeth*, un buque que naufragó poco antes del fallecimiento de Drake. Pero investigaciones posteriores (a partir de 1975) apuntaron que podría tratarse de la carabela *Vizcaína*, usada por Colón en su cuarto viaje y hundida en 1503. Por otro lado, no todo el mundo piensa que el cadáver de Francis Drake se quedara en el Caribe, ya que existe una carta del 20 de junio de 1596 en la que Andrés Armenteros informa **al duque de Medina Sidonia** del regreso de la flota inglesa a su país y señala que el cuerpo del corsario va en uno de los barcos, en el interior de un tonel. Aunque esto pueda sonar a leyenda, es una posibilidad.

do los navegantes para orientarse. Gracias a él, un vigía pudo divisar las naves inglesas y alertar a la guarnición, que corrió a frenar el desembarco. Al finalizar, los británicos habían sido masacrados por una minúscula fuerza española.

Parecía que los españoles habían aprendido la lección, así que Drake se alejó de Puerto Rico tras un par de paradas en las que obtuvo un escaso botín. Aunque tenía pensado detenerse también en Cartagena de Indias, desistió cuando vio las murallas que la rodeaban. La cambió por Panamá, donde orquestó un

LAS CAMPANAS REPICABAN TRÁS LA MUERTE DE DRAKE, EN ENERO DE 1596, MIENTRAS CERVANTES Y QUEVEDO ESCRIBÍAN VERSOS A LA MUERTE DEL MÁS INNOBLE ENEMIGO

doble ataque: por tierra y mar. Thomas Baskerville, que iba por tierra con novecientos soldados, se encontró con un reducto defendido por setenta hombres que impidieron su avance. Al ver que llegaban refuerzos, el inglés decidió retirarse, pero en la persecución perdió cuatrocientos hombres, entre prisioneros, heridos y muertos.

UN FINAL DESHONROSO

El final de sir Francis Drake no andaba lejos. En Puerto Rico, sobrevivió a los cañonazos pero no a la disentería. Desanimado, cansado y enfermo, el 27 de enero de 1596, con la flota fondeada en Portobelo (Panamá), pidió que le pusieran la armadura «para morir como un soldado». Expiró su último aliento al día siguiente y ni siquiera entonces le acompañó la suerte. Había pedido descansar en tierra firme, pero lanzaron su cuerpo al mar dentro de un ataúd de plomo.

Su tripulación saqueó y quemó Portobelo en su honor, mientras las campanas de las iglesias españolas repicaban de alegría y Cervantes y Quevedo dedicaban sendos versos a la muerte del enemigo más innoble de cuantos había tenido Felipe II. Sir Francis Drake, pirata y caballero, el peor dolor de cabeza de la Monarquía Hispánica, acabó vencido en las aguas caribeñas ante barcos españoles. ■

LOPE DE VEGA A FRANCISCO DRAQUE

Cervantes y Quevedo le dedicaron versos a su muerte, pero la fama de Francis Drake también inspiró a Lope de Vega, quien en 1597 le dedicó un poema épico de diez cantos: *La Dragontea* (el dragón era el símbolo del corsario). En él describía la victoria de España sobre la Armada inglesa en la guerra de 1595 en las actuales Colombia y Panamá, así como la deshonrosa muerte del pirata en el Caribe. Según explica el autor en la dedicatoria al príncipe de Asturias, futuro Felipe III, dos cosas le habrían obligado a escribir ese libro. La primera, «que no cubriese el olvido tan importante victoria», y la segunda, «que descubriese el desengaño lo que ignoraba el vulgo — que tuvo a Francisco Draque en tal predicamento —, siendo verdad que no tomó grano de oro que no le costase mucha sangre». Parece ser que el monarca tuvo serias dudas, pues no le otorgó la correspondiente licencia de impresión para Castilla. Y cuando Lope lo publicó en Valencia, en 1598, el Gobierno mandó secuestrar todas las copias.

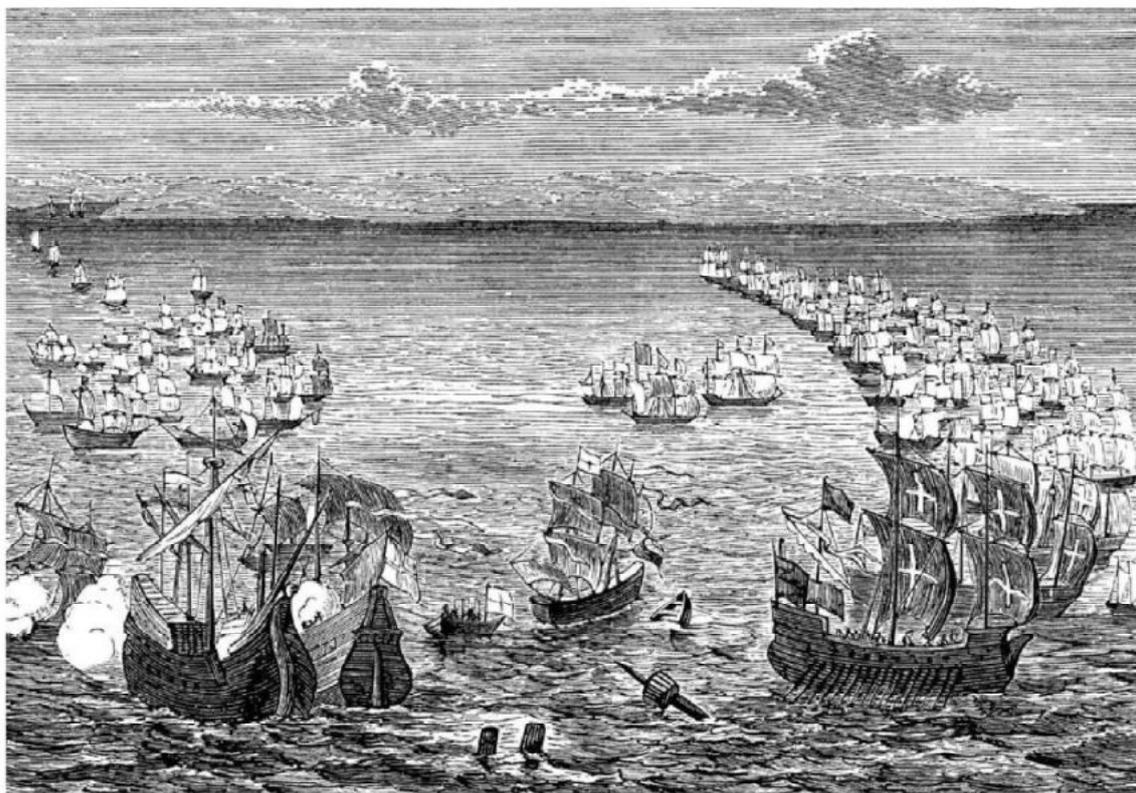


LOS PERSONAJES
SONAJES

GONZALO PULIDO
Geógrafo y escritor

Grabado coloreado de Alonso Pérez de Guzman, VII duque de Medina Sidonia. Grande de España, caballero de la Orden del Toisón de Oro y comandante en jefe de la Armada Española.





Grabado de la flota inglesa, comandada por sir Francis Drake, atacando a la Armada española en 1588, en *Old England's Worthies* (1880), de Lord Brougham.

Se podrá dudar sobre la existencia del destino, pero difícilmente nadie puede dudar que los tres personajes españoles más importantes tras los históricos acontecimientos de 1588 estaban predestinados a ser lo que fueron. Y, sin embargo, solo una concatenación de acontecimientos precedidos por una serie de decisiones y sucesos provocaron que estuvieran donde estuvieron y que participaran de un desastre que, hasta casi el último momento, pudo haber sido evitado e, incluso, transformado en un éxito militar casi sin precedentes, que hubiera cambiado para siempre la historia. Pero, cosas del destino, ello solo habría sido posible en el caso de no ser ellos los que hubieran estado donde estuvieron.

Porque los tres grandes personajes españoles del siglo XVI —y mundiales, dado que en aquellos tiempos ser relevante en España era lo mismo que serlo en el mundo— que participaron en el intento de invasión de Inglaterra fueron lo que fueron ya desde niños.

NACIDOS PARA LA GLORIA, FORZADOS AL DESASTRE

Álvaro de Bazán y Guzmán, primer marqués de Santa Cruz; Alonso Pérez de Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia, y Alejandro Farnesio, tercer duque de Parma y de Piacenza, fueron, fundamentalmente, quienes condujeron a la Gran Armada española al desastre. Y, sin embargo, pudiera ser que, aun responsables en distinto porcentaje del fracaso, ninguno de ellos lo fuera realmente. O no lo fueran tanto como Felipe II.

DE BAZÁN Y GUZMÁN, PÉREZ DE GUZMÁN Y FARNESIO FUERON **LOS GRANDES** **PERSONAJES ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI**

Álvaro de Bazán y Guzmán, el gran almirante y promotor de esta aventura, fue investido por Carlos V con el hábito de Santiago en 1528 y recibió el nombramiento de caballero en Guadix el 17 de enero de 1530, así que debió de ser un bebé muy intenso, porque había nacido el 12 de diciembre de 1526. Cualquier psicólogo infantil actual quedaría espantado ante tantas expectativas —y presiones— sobre un menor de tres años, y cualquier párvulo quedaría sepultado por el ingente peso histórico de unos apellidos que provenían de una saga familiar que acababa de embarcarse en una nueva empresa, la naval, cuando el progenitor de nuestro Álvaro, Álvaro de Bazán el Viejo, sustituyó a Juan de Velasco, tras su muerte, como capitán general de las Galeras de España y de la Costa de Granada y dejó atrás su origen navarro —el valle de Baztán— y sus servicios a la Reconquista.

La infancia y la adolescencia de Álvaro anduvieron entre armas y libros, estocadas y danzas, astrolabios y poemas, nombramientos y ceses. Conoció el peso de la responsabilidad con solo nueve años, cuando fue nombrado alcaide perpetuo del castillo de Gibraltar en 1535, y supo de las consecuencias de la desobediencia con solo once, en 1537, cuando su padre fue cesado al incumplir la orden de trasladarse a Génova. Ello provocó que se trasladara a Cantabria, donde conoció un mundo naval muy diferente al Mediterráneo. Con dieciséis años, en 1542,



A la izquierda, don Alvaro de Bazán, I marqués de Santa Cruz, retratado en 1828 por el pintor español del XIX Rafael Tegeo. A la derecha, *Carlos V con armadura*, anónimo.

EL TÍTULO DE MEDINA SIDONIA ERA UNO
DE LOS MÁS PRESTIGIOSOS Y ACAUDALADOS
GRACIAS A LAS MINAS DE PLATA



El infante don Carlos, primogénito de Felipe II, pintado por Sánchez-Coello. Es una obra idealizada, pues nació con malformaciones físicas y trastornos psicológicos.

gracias al nombramiento de su padre dos años antes como capitán general del mar Océano —esto es, de Gibraltar a Fuenterrabía—, se embarcó en la Armada y poco después, en 1544, participó en la victoria naval de Muros contra la Armada francesa de Francisco I, en la que se apresaron veintitrés barcos tras el saqueo de gran parte de Galicia.

Alonso Pérez de Guzmán, el gran multimillonario de esta historia, se convirtió con solo nueve años, en 1558, en duque de Medina Sidonia tras sufrir de forma casi consecutiva la muerte de su padre y de su abuelo. Fue algo así como heredar

el imperio Amazon sin ni siquiera tener acné y en una situación de orfandad considerable. Porque el título de Medina Sidonia, que databa de 1445, era uno de los más prestigiosos y acaudalados gracias a las minas de plata encontradas en la década de 1540 en el Nuevo Mundo, por lo que a finales de los años sesenta de ese siglo los ingresos familiares sumaban 50 000 ducados, y una década después, en 1570, más de 150 000.



GALERIA NACIONAL DE LONDRES

María I de Inglaterra (1554), del pintor neerlandés Antonio Moro. María Tudor fue esposa de Felipe II entre 1554 a 1558.

ADULTOS PREMATUROS

Ser multimillonario con diez años y una de las mayores fortunas de la época con solo veinte provocó que Medina Sidonia tuviera que gestionar innumerables viñedos, olivares y cultivos en el sur de Andalucía, así como puertos marítimos y fluviales, tanto en la costa africana como en la atlántica, por lo que la familia estableció su sede en Sanlúcar de Barrameda, desde donde trabajaron en la logística del transporte de mercancías y en la protección de las embarcaciones.

Alejandro Farnesio, el gran general de esta historia y tercer duque de Parma y de Piacenza, era nieto de Carlos V por parte de su madre, Margarita —hija ilegítima del emperador—, y, por tanto, sobrino de Juan de Austria y de Felipe II, a quien fue entregado con solo once años, en 1556, como prueba de fidelidad a cambio de la entrega a la familia Farnesio de la villa y el ducado de Piacenza, quedando cautiva la ciudadela en poder del rey español. Porque Alejandro era un niño italiano, nacido en Roma, que, una vez fue entregado como prenda a Felipe II, fue educado por su tío en los Países Bajos, a donde se trasladó junto con su madre. Allí mantuvo relación con miembros de la Corte española, e incluso se trasladó en 1559 hasta Inglaterra junto a Felipe II cuando este enlazó matrimonialmente con María Tudor.



Estatua de Alvaro de Bazán, comandante naval español, cerca del Archivo y del Museo de la Marina General de España. Viso del Marqués (Ciudad Real), España.

DEIDAD ARMADA, MARTE HUMANO

Alvaro de Bazán y Guzmán, I marqués de Santa Cruz y Grande de España, fue sin lugar a dudas toda una personalidad de su época, lo que queda demostrado al encontrar referencias suyas en autores tan relevantes como Mosquera de Figueroa, Miguel de Cervantes o Francisco de Quevedo. Un genio militar, admirado en su tiempo, cuyo currículum fue detallado para la posteridad por su nieta, Eugenia de Bazán: «Rindió ocho islas, dos ciudades, veinte y cinco villas, y treinta y seis castillos fuertes: venció ocho capitanes generales, dos maestros de campo generales, soldados y marineros de Francia (4753), ingleses (780), portugueses rebeldes de las islas, y de la armada del río de Lisboa, y tres galeones que estaban en Setúbal, 6460 esclavos que hizo en la isla Tercera y la del Fayal (2500), turcos que cautivó (1605), moros (2138), dio libertad a 1574 cristianos que estaban cautivos, rindió cuarenta y cuatro galeras reales, veinte y una galeotas, veinte y siete bergantines, noventa y nueve navíos de alto bordo y galeones, una galeaza; y ganó en todas las ocasiones 1814 piezas de artillería».

En la primera tumba en la que yació se podía leer que «peleó como caballero, escribió como docto, vivió como héroe y murió como santo». Por si fuera poco, Luis de Góngora le dedicó un epitafio en el que le calificó como «deidad armada, Marte humano».

Tenemos, pues, a tres niños convertidos en adultos de forma prematura años antes de la fracasada invasión de Inglaterra, asumiendo enormes responsabilidades y conociendo las consecuencias que tendrían en sus personas y en sus familias las desavenencias con el rey español. Tres niños que, si bien tuvieron margen de maniobra, se vieron arrastrados desde recién nacidos por una serie de fuerzas que jamás cesaron en su inercia. Álvaro, forjado entre astilleros y galeones; Alonso, criado entre viñedos, olivares y embarcaciones cargadas con las riquezas de América; Alejandro, criado entre sueños —y conspiraciones— militares junto a Juan de Austria y el infante Don Carlos.

Esta infancia resulta clave para comprender gran parte de las actuaciones, posicionamientos y decisiones al respecto de la operación inglesa.



Retrato de Juan de Austria (1567), de Alonso Sánchez-Coello. Hermanastro de Felipe II (hijo ilegítimo del emperador Carlos I).

TRES FORMAS DE VER LA INVASION

Álvaro, cuya gran aspiración siempre fue el servicio a la Corona, concibió la invasión como culminación de la carrera militar de uno de los mayores genios tácticos de la historia naval; Alonso, cuya gran obsesión radicaba en gestionar y aumentar el imperio económico de su familia, fue un gran empresario al que la operación militar le incomodaba en extremo por apartarle de la gestión del patrimonio familiar; y Alejandro, cuya mayor aspiración se encontraba en las conquistas militares para redimir y asegurar a su familia, fue un exitoso general que consideró la empresa no solo arriesgada, sino inoportuna, por plantearse en un momento en el que sus ansias de conquista no habían sido saciadas.

Por ello, la operación nació bicéfala, con sedes en Cádiz, donde se encontraba Alonso Medina Sidonia, y en Lisboa, donde se encontraba Álvaro de Bazán. Una vez fallecido este último, que quizás podría haber llevado a buen puerto la invasión, el nombramiento de Alonso como responsable de la operación, que hasta en dos ocasiones intentó esquivar, resultó clave en el fracaso de la Armada.

Es cierto que fue algo así como situar a Jeff Bezos como comandante en jefe de

LA OPERACIÓN NACIÓ BICÉFALA, CON SEDES EN CÁDIZ, DONDE ESTABA MEDINA SIDONIA, Y EN LISBOA, DONDE ESTABA DE BAZÁN

EL ERROR DE MEDINA SIDONIA, SIN EXPERIENCIA MILITAR, FUE CUMPLIR LAS ÓRDENES DE FELIPE II LITERALMENTE

la Armada norteamericana para invadir China: una muy mala idea. Pero, aunque no fuera el adecuado ni poseyera el instinto militar necesario, ni Alonso era



NATIONAL MARITIME MUSEUM

Retrato de Francis Drake (ca. 1570), de la escuela anglo-holandesa, autenticada por la verruga en la nariz del corsario.

un cobarde ni era incapaz ni era completamente lego en las armas. Algo que pudo comprobar el propio Francis Drake cuando, alertado de la operación, atacó Cádiz en 1587 y fue repelido con éxito por Alonso. Y no solo con éxito, sino con ingenio, pues puso en marcha la estrategia de arrojar embarcaciones ardiendo con explosivos contra la flota corsaria, lo que resultó todo un acierto. Tanto, que esta misma estrategia fue utilizada por el inglés al año siguiente contra Medina Sidonia y la Gran Armada.

EL MARINO QUE LO PUDO CAMBIAR TODO

Don Juan Martínez de Recalde fue, por encima de todo, un soldado. Comenzó sirviendo como infante y como capitán de caballería en Flandes, participó como jefe de la vanguardia de la flota

española en el combate de Ramua en 1573 y obtuvo el mando junto a Pedro de Valdés de una flota destinada a Dunkerque. En 1579 participó en el desembarco en Irlanda, una estrepitosa invasión que tenía por objetivo conquistar la isla «hereje» y devolverla a la senda católica de Gregorio XIII, pero que terminó en masacre, tal vez por designio divino. Una experiencia que, si bien fue negativa, resultó muy valiosa durante el regreso de la Armada Invencible, ya fracasada, a España. Pero, ante todo, fue el hombre que pudo cambiar la historia de la invasión, lo que intentó una y otra vez.

Nombrado jefe de la Escuadra de Vizcaya como mano derecha de Álvaro de Bazán, quedó relegado en importancia una vez fallecido este y otorgado el mando a Medina Sidonia, un ostracismo que la Gran Armada pagó muy caro. A la llegada de esta a Plymouth, a pesar de todos los infortunios y de la preparación inglesa durante años ante la más que conocida invasión, encontraron un esce-

nario favorable para asestar un golpe definitivo a la Royal Navy, que acababa de regresar, dañada por las adversidades climatológicas, de un intento de castigar nuevamente las costas españolas. En estas condiciones, un ataque habría sido, seguramente, definitivo. Eso es lo que consideran muchos analistas y es lo que pensó Juan Martínez de Recalde y por lo que abogó, pero Medina Sidonia, falto de la necesaria experiencia militar, decidió cumplir las órdenes de Felipe II en su literalidad y acudió a recoger, sin dilaciones, a las tropas de Flandes que Alejandro Farnesio debía tener dispuestas en la costa para embarcar.

Aun así, Martínez de Recalde no se rindió e intentó forzar en múltiples ocasiones la confrontación, quedándose rezagado de la Armada con intención de provocar un ataque inglés que obligara al enfrentamiento. No lo consiguió y, seguramente, ello resultó definitivo. Tal fue la impronta que la nefasta dirección de la invasión dejó en Recalde, que escribió a Felipe II antes de morir advirtiéndole de lo que él consideraba los elementos claves del fracaso, entre ellos la organización jerárquica de la flota: «Que aviendo de tornar a juntar Armada no permita que cerca la persona del General vayan cavalleros moços ni personas recién heredadas en su Consejo ni en otro cargo. Que los cavalleros moços vayan repartidos en compañías de capitanes viejos y no mas de dos o tres en cada una, porque por aver ydo de la manera que fueron la Jornada, han suçedido muchas moynas y miedos de la gente de los navios en que y van. Que se haga una gran reformation de Capitanes moços inexpertos que tienen compañías y mandan con mucho rigor, que no se den sino a soldados viejos y conocidos, porque con el miedo que estos han tenido los Capitanes de las naves han dexado de hazer su dever». Y le pidió que dirimiera responsabilidades: «Lo principal y primero

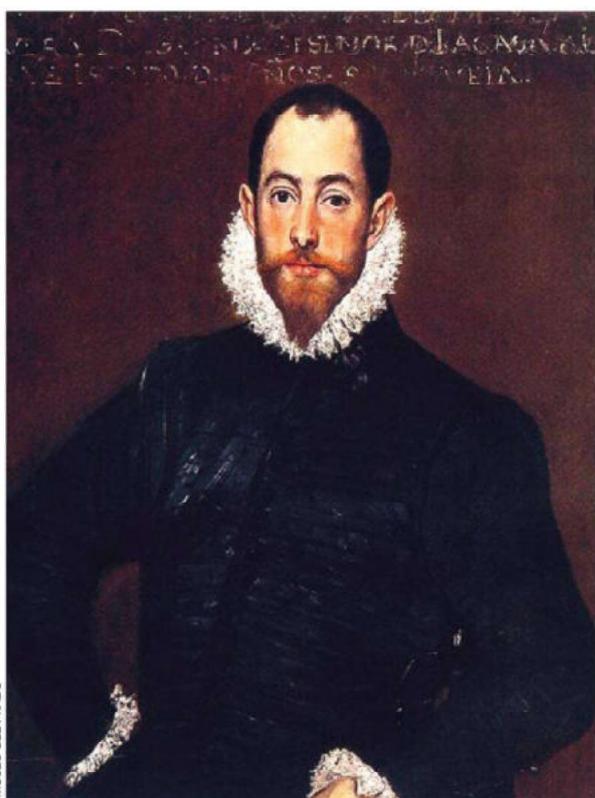


Arriba, Juan Martínez de Recalde, almirante de la Armada española (a la izquierda) y Alejandro Farnesio, III duque de Parma, retratado por Otto van Veen (a la derecha).

que suplica a Su Magestad es que no permita que los errores que en el Armada ha auido y los daños de su real hazienda por pasiones particulares, queden sin castigo, porque disimulandose haran otro tanto en las ocasiones que tuvieren».

LA PERDIDA HUMANA, EL VERDADERO DESASTRE

El mayor daño, por encima de lo económico o psicológico, lo supuso la pérdida de una gran cantidad de militares que, a diferentes niveles, contaban con una enorme experiencia. Alonso Martínez de Leiva representa el paradigma de lo que significó el quebranto fundamental por el desastre de la mal llamada Armada Invencible: experiencia militar. Fue uno de los principales asesores de Medina Sidonia, al que protegió valientemente de los diferentes ataques que su-



Retrato de un caballero de la Casa de Leiva (1580), de El Greco. Alonso Martínez de Leiva de Rioja fue comandante de la Armada.

frío, y uno de los más prestigiosos militares que participaron en la operación; no obstante, era general de la caballería de Milán cuando se embarcó en la Rata Santa María Encoronada junto al resto de la flota. Contaba con experiencia en confrontaciones en Granada, Flandes, Italia, Francia, Portugal o el norte de África. Una experiencia que se hundió, junto a la de muchos más, el 2 de septiembre de 1588 en las aguas del Atlántico.

MÁS QUE PIRATAS: MILITARES DE ELITE

Cuando uno piensa en la piratería resulta inevitable recordar patas de palo, parches o calaveras, y lo cierto es que el destino final nunca fue excesivamente favorable para estos mercenarios que surcaron las aguas en busca de cuantiosos botines, encontra-

dos, robados o saqueados. Pero ni su capacidad difería mucho de la de las fuerzas militares al mando de Felipe II, ni tenían nada que envidiar a nivel de experiencia y desempeño. Es más, los corsarios ingleses eran, más que piratas, verdaderos expertos en lo que en la actualidad denominamos operaciones especiales. Auténticos militares de élite, tenían, además, una gran ventaja: gran parte de su presupuesto lo obtenían por sus propios medios.

Y es que los Drake, Hawkins, Frobisher o Howard desempeñaron una labor fundamental para Inglaterra cada vez que atacaban, robaban o saqueaban a España, sus posesiones o sus embarcaciones. Era un trabajo caótico e incluso liber-

MURIERON MÁS DE 15 000 HOMBRES, ENTRE ELLOS LA MEJOR GENERACIÓN DE MARINOS DE LA HISTORIA ESPAÑOLA

tino en su ejecución, pero sumamente ordenado y planificado en su concepción, que mermaba, preocupaba y perturbaba sumamente a Felipe II y generaba un gasto económico y logístico casi tan cuantioso como las pérdidas que ocasionaba.

Uno de los principales ejemplos de ello lo encontramos en Charles Howard, el almirante al mando de la flota inglesa y superior de Francis Drake y John Hawkins. Fue uno de los personajes más importantes en la victoria inglesa debido a su prudencia en la persecución y el acoso de los españoles, sin caer en la trampa tendida por Juan Martínez de Recalde. Años más tarde, en 1596, comandó la expedición de saqueo de Cádiz, tras la cual fue nombrado primer conde de Nottingham. Que todo un almirante inglés, primo de Isabel I, a quien años después la reina confiaría el nombre de su sucesor en el lecho de muerte, liderara

LOS MILLONARIOS DEL «NO»

Decir «no» a Felipe II, esto es oponerse a los designios de quien quizás fuera el hombre más poderoso del momento, ni estaba al alcance de cualquiera ni solía ser un episodio gratuito; repetirlo, ni podía concebirse. Negarse en varias ocasiones solo estuvo al alcance del duque de Medina Sidonia, seguramente por su fortuna familiar, que siempre dispuso de forma leal a Felipe II, especialmente durante la crisis previa y la anexión de Portugal en 1580 y los años posteriores. Don Alvaro de Bazán dijo «no» cuando en 1580 fue nombrado capitán general de Milán (quedaba muy lejos de su imperio empresarial en el sur de España). Lo esquivó gracias a las aportaciones económicas y a que aceptó participar en una intervención en la costa del norte de Africa, en Larache, a la que, casualmente, no pudo acudir tras un accidente. Además, por dos veces dijo «no» al nombramiento como capitán general del mar Océano tras la muerte de Alvaro de Guzmán, nombramiento que le convertía *de facto* en el responsable de la invasión a Inglaterra, pero no le quedó más remedio que aceptar el cargo. Incluso llegó a escribir a Felipe II, el 24 de junio de 1588, para que desistiera de la empresa tras una tormenta sufrida cerca de Coruña. Si este «no» hubiera procedido de alguien que no hubiera puesto tantos reparos a lo largo de su carrera, quizás hubiera podido cambiar el destino final.



THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART

Guantelete perteneciente a don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla y duque de Medina-Sidonia.

EN SUS COMIENZOS **JOHN HAWKINS**
SE DEDICÓ AL TRÁFICO DE ESCLAVOS
PROCEDENTES DEL CONTINENTE AFRICANO



Así vió el retratista holandés Daniël Mijtens a Charles Howard en 1620. El conde de Nottingham fue el almirante al mando de la flota inglesa en 1588, contra la Armada.

una operación de saqueo contra puertos españoles nos da una idea de la importancia de este tipo de operaciones y la categoría que se les otorgaba.

Otro de los grandes personajes ingleses fue John Hawkins, que, como muchos otros corsarios, se dedicó en sus comienzos al tráfico de esclavos procedentes de África y tuvo varios enfrentamientos con la Corona española, junto a Francis Drake, por comerciar con esclavos y productos sin permiso. Hawkins pasó de esclavista a tesorero de la Marina inglesa tras posicionarse a favor de Isabel I en su confrontación con María Estuardo y actuó como asesor aportando importantes conocimientos navales para la mejora de la flota inglesa.



Arriba, retrato anónimo de sir Martin Frobisher quien protagonizó tres viajes al Artico para buscar el Paso del Noroeste.

tes conocimientos navales para la mejora de la flota inglesa.

Martin Frobisher, otro de los corsarios ingleses que derrotaron a la Armada Invencible, comenzó como grumete en un barco pirata a la muerte de su padre, lo que le permitió adquirir gran experiencia militar y naval, y se convirtió en un gran explorador, aunque nunca pudo encontrar un paso hacia el oeste en Norteamérica que permitiera alcanzar el océano Pacífico. Descubrió una bahía en Canadá, junto al estrecho de Hudson, que actualmente lleva su nombre, exploró Groenlandia y alcanzó la costa oriental de China en busca de oro. En 1585, tres años antes de derrotar a la Gran Armada, tanto Frobisher como Drake se embarcaron en una operación en las Indias Occidentales contra embarcaciones españolas de la zona.

Una prueba que nos da una idea de lo que realmente significaban los corsarios para Inglaterra la

encontramos en unos de los empleos de los que gozó Frobisher a lo largo de su vida: juez de paz en Yorkshire. Él es ejemplo también de cómo perecieron muchos corsarios y cuál era su estatus social. Murió en 1594 enfrentándose con los españoles, y sus entrañas fueron enterradas en la iglesia de St. Andrews de Plymouth y su cuerpo en Londres, donde le rindieron múltiples honores.

Robert Dudley, conde de Leicester, fue sin duda otro de los grandes protagonistas de los acontecimientos de 1588. Este político y militar inglés fue compañero de la infancia de Eduardo VI e Isabel I, de quien fue favorito y amante y a quien llegó a proponer matrimonio. Protestante, puritano y activamente anticatólico, fue fundamentalmente un instigador que batalló contra los españoles en los Países Bajos entre 1585 y 1587, y fue nombrado lugarteniente general de la flota inglesa encargada de repeler a la Gran Armada. ■



M. SAN CLAUDIO SANTA CRUZ

Escudo de armas del monarca español Felipe II fundido sobre una pieza de artillería de bronce. Fue encontrado en la ría de Ferrol.

HUELLAS SUBACUÁTICAS DE LOS
SUPERVIVIENTES DE LA GRAN
ARMADA EN GALICIA

LOS QUE
VOLVIERON
TODAVÍA
ESTÁN AHÍ

MIGUEL SAN CLAUDIO SANTA CRUZ
Arqueólogo (Universidad de Texas A&M)

Galicia está a menos de cinco días de navegación de los finisterres de Bretaña y Cornualles, en un punto privilegiado de las relaciones atlánticas europeas. Su posición estratégica compromete el tráfico del norte de Europa, y es el lugar idóneo desde donde alcanzar esas costas. Como contrapartida, fue objetivo de los que desafiaban el predominio español en el océano. Y es que, desde 1580 —año de la anexión de Portugal—, las costas gallegas se vieron inmersas en un estado de guerra constante hasta la firma del Tratado de Londres de 1604. La actividad bélica generó un rico registro arqueológico subacuático que contrasta con el escaso desarrollo de la arqueología subacuática posclásica en nuestro país.

El elevado número de yacimientos, en magnífico estado de conservación, ofrece la ocasión de conocer detalles de la expansión marítima española y del esfuerzo bélico en el Atlántico. Los pecios de la Gran Armada de 1588 y de la de 1596 —25 buques hundidos en Finisterre— y el rico yacimiento del galeón *Santiago de Galicia* en Ribadeo son ventanas únicas sobre el esfuerzo marítimo español en aquellos años, imposible de alcanzar en ninguna otra parte del mundo.

En los últimos años investigamos muchos de estos pecios y otros que se van conociendo, como el de Punta Farelo en Camariñas o el más reciente de Mugarodos. Estos yacimientos son reflejo de lo que aguarda bajo las aguas en Galicia, y los pecios de la Armada de 1588 son uno de los conjuntos arqueológicos más prometedores.

Antes de continuar aclaremos que los pecios se diferencian de los naufragios en que estos últimos son la referencia de la pérdida de un buque, mientras que los pri-



Un aspecto similar al de este galeón español de finales del *xvi* o inicios del *xvii*, pintado por Cornelis Verbeeck, debía tener el *Regazona*. National Gallery of Art, Washington.



MIGUEL SAN CLAUDIO SANTA CRUZ



MIGUEL SAN CLAUDIO SANTA CRUZ

A la izquierda, morrión español de infantería encontrado en uno de los pecios de la Armada de Martín de Padilla. A la derecha, detalle de la empuñadura de una espada española.

meros son los restos materiales de la acción de naufragar. La diferencia entre naufragio y pecio es la diferencia entre la noticia histórica de un hecho y el resultado material del mismo.

EL NAUFRAGIO DEL *REGAZONA*

El galeón veneciano *Regazona* —que debía su nombre a su armador, Jacome Regazon— era uno de los mejores buques de la Armada de 1588. Además de por su tamaño, tripulación escogida y condiciones marineras, destacaba por su armamento de 32 cañones de bronce. De grandes dimensiones, tenía un porte de unos 912 toneles machos.

Martín de Bertendona izó en él su bandera de general de la Escuadra de Levante. Esta fuerza la formaban naves mediterráneas y sufrió el mayor porcentaje de pérdidas. De diez buques enviados al canal, solo dos regresaron a la península, uno de ellos el *Regazona*.

Peleó bien contra los ingleses y, tras circunnavegar las islas británicas, llegó a Muros en octubre de 1588. Había perdido casi todo el velamen, así como mucha jarcia. Venía sin las dos anclas grandes, sin el batel principal y con daños estructurales. Aun así y a pesar de las protestas de Bertendona por tener las jarcias y las velas «muy cascadas de las tormentas pasadas», el *Regazona* partió de Muros rumbo a La Coruña el 4 de diciembre, pues el marqués de Cerralbo, capitán general de Galicia, ordenó

LOS CAÑONES DEL *REGAZONA*, UNO DE LOS MEJORES BUQUES DE LA GRAN ARMADA, SE USARON PARA DEFENDER LA CORUÑA



MIGUEL SAN CLAUDIO SANTA CRUZ

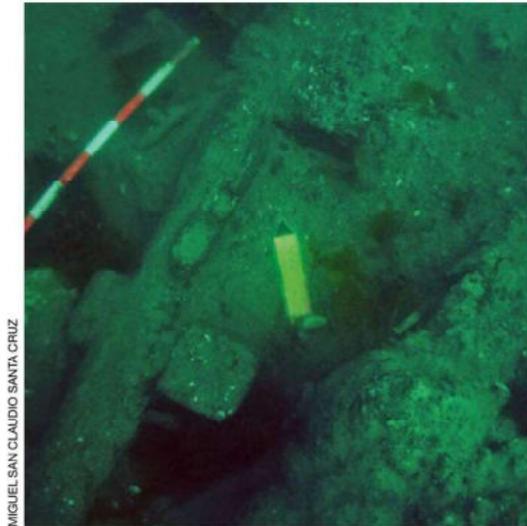
Estas piezas de artillería de bronce (pensadas para disparar proyectiles de gran tamaño a largas distancias empleando una carga explosiva como impulsor) son de finales del siglo xvi, probablemente de origen veneciano, extraídas de la ría de Camariñas.

agrupar todos los buques supervivientes en el puerto de la capital gallega.

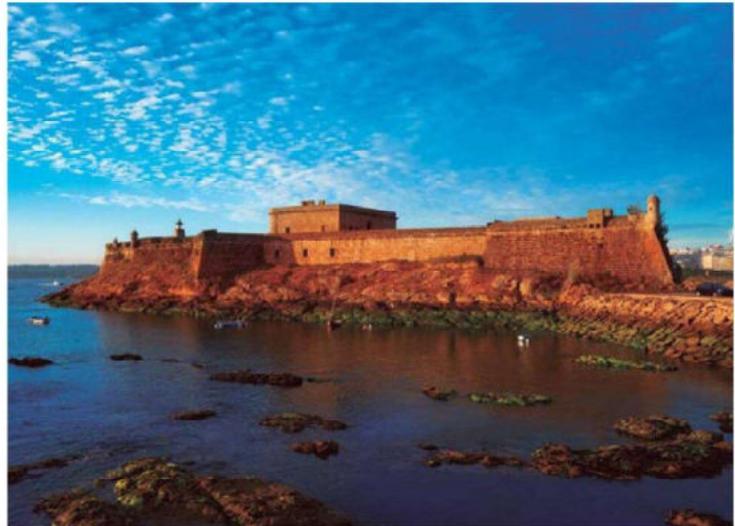
Esa noche, entre Munguía y Sisargas, un fuerte viento de oeste-sudoeste se llevó el papahígo mayor, quedando solo con la vela de trinquete, abatiendo hacia las islas. A unos 50 pasos de la costa, en el canal, rodeados de bajos, consiguieron fondear con las anclas en una situación imposible. Todos a bordo querían varar el buque en un arenal cercano para al menos salvar las vidas, pero Bertendona se mantuvo firme y al amanecer ordenó disparar cañonazos de auxilio, contestados por dos pinazas de vizcaínos —probablemente balleneros— desde el inmediato puerto de Malpica. Los vascos, tras picar las anclas, los tomaron a remolque, pasando entre las islas y el cabo San Adrián, «por donde no se ha visto que aya pasado navío». En ese momento se levantó viento del oeste-sudoeste, favorable para seguir la navegación, «tan milagrosamente que si los marineros no fueran conocidos creyeseamos heran ángeles que avían venido a socorrernos».

Desde La Coruña se ordenó a las galeras *Diana* y *Princesa* dar remolque al galeón, aunque, a juicio de Bertendona, mal mandadas, fracasaron en la operación. El galeón hubo de pasar la noche del 7 de diciembre fuera del puerto, con una sola ancla y, aunque se envió otra ancla y una vela, al día siguiente se levantó otro temporal de componente sur que empujaba la nave «hacia las rocas del lado de la ría de Betanzos». En ese momento desertan los pilotos que habían traído de Muros, así como el contra maestre y once marineros, dejándolo casi sin brazos para gobernar el buque.

LOS 30 CAÑONES RECUPERADOS SIRVIERON PARA DEFENDERSE DE LA CONTRAOFENSIVA INGLESA DE DRAKE Y NORRYS EN 1589



MIGUEL SAN CLAUDIO SANTA CRUZ



SHUTTERSTOCK

Aspecto parcial del pecio hallado en 2001 cerca del castillo de San Antón (en la bahía de Coruña). Su cronología es incierta, pero los materiales parecen apuntar a finales del siglo xvi.

Un role del viento hacia el SSE permitió cortar los cables de las dos últimas anclas y gobernar hacia la ría de Ferrol para evitar chocar con las rocas. Allí se vio en apuros, con la costa a sotavento y sin anclas para fondear. Un intento con el anclote del batel fracasó, yéndose el barco irremediamente hacia la ensenada de Cariño.

Sin recursos para fondear, sin anclas ni hombres suficientes, Bertendona buscó un lugar donde varar de una manera controlada: «Hubimos de encallar en el mejor lugar que se pudo». Tras la varada, el general ordenó abatir el palo mayor para quitar pesos altos y evitar que el barco se abriese. Gracias a su pericia, el barco quedó estable, varado, adrizado y estanco, por lo que Bertendona se dirigió por mar a La Coruña, distante siete millas, para tratar con el marqués de Cerralbo las necesidades para el salvamento. Mientras estaban reunidos, llegó noticia de que el galeón se había inundado y dado a una banda. Ya nada se pudo hacer, ni siquiera el desembarco de la artillería mejoró la situación.

Aun así, Bertendona siguió intentando el salvamento del buque. Felipe II muestra interés en ello por ser un galeón veneciano y «haber de devolverse a esa señoría», de modo que pronto se pasó a recuperar la artillería, carga y bastimentos. El 18 de diciembre, el marqués informa al rey: «Hasta ahora se le ha ido sacando borrachas y alpargatas, pólvora y vino, y la artillería; faltan todavía dos cañones, mas será seguro el sacarlos».

Este naufragio fue providencial para la defensa del Reino. Los 30 cañones recuperados se desplegaron en el castillo de San Antón, en La Coruña, desde donde dieron una calurosa bienvenida a la contraofensiva inglesa de Drake y Norryrs denominada Contraarmada de 1589.

El buque debía de estar varado a poca profundidad, sobresaliendo del nivel de la marea baja; solo así se explica que se salvara la mayor parte —si no toda— de la artillería y munición, además de los bastimentos y efectos incluso de escaso valor.

El 17 de enero de 1990, buceadores recolectores descubrieron varias piezas de artillería, un ancla y vasijas a la entrada de la ría de Ferrol. Este pecio se identificó con el *Regazona*, aunque esta adscripción ha quedado descartada en los últimos tiempos. El pecio del galeón veneciano debe encontrarse más cerca de la playa, en

fondos más someros que los de Punta Fornelos. Otro pecio descubierto en Punta Barbeira, al oeste de la ensenada de Cariño inmediata al puerto exterior, demostró ser un buque de vela del siglo XIX. Así pues, el *Regazona* todavía no ha sido hallado.

Bertendona escogió un lugar donde varar el galeón de forma controlada para garantizar su salvamento. La mejor alternativa en aquella costa rocosa y relativamente profunda era la playa de Cariño. Precisamente aquí, en la segunda mitad de los 80, un buceador deportivo localizó una pieza de artillería sobre un fondo de arena. Sería una magnífica noticia localizarlo en ese lugar tal es nuestra hipótesis—, bajo un fondo arenoso, en un ambiente anaerobio y protegido de la acción mecánica del mar.

NAUFRAGIOS DE LA GRAN ARMADA EN LA CORUNA

Tras el regreso a España de la Gran Armada, el Gobierno inglés decidió explotar el fracaso español. Un ataque contra los buques supervivientes, imponer a un pretendiente al trono de Portugal en Lisboa y establecerse en las islas Azores, además de la perseguida y nunca alcanzada captura de la Flota de Indias, parecían tareas al alcance de los ensoberbecidos ingleses.

El 4 de mayo de 1589, la respuesta inglesa, formada por una Armada todavía mayor, aunque más abigarrada, que la enviada por España un año antes, encontró en La Coruña a seis supervivientes de la Gran Armada: la nao *San Bartolomé*, la urca *Sansón*, las galeras *Princesa* y *Diana* y los galeones *San Juan* y *San Bernardo*.

La *Sansón* era una urca mercante de origen alemán, de Emden, de 500 toneles machos. Encuadrada en la Escuadra de Urcas, resultó incendiada durante el ataque. La nao *San Bartolomé*, de 636 toneles machos, construida probablemente en el Cantábrico, había pertenecido a la Escuadra de Andalucía de 1588 y fue barrenada por su propia tripulación el día 6 de mayo en el puerto coruñés para evitar su captura por el enemigo, ya que estaba en reparación y con la artillería en tierra.

El galeoncete *San Bernardo*, de 235 toneles machos, construido en 1586, estaba encuadrado en la Escuadra de Portugal, Reino en el que había sido construido. Se encontraba carenando en la playa y sin artillería y sobrevivió al ataque porque los ingleses olvidaron destruirlo en su retirada.



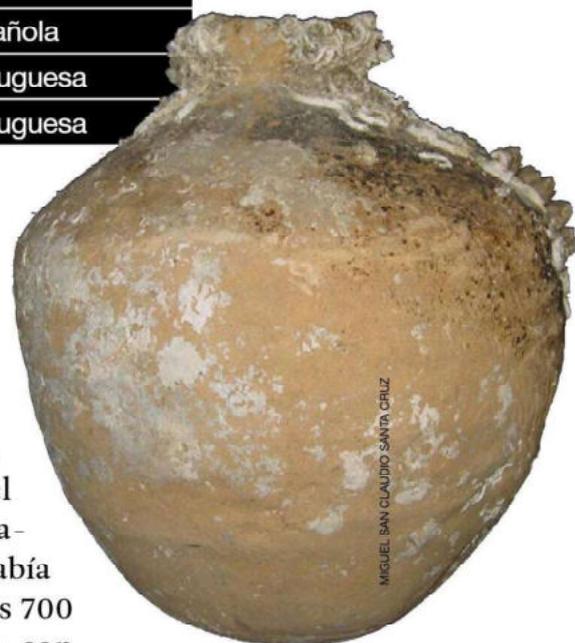
NOMBRE	TIPO	DESPLAZAMIENTO	CONSTRUCCION
Sansón	Urca	750 toneladas	Alemana
San Bartolomé	Nao	976 toneladas	Española
San Bernardo	Galeón	352 toneladas	Portuguesa
San Juan	Galeón	1050 toneladas	Portuguesa

Las galeras *Princesa*, al mando de Palomino, y *Diana*, mandada por Pantoja, habían abandonado la Gran Armada de 1588 en el mes de julio, tras salir de La Coruña y enfrentarse al golfo de Vizcaya. Las dos colaboraron en el salvamento del *Regazona*.

El galeón *San Juan* o *São João de Portugal* era la nave más impresionante de todas las presentes en el puerto coruñés. Almiranta General de la Gran Armada de 1588, la segunda en el mando tras la Capitana había sido construida en 1586 en Portugal. Desplazaba unos 700 toneles machos y era la nave mejor artillada de todas, con 58 piezas, 46 de bronce en «igualdad de género y peso, como artillada de artillería hecha a propósito». Había estado bajo el mando de Juan Martínez de Recalde, fallecido en La Coruña al poco de arribar de la Jornada. A bordo de este buque había regresado Diego de Bazán (hijo del marqués de Santa Cruz) como capitán de una compañía de infantería embarcada en la nao *San Juan Bautista* hundida en Irlanda, quien combatirá gallardamente en la defensa de la ciudad. El *San Juan* estaba gravemente averiado y, tras la muerte de Recalde, era Martín de Bertendona el encargado de las reparaciones de todos los buques surtos en La Coruña.

Una vez divisada la Armada inglesa, los buques españoles se situaron formando un arco defensivo en el frente de mar de la bahía. El *San Juan* y las galeras *Princesa* y *Diana* se apostaron junto al fuerte de San Antón (armado con los cañones del *Regazona*) y cañonearon juntos a la flota inglesa empujándola hacia la costa opuesta. Dos buques ingleses embarrancaron y fueron abandonados tras descargar su artillería.

Ese mismo día, los ingleses desembarcaron en Oza a 8000 hombres y una batería de tres piezas gruesas de bronce, avanzando hacia la capital gallega. Con el desembarco inglés, las naves cambiaron de posición hacia la defensa de la ciudad. El galeón *San Juan*, con su potente artillería, a pesar de tener alguna en tierra, cerró por mar el frente de tierra de las murallas. Con Bertendona a bordo, tenía como capitán a Francisco Valverde y lo defendía Diego de Bazán con su com-



Botija parrote recuperada en el área del paseo del Parrote, en el puerto de La Coruña y en las inmediaciones del castillo de San Antón. La tipología de esta botija es coherente con finales del siglo xvi.

LOS INGLESES HALLARON EN LA CORUÑA UNA NAO, UNA URCA, DOS GALERAS Y DOS GALEONES DE LA GRAN ARMADA

LA IMPORTANCIA DE LA CORUÑA DURANTE EL GOBIERNO DE FELIPE II HA BRINDADO HALLAZGOS IMPORTANTES DE LA ÉPOCA

pañía. Desde su nueva posición, descabalgó a dos de las piezas inglesas que lo ofendían y mató a los servidores de la tercera.

Con la toma del barrio de La Pescadería, la situación del galeón se hizo insostenible, lo que forzó a su abandono el viernes 6 de mayo tras dos días de combate. La dotación se retiró al fuerte de San Antón reforzándolo. Martín de Bertendona narra por su pluma cómo acabó con la vida de catorce o quince de los asaltantes mediante «una mina de barriles de pólvora que para el efecto dejé hecha». El galeón ardió desde ese viernes hasta el domingo por la noche, lo que solo se explica de estar asentado sobre el fondo. Ese mismo día ardió la nao *San Bartolomé*.



Pieza de artillería de hierro colado sobre el pecio del Castillo de San Antón, La Coruña.

De las cincuenta piezas que lo armaban, aunque alguna permanecía en tierra, los ingleses solo pudieron recuperar quince o dieciséis, pues el resto explotó con la sobrecarga de pólvora o se fundió por el intenso calor. Los ingleses llevaron como botín el metal de los cañones, una demostración del primitivo sistema inglés de organización militar que exigía

beneficios económicos con los que resarcir a los «inversores». Se llegaban a recuperar en plena campaña piezas de artillería inservibles con el único propósito de aprovechar el metal.

Tras la destrucción del *San Juan*, las galeras fueron enviadas al puerto de Betanzos para resguardarlas, dejando a la mayor parte de sus dotaciones en la ciudad para unirse a la defensa. El asalto inglés resultó caótico y desorganizado, más propio de una expedición pirata. Una vez rebasadas las defensas exteriores, la localización de bien surtidas bodegas de vino y el ansia de botín causaron a los ingleses la pérdida de la jornada. Las fuerzas defensoras pudieron retirarse a la Ciudad Alta y permitieron la puesta de esta en defensa. El ataque fue a estrellarse contra los muros de la Ciudad Alta defendida por la guarnición de la ciudad, supervivientes de la Armada, milicias y mujeres.

El ataque a La Coruña fue demoledor para la Contraarmada inglesa. Murieron varios cientos de soldados, cuatro capitanes y alrededor de 3000 hombres de

COMO DIRIGIRTE AL REY MAS PODEROSO DEL MUNDO

Bertendona, al mando del galeón veneciano *Regazona*, tras quedar varado en la ensenada de Cariño, Ferrol, se dirige al rey en términos directos y francos, alejados de estereotipos almibarados y serviles. En sus cartas expresa su confianza en el salvamento y se atreve a juzgar el apoyo recibido del capitán general de Galicia (no lo olvidemos, nada menos que un marqués). «El marqués acude a todo bien», «si me da el recado necesario sacaré esta nave», son algunas de sus frases. Expone asimismo con total claridad la actitud de sus subordinados en diferentes términos. «Tengo aquí una galera y algunos carpinteros, que todos trabajan, porque los marineros de la nave (*Regazona*) ya querrían verla del todo perdida a trueque de verse libres». Y no deja pasar Bertendona la ocasión de mostrar su oposición a la orden de mover la nave de Muros y expresa crudamente la falta de apoyo de las galeras *Diana* y *Princesa* en La



Retrato anónimo del rey Felipe II de España.

Coruña, con una franqueza que dudamos otro monarca en Europa le hubiera consentido a uno de sus almirantes. «Todos los inconvenientes que nos ha sobrevenido antepuse a Vuestra Magestad y al marqués; y esta era la causa porque rehusaba salir de Muros con nave tan grande, sin aparejos. Y todo esto no fuera parte para que el viaje se acabara con bien, si las galeras hicieran su deber y el socorro viniera dos horas antes», afirma. Por si eso fuera poco, se atreve a indicarle al rey: «Una cosa suplico a Vuestra Magestad humildemente, y es que las cosas que se me mandaren hacer en su servicio me las deje hacer a mi parecer, para que merezca el premio o culpa si acertare o errare». Está claro que el rey Felipe no ejercía solo de monarca, sino que actuaba como comandante en jefe, aceptando incluso las críticas que en ocasiones su actuación merecía por parte de sus mandos.

otras clases. Se perdieron 5 o 6 embarcaciones quemadas en la playa de Oza, dos buques dentro del alcance de los cañones del castillo de San Antón y dos lanchas echadas a pique por los defensores de la isla apoyados desde la fortaleza de San Carlos. Significativa fue la desertión de los aventureros holandeses que acompañaban a los ingleses con la promesa de una parte del botín: viendo la ocasión perdida, se volvieron al norte.

No causó menor daño la quiebra del factor sorpresa. El plan inglés quedó desvelado y se puso en armas toda la fachada atlántica peninsular, especialmente Lisboa. Contra la pérdida de unas pocas naves españolas y un escaso botín, los ingleses malograron todos los objetivos estratégicos previstos y facilitaron el fracaso de su jornada, que se saldó con pérdidas mucho mayores que las sufridas por Felipe II el año anterior.

LOS PECIOS DE 1588

La importancia de La Coruña durante el Gobierno de Felipe II ha brindado hallazgos importantes del periodo. En el año 2001, durante un dragado, descubrimos alrededor de la isla de San Antón un área que conservaba numerosos objetos muebles y varios pecios de diferentes épocas. En dos zonas concretas, se documentaron materiales arqueológicos con una cronología compatible con el ataque inglés de 1589. En concreto se recuperaron varias botijas de transporte marítimo y una espada ropera de lazo completa. Anteriormente en este punto se retiraron varias piezas de artillería, incluido un falconete atribuido al galeón *San Juan*.

Al sur de la isla de San Antón, existe un pecio que conserva parte de su estructura. En su interior se recuperó munición esférica y enramadas de plomo de pequeño calibre, algunos fragmentos de cerámica, tramos de cordaje y motonería. Los materiales, estudiados en el año 2008 en una intervención arqueológica, pertenecen a finales del siglo XVI.

Poco más se ha avanzado en el estudio de estas zonas, pero dada la coherencia de los materiales no podemos descartar hallarnos ante alguno o algunos de los buques hundidos a consecuencia del ataque inglés de 1589.



EN LA COSTA GALLEGA ESTÁN HUNDIDOS DOS DE LOS MAYORES BUQUES DE LA ARMADA INVENCIBLE, PERO POR DESGRACIA AUN NO SE HAN LOCALIZADO

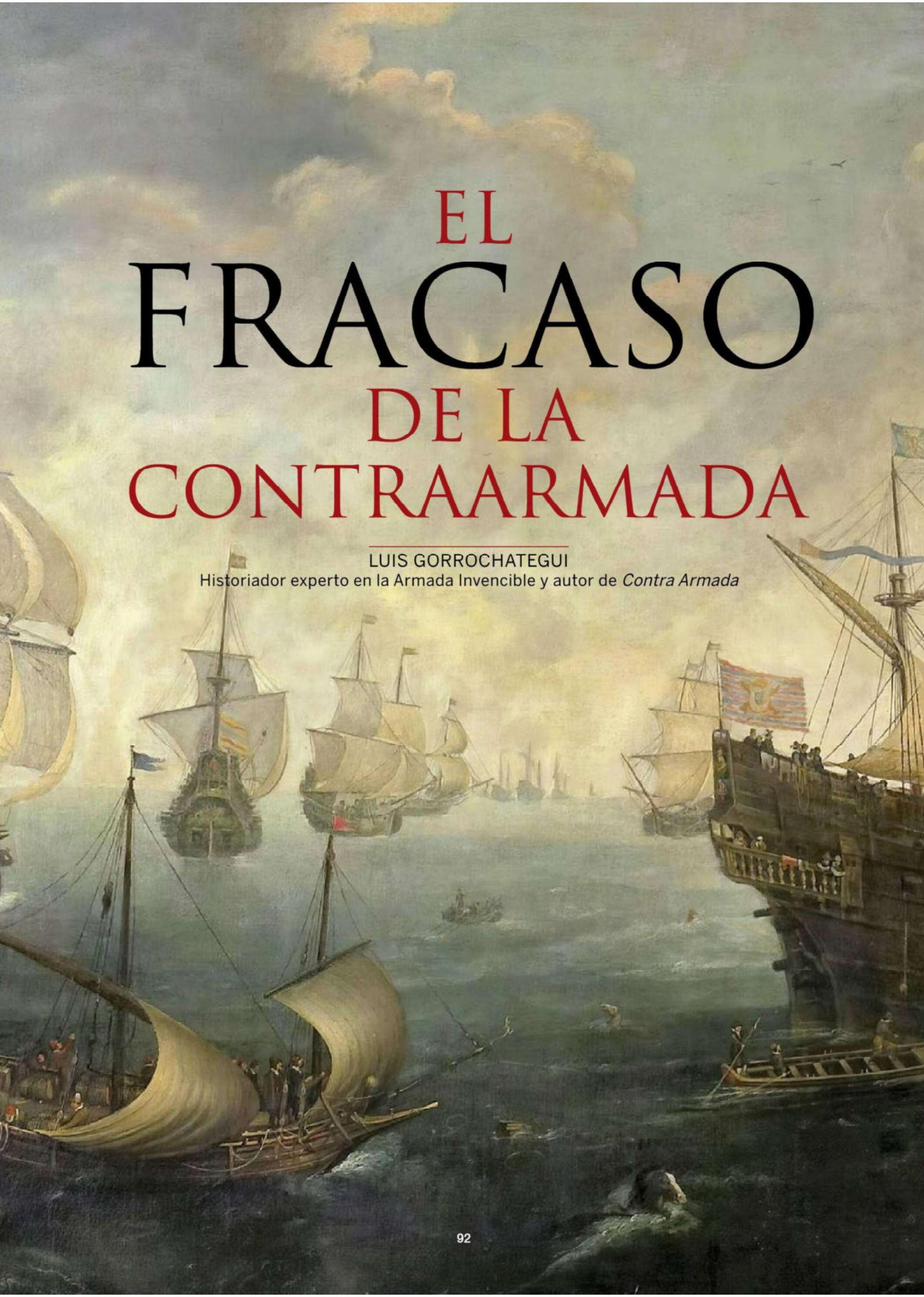
EL ÚLTIMO NAUFRAGIO

Al sur de cabo Silleiro, en la ría de Vigo, en la ensenada de Tato, un submarinista descubrió en 1986 dos piezas de artillería de bronce de recámara abierta. Miden 1,5 m y pesan alrededor de 200 kg, conservando una de ellas el servidor en la recámara. Dos nuevos servidores fueron localizados años después por el mismo buceador. En el año 2014 se descubrieron nuevos elementos, todos ellos datados a finales del siglo XVI.

Este tramo de costa rocosa está muy expuesto al Atlántico. En el fondo, de menos de 5 m, se aprecian escasos proyectiles de hierro, objetos metálicos, cerámica y un fragmento de un cañón pedrero de bronce, roto y doblado por la acción del mar. Las fuentes documentales sitúan el naufragio de dos galeazas en esta zona la noche del 16 al 17 de octubre de 1591, la *Napolitana* y la *Zúñiga*. La *Zúñiga* fue construida hacia 1584 en Nápoles, tenía 40 m de eslora y desplazaba 500 toneles machos. La *Napolitana*, patrona de la escuadra de galeazas, era similar en todo a la *Zúñiga* y fue construida en la misma ciudad un año antes. Estaban bien armadas con alrededor de 50 piezas de bronce. Eran buques muy fogueados en el Atlántico y habían participado en la toma de Blavet por Juan del Águila.

Pertenecían a la escuadra de Francisco de Toledo y esa noche de octubre de 1591 volvían de abastecerse en Blavet, Francia, a la sazón en manos españolas con 2000 hombres, equipos y fondos económicos. Un fuerte temporal las arrojó contra la costa y, aunque desconocemos si hubo víctimas, sabemos que los justicias de la villa de Baiona tuvieron que dedicarse a capturar a los galeotes que huyeron al llegar a tierra. El último naufragio conocido de buques veteranos de la campaña de 1588 en Galicia es el de estas dos galeazas. El pecio de la ensenada de Tato probablemente pertenezca a una de ellas, estando sin localizar el de la segunda.

Galicia conserva un ingente legado de buques militares españoles de finales del siglo XVI. Dos de los mayores buques de la Armada Invencible están hundidos a escasas millas uno de otro: bien pudiera abordarse el esfuerzo que supone procurar su localización. Otros muchos naufragios de la misma cronología aguardan a su estudio en estas costas, una oportunidad única para el estudio de este proceso histórico tan importante para España. El número de localizaciones de yacimientos subacuáticos, dejando a un lado los realizados casualmente, es exiguo. Los trabajos desarrollados de manera científica y sistemática han sido principalmente de dos tipos: los derivados de campañas sistemáticas de inventario del Patrimonio Cultural Subacuático (San Claudio Santa Cruz, 2011) y los desarrollados al compás de estudios de impacto patrimonial en obras públicas. Durante estas campañas se localizaron nuevos pecios y yacimientos. El control arqueológico de los dragados ha ofrecido importantes resultados, tanto en lo relativo al registro arqueológico depositado en el fondo de los puertos como en la localización de pecios de importancia histórica. ■



EL FRACASO DE LA CONTRAARMADA

LUIS GORROCHATEGUI

Historiador experto en la Armada Invencible y autor de *Contra Armada*



La Armada española frente a las costas inglesas en 1588, obra del pintor y grabador neerlandés, especializado en la pintura de marinas, Cornelis Claesz. van Wieringen (1620-1625).

ALBUM

Tras las acciones de Gravelinas de la mañana del 8 de agosto de 1588, que han pasado erróneamente a la historia como la gran batalla naval en la que Isabel I destruyó a Felipe II, la Gran Armada recupera su imponente formación. Medina Sidonia reta nuevamente a los ingleses a un combate que Howard rechaza, igual que lo hará en días sucesivos, hasta que, agotado, el día 12 abandona la persecución a los españoles dejando la costa inglesa a su suerte.

Isabel I, escuchando a sus consejeros, que temen un regreso de los españoles desde el norte, prohíbe desembarcar a la dotación de los barcos retornados. Pero el hacinamiento de los hombres va a tener unas consecuencias devastadoras, pues la mitad morirán de tifus atrapados en los barcos, compensando, ya en este septiembre, las pérdidas sufridas por los españoles en sus naufragios.

UNA RESPUESTA RAPIDA

Cuando Isabel I es informada de que la Gran Armada vuelve a España, y ordena, demasiado tarde, la desmovilización, es consciente de que se le presenta una ocasión irrepetible, pues si lanza un ataque sin darle tiempo a Felipe II para reparar y reabastecer los barcos retornados, se encontrará el mar expedito. Así que reúne una gran flota que zarpa de Plymouth el 29 de abril del año siguiente y está compuesta por 27 667 hombres y 180 barcos. Tiene por tanto más barcos que la Gran Armada —aunque son más pequeños y pesan menos— y un número de hombres



Mapa con la ruta del plan previsto por la Contraarmada: salir de Plymouth rumbo a la costa norte española para destruir la Gran Armada en reparación en sus puertos.

LA «INVENCIBLE» INGLESA ERA UNA FLOTA DE ARMADORES PRIVADOS INTERESADOS, BÁSICAMENTE, EN EL BOTÍN

parejo. Son tres sus objetivos. El fundamental es la destrucción de la Gran Armada en reparación en Santander. El segundo, atacar Lisboa aprovechando viento y marea y entronizar a un primo de Felipe II, el prior de Crato, que había ofrecido



Grabado de Dom Antonio (1531-1595), prior de Crato. Dom reclamaba la corona de Portugal que había sido otorgada a Felipe II.

convertir Portugal en un país satélite de Inglaterra, con permiso para entrar en el Imperio portugués. Y, como tercer objetivo, la Contraarmada debería tomar una isla en las Azores, capturar la flota de Indias, hacerse así con un fabuloso tesoro y cortar el cordón umbilical que une a España con América. De esa manera Inglaterra se prepararía para sustituir a España en el control de las rutas oceánicas. El plan estaba bien trazado y el tamaño de la Armada era el adecuado.

Pero Isabel no tenía una Royal Navy para consumir este proyecto y comisionó a John Norris, el más prestigioso general de la época, y al antiguo pirata Francis Drake, investido ahora almirante, para que reuniesen una flota de armadores privados que, interesados por el botín, se sumasen a la expedición. De hecho, la reina solo puso seis barcos reales para dirigir

cada una de las cinco escuadras y otro auxiliar, pero el resto fueron privados. Esta flota, más pirática que real, ni siquiera va a intentar cumplir el objetivo para el que fue fletada, pues los inversores querían ir directamente a Lisboa y las Azores, pero Drake y Norris consideraron que el ataque y destrucción de La Coruña, que supusieron desprevenida, sería buen argumento para aplacar la ira de la reina por no haber ido a Santander, donde estaba la Armada en reparación.

LOS INGLESES SITIAN LA CORUNA

Sin embargo, La Coruña no estaba tan desprevenida, pues Juan Pacheco, segundo marqués de Cerralbo y gobernador de Galicia, había solicitado y conseguido que los barcos de la Gran Armada que volviesen a Galicia permaneciesen en ella, y su



Uno de los cuatro relieves en bronce del pedestal de la estatua de María Pita en La Coruña recrea el momento de la entrada de la flota invasora inglesa en la bahía coruñesa.

infantería y artillería sirviesen para fortalecer la costa. Y así La Coruña se reforzó con 600 soldados viejos de infantería. También había provisiones y suministros de guerra, pues la plaza se había convertido en base naval, y la población, aunque de solo 4000 mil habitantes, tenía unas bien entrenadas y armadas milicias locales: 560 hombres, 340 piqueros y 220 arcabuceros. Además se había hecho realidad a contrarreloj el viejo sueño de construir un castillo en el islote de San Antón que señoreaba la bahía. Pronto, sus recién instaladas culebrinas se estrenarían con éxito, obligando a Drake a desembarcar en la lejana playa de Oza y causándole los primeros daños. Pero la Contraarmada, inevitablemente, sitia La Coruña, emplazada sobre una península y con dos estructuras defensivas: en el istmo, un murete de cuatro metros de altura; y en el fondo, en lo alto de un roquedal sobre el mar, la antigua ciudad medieval amurallada.

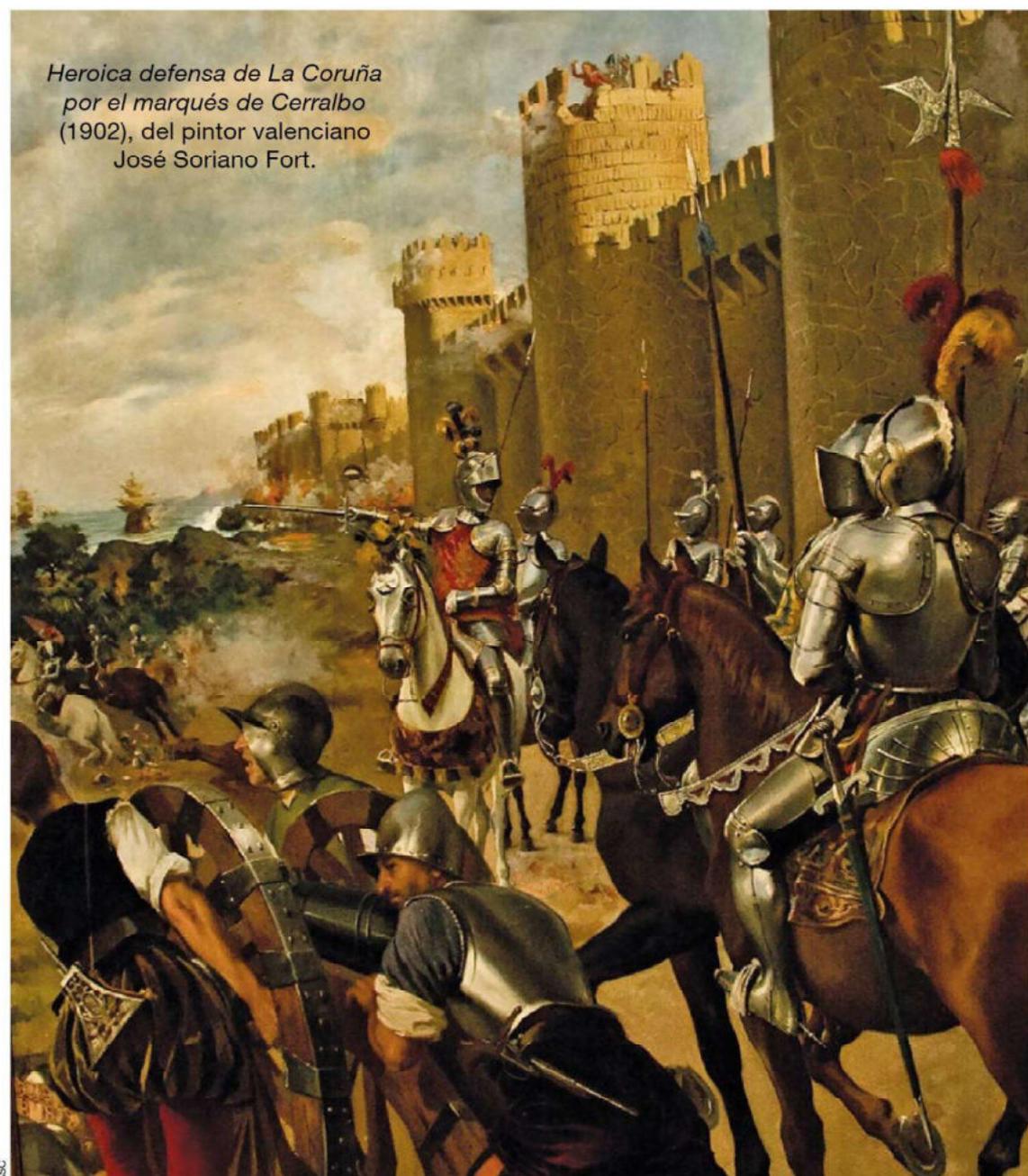
El día cuatro de mayo, los ingleses lanzan un primer ataque contra San Antón con cuatro grandes barcos que son rechazados con artillería y mosquetería, y deben ser remolcados fuera del alcance del castillo. El cinco por la noche, acometen el murete del istmo, mientras, aprovechando el estruendo, otros desembarcan con sus lanchas en la playa intramuros sin ser vistos y atrapan entre dos fuegos a los defensores del istmo. Estos, sorprendidos, deben girar sobre sus talones y retraerse a sangre y fuego atravesando la ciudad baja, hacia la salvación de la ciudad amurallada, donde se refugiarán los sitiados. Esta es la noche triste de La Coruña, pues aunque muchos vecinos consiguen escapar, otros caen prisioneros.

**CERRALBO LLEGÓ A REUNIR A 1500
PERSONAS ENTRE SOLDADOS, MILICIANOS,
TRIPULACIONES DE LA INVENCIBLE Y CIVILES**

Los invasores cometen atrocidades, matan a hombres, mujeres y niños, algunos quemados y otros torturados («Black» Norris utilizaba estas técnicas para atemorizar a las poblaciones). En todo caso, los expedicionarios se van a encontrar un gran botín, incluidos 25 000 hectolitros de vino, cien litros por cabeza, por lo que se pillan una borrachera colosal. Muchos morirán al día siguiente porque, inconscientes del peligro, serán tiroteados desde las murallas o muertos al salir del perímetro del murete del istmo.

DOS ATAQUES SIMULTANEOS

Poco después, empiezan a preparar el asalto al último reducto de resistencia, la ciudad amurallada, con dos métodos. Por un lado, una mina subterránea con la que





Grabado del galeón *Ark Raleigh*, rebautizado como *Ark Royal*, buque insignia del Lord Gran Almirante contra la Armada Española en 1588.

pretenden volar el torreoncillo semicircular, o cubo, de la esquina norte; por otro, una plataforma artillera en el convento de Santo Domingo, situado extramuros, para abrir brecha con fuego convergente. Tras una semana en estos cometidos, y tras intentar el día 11 un asalto con escalas que es rechazado, será el 14 de mayo de 1589 cuando se desencadenen sus ataques simultáneos. Para neutralizar la mina, de cuya preparación los defensores eran conscientes, se encomendó a las mujeres el apuntalamiento y terrapleno por el lado interior de la muralla (lo que hicieron desmontando casas intramuros), pues los hombres permanecían en guardia ininterrumpida distribuidos estratégicamente en todo el perímetro amurallado. Así, se consiguió una fortaleza que no tenían aquellas murallas medievales. El cubo minado, ya macizo, se trocó en una pesada presa llena de piedras y tierra, y cuando lo dinamitaron, a pesar de los cálculos de los artificieros, los gases de la explosión no encontraron salida ni hacia dentro ni hacia arriba, y Norris se disparó a la cara la muralla sepultando a trescientos de sus hombres.

Sobre los cadáveres ingleses se libra entonces un combate encarnizado entre la compañía de Álvaro de Troncoso y los que pretenden entrar por el hueco abierto en la muralla. A la refriega se suma Diego de Bazán, sobrino de don Álvaro, con su compañía de arcabuceros desde lo alto de la muralla, y varias piezas de artillería que disparan contra los asaltantes, y así se consigue abortar el ataque. Las mujeres utilizan entonces puertas, armarios, mesas, camas, traveseros como parapetos, y los ingleses no van a entrar a la postre por esa brecha.

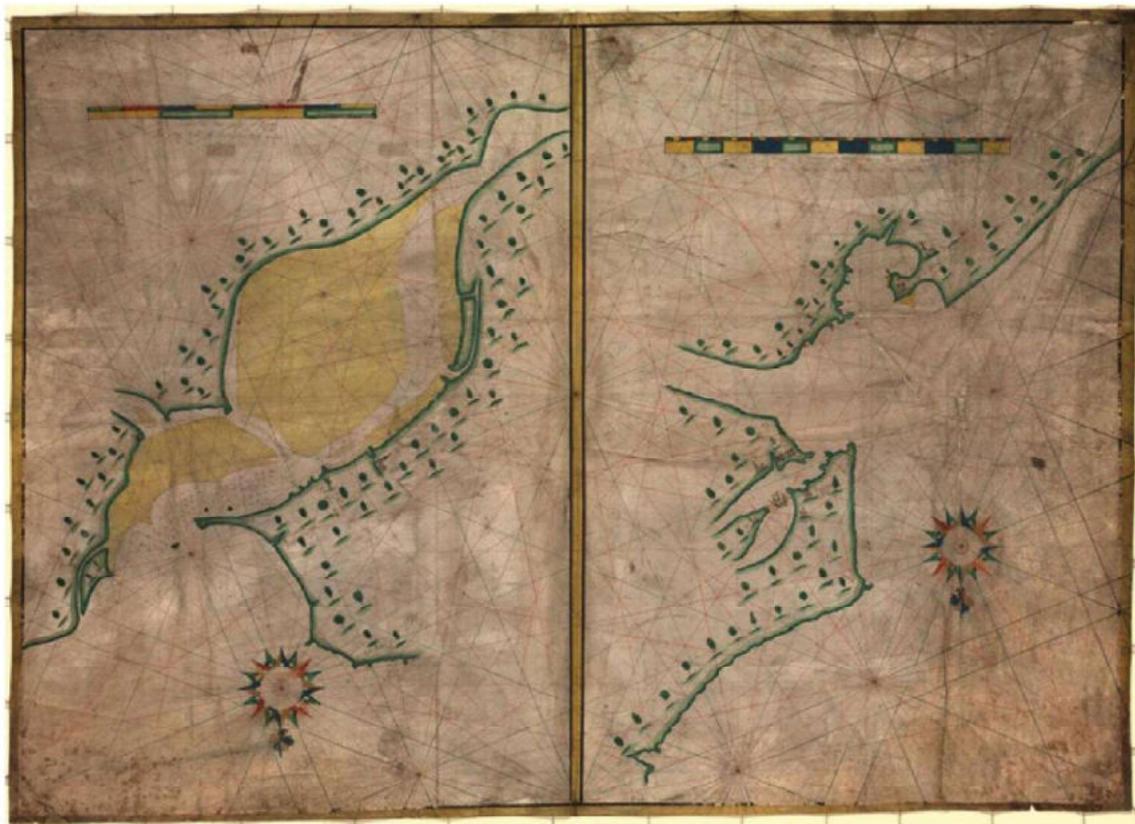
Pero las cosas se presentan distintas en la otra, puesto que no se obra el milagro del cubo minado, y tras dos horas, las fuerzas españolas ya están muy débiles y con muchos muertos o heridos, y los que no, agotados. Será entonces cuando un alférez inglés suba a las murallas para iniciar la toma de la ciudad y una vecina

PARA NEUTRALIZAR LA MINA, SE ENCOMENDÓ A LAS MUJERES EL APUNTALAMIENTO POR EL LADO INTERIOR DE LA MURALLA

llamada María Pita lo mate mientras las mujeres, que no habían sido contabilizadas en un principio para la defensa de la ciudad, se convierten en un insospechado cuerpo estratégico de reserva que atacan en masa donde hace falta, y traen un enorme acopio de piedras para someter a los asaltantes a una intensa lluvia de adoquines que, según las mismas fuentes inglesas, les resultará insufrible. A las que son muertas, disparadas desde el lado inglés, las sustituyen rápido, y así esta ofensiva también es rechazada.

Retrato de la escuela inglesa
de sir John Norris, uno
de los militares ingleses
más reputados de
su época.





Mapas manuscritos de pluma y acuarelas sobre vitela que muestran las ciudades de Santander y La Coruña en el momento de la expedición Drake-Norris.

Y al tiempo se está produciendo aún otra, esta vez contra el castillo de San Antón. El poder artillero de esta fortaleza había impresionado a los buques de Drake de tal manera que este decidió tomarlo al asalto con 40 embarcaciones, las grandes dotadas de artillería, pero a los cañonazos del castillo se suman los de la muralla coruñesa y hunden varias de ellas. De este modo, el 14 de mayo sobrevive el dispositivo ciudad amurallada-San Antón, con lo cual los ingleses no tienen el puerto de La Coruña y se les complica el reembarque.

Efectivamente, cerca de Oza está el puente románico de El Burgo, en el cual se han acantonado las tropas de socorro españolas, que llevan días haciendo salidas y sometiéndolos a desgaste continuo. Norris ordena la evacuación del puente para asegurar el reembarque, pero es muy difícil tomarlo con sus 100 metros de largo y tres de ancho, pues deben atravesarlo mientras son disparados desde la orilla contraria. Así, el 16 de mayo se desarrolla otra batalla cruenta donde los isabelinos serán rechazados dos veces, y solo a la tercera, cuando entran en combate los caballeros con sus armaduras, y con pérdida de hombres —incluido Edward Norris, hermano del general, que resulta herido—, lo toman. Hecho esto, y después de dos intentonas incendiarias el 16 y 17 de mayo que son abortadas, se hacen a la vela habiendo perdido 1500 hombres y portando un número mayor de heridos.

A POR LOS OTROS OBJETIVOS

Su siguiente objetivo es Lisboa, pero después de haber sido rechazados en la pequeña Coruña no se atreven ya a seguir el plan inicial de un ataque directo por

EL PODER ARTILLERO DEL CASTILLO DE SAN ANTÓN IMPRESIONABA A LOS BUQUES DE DRAKE QUE DECIDIÓ TOMARLO AL ASALTO

mar aprovechando viento y marea, y dividen sus fuerzas. Norris desembarca a sus hombres en Peniche, a 70 km de Lisboa, con la intención forjar un ejército angloportugués en su marcha a la capital. Drake fondea su flota en Cascais, a la entrada del estuario de Lisboa, a la espera de sincronizar una operación tenaza, un ataque marítimo al mismo tiempo que Norris acometa desde tierra.

Pero en Lisboa no hay 600, sino 5000 soldados viejos españoles. Ya el desembarco en la playa de la Consolación es desastroso, pues lo realizan en una esquina peligrosa, donde no les esperan los españoles, y 14 barcas se van a pique con más de 80 ahogados. En todo caso, los ingleses consiguen desembarcar e inician su marcha hacia Lisboa. Los españoles interrumpirán toda comunicación entre Norris y Drake, que no volverán a saber nada el uno del otro, y hostigan al ejército desembarcado sin cesar. No presentan batalla, sino que lo dejan acercarse a Lisboa, haciendo una táctica de tierra quemada que no resulta difícil, pues los portugueses huyen despavoridos con sus haciendas ante el avance del ejército hambriento.

El 1 de junio, el simbólico día del Corpus en que don Antonio, prior de Crato, había prometido entrar en Lisboa, antes del amanecer los españoles desencadenan un ataque sorpresa nocturno, una encamisada, y entran en el campamento e inician una degollina que acabará con armas de fuego, para poco después desaparecer por donde han venido dejando 200 muertos y dando al traste con los planes del prior de Crato.





Vista de Lisboa, en *Civitates Orbis Terrarum* de Braun y Hogenburg. Lisboa se muestra como una gran ciudad portuaria, con numerosos barcos de gran tamaño en su puerto.

Pero es el día 3 al mediodía, con los ingleses ya acuartelados extramuros al oeste de Lisboa, cuando se ordena una ofensiva más seria, pues 1100 soldados escogidos van a atacar el acuartelamiento inglés por tres lugares distintos a la vez. Por el lado contrario a las murallas lisboetas se romperán seis trincheras y será diezmado el regimiento del coronel Brett, que muere con sus capitanes, y en los otros dos se llegará a la lucha cuerpo a cuerpo. Esto va a cambiar el signo de la expedición. El día 4 son enterrados Brett y sus hombres y esa noche, dejando hogueras encendidas para disimular, los ingleses huyen desde Lisboa a Cascais, donde estarían protegidos por la flota de Drake. No obstante, en su desplazamiento continuó el hostigamiento español y perderían más de quinientos hombres. Ahora no son los españoles los sitiados, sino al revés. Se destruirán entonces todos los molinos circundantes al apercibirse de que los isabelinos los estaban usando para hacer harina y alimentarse. Esto les obligó a hervir el trigo, produciendo más enfermedades y muertes.

Ante la llegada de Martín de Padilla, el adelantado de Castilla, con 15 galeras, y sabiendo que había preparados seis brulotes en el Castillo de San Felipe para lanzarlos sobre la flota inglesa fondeada en cuanto hubiera vientos favorables, el almirante Drake zarpa sin esperar vientos propicios. Al día siguiente, en calma chicha, las nueve galeras de Padilla y Alonso de Bazán alcanzan a la flota y, situándose a popa de los barcos, empiezan a cañonearlos y hunden, incendian o capturan entre nueve y once, y dispersan a otros.

EL AGONICO REGRESO A CASA

Aquí empieza el viaje de regreso de la Contraarmada, que no será menos trágico que el de la Gran Armada. Si los españoles se quedaron sin los barcos, muchos de ellos estampados contra la costa, los barcos ingleses serán los que se queden

LAS CONDICIONES QUE SE FIRMAN EN 1604 SON FAVORABLES A ESPAÑA Y CAMBIAN EL SIGNO DE LA GUERRA ANGLOESPAÑOLA



Sir George Greenville's Gallant Defence of the Revenge, 31 Aug 1591

El *Revenge*, buque insignia de Drake en 1589, durante su captura por parte de la Armada española en aguas de las islas Azores en 1591, dos años después del desastre inglés.

sin los hombres, pues los problemas de hambre, mala alimentación y, sobre todo, peste y tifus, que ya habían asolado la flota inglesa un año antes, retornan. Pero esta vez es peor. No tienen puertos donde refrescarse, las galeras españolas los persiguen y los portugueses están atentos a impedir cualquier desembarco. Harán una parada de emergencia en la ría de Vigo para conseguir agua y comida y destruirán esta localidad, pero en un contraataque español al día siguiente, por los propios vecinos vigueses y tropas españolas que acuden al lugar, habrán de contar importantes pérdidas. Y así, tras este nuevo descalabro en Vigo, la Contraarmada zarpa. La situación de los barcos ya es extrema. Se produce un patético tira y afloja entre ellos para conseguir los hombres mínimos para la navegación, y habrá muchos que se pierdan a la deriva como barcos fantasmas, por falta de hombres que pueden marinarlos, o sean abandonados.

De los 180 barcos que habían zarpado solo volverán 102 en grupos sueltos, pero Drake y Norris, que a punto están de llegar a las manos en Plymouth por las acusaciones que se lanzan mutuamente, consiguen ocultar las muchas pérdidas. Los barcos estaban casi vacíos (de los 27 667 marineros iniciales se presentaron a la paga 3722) y los que tomaron tierra estaban infectados. La peste arrasó Plymouth y murieron 400 vecinos en las primeras semanas. Así, la pérdida de vidas es del orden de 20 000, lo que convierte esta catástrofe naval inglesa en la mayor de la historia de Inglaterra.

No se va a presentar ya una ocasión como esta para Isabel I y cambia el signo de la guerra angloespañola. Las condiciones de paz que se firman en 1604 son favorables a España. La interrupción de los ataques piratas y de la ayuda a los insurrectos flamencos serán exigencias que deberá firmar el nuevo rey inglés. Así ocurrieron los hechos reales. Una victoria final que contrasta con la imagen que ha quedado de Felipe II y su «Invencible» derrotada por Isabel I. ■



María Pita cargando contra los ingleses (1889), de Arturo Fernández Cersa. El autor recrea el momento en el que la heroína levanta la espada para matar al alférez abanderado inglés y arrebatarle su bandera.

ALEJUN

UNA HEROÍNA DEL PUEBLO
LA INDOMABLE
MARÍA
PITA

JANIRE RAMILA
Escritora y criminóloga



Mapa de La Coruña realizado hacia el año 1589, como parte de la documentación militar sobre el ataque inglés con el objetivo de estudiar la defensa de la ciudad.

Se dice que, rota por haber visto morir a su marido durante el asedio, y tras matar ella misma a un alférez inglés y arrebatarle su bandera, María Pita se erigió en abanderada de los suyos al grito de «Quen teña honra, que me siga» («Quien tenga honra, que me siga»). Un grito de guerra que envalentonó los ánimos de los soldados españoles afincados en La Coruña y de los propios coruñeses, que siguieron combatiendo cuando la marabunta inglesa se disponía a entrar en La Coruña. Enardecidos, los hombres y las mujeres lograron hacer huir a los invasores, a la inmensa flota inglesa enviada para tomar la ciudad y acabar con los restos de la Gran Armada que había en su puerto, salvando así la ciudadela y quién sabe si al propio Imperio español.

Aunque autores como los del libro *El valor es cosa de mujeres* (Temas de Hoy, 2018) afirmen que «hoy en día es imposible averiguar si esto ocurrió realmente así», los textos históricos apuntan a que la verdad no debió diferir demasiado de esto. Pero, para narrar tan increíble gesta, es necesario remontarse a su inicio.

DE MARIDOS Y HERENCIAS

María Mayor Fernández de Cámara y Pita nació, presumiblemente, hacia 1565 en el pueblo coruñés de Sigrás. Según la doctora en Historia Moderna María del Carmen Saavedra, autora del estudio *María Pita y la defensa de La Coruña en 1589*, «los primeros años de su vida son los peor documentados». Gracias al Archivo General de Simancas, al Archivo Nacional de La Coruña y al Archivo del Reino de Galicia sabemos que provenía de una familia humilde y que sus padres, Simón Arnao y María Pita «la Vieja», regentaban una pequeña tienda en La Coruña, donde ella ayudaba.

TEXTOS HISTÓRICOS APUNTAN A QUE LA VERDAD NO DEBIÓ DIFERIR DEMASIADO DE LA LEYENDA QUE SE CUENTA

En 1581 se casó con Juan Alonso de Rois, un carnicero (oficio que era uno de los menos considerados por aquel entonces) propietario de dos casas en la ciudad y algunas viñas en los alrededores. Tuvieron una hija, María, que apenas conoció a su padre, ya que este falleció por causas desconocidas en 1585.

María Pita no pudo disfrutar con libertad de la herencia recibida —unas tierras y varias propiedades— al suponer entonces la viudedad para las mujeres un grave problema, pues «se veían obligadas a actuar en el sistema económico de mercado, que conocían mal y en el que eran mal recibidas». La dependen-

cia de los maridos era premeditada y estaba auspiciada por los pensadores renacentistas, como se dice en *Historia de las mujeres*: «Los escritores y los clérigos dejaron de polemizar sobre si las mujeres eran maléficas o benéficas y, con más pragmatismo, comenzaron a escribir tratados en los que aconsejaban proporcionarles una educación intelectual sofisticada y fuertemente ideologizada. Suponían que, de este modo, se adaptarían mejor a los papeles de dóciles hijas, encantadoras esposas y eficientes madres».

Por su matrimonio con un gremial, las mujeres se convertían a la vez en compañeras de oficio, madres y supervisoras de la casa. Según Anderson y Zinsser, «pagaban por las licencias de venta, adquirían el derecho a utilizar las paradas de los mercados y

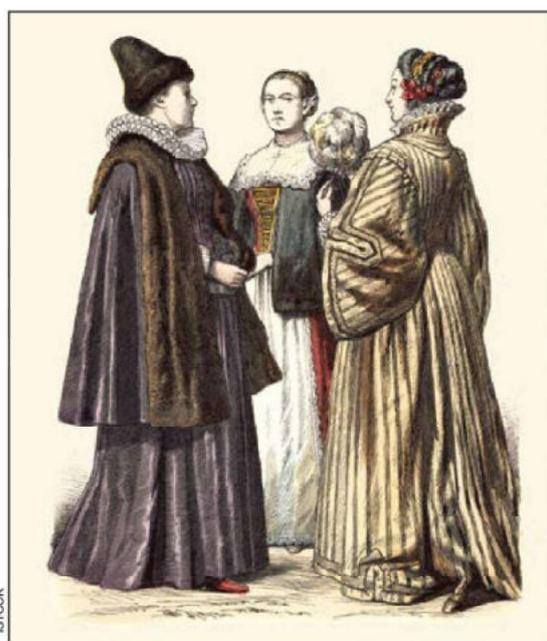


Ilustración de la moda femenina del siglo XVI. Esta moda no solo embellecía, también marcaba el papel social de la mujer.

compraban el privilegio de ser las primeras en comprar a los mayoristas».

Por todo lo dicho, y aunque algunos gremios permitieran a las viudas seguir regentando los negocios, otorgándoles los mismos derechos que a los hombres, María optó por volver a casarse en 1587, de nuevo con un carnicero. Este segundo marido, llamado Gregorio de Rocamonde, al morir durante el asedio inglés de La Coruña, forma parte de la leyenda de María Pita.

LA GALICIA DE LA EPOCA

En ese tiempo, Galicia era una sociedad fundamentalmente agrícola, pero bien conocedora de la guerra al haber sufrido continuos ataques de piratas ingleses,

holandeses y franceses. En cuanto a La Coruña, su mayor peculiaridad consistía en que dependía directamente de la autoridad del monarca y no de la de los nobles o el clero, como la mayoría de los enclaves de su entorno.

«La Coruña estaba constituida por dos zonas claramente diferenciadas, tanto geográfica como económicamente. En torno al puerto se encontraba La Pescadería, con todas las actividades propias del mar y del comercio relacionado con el mismo y constituida por unas 600 casas», relata Isabel Valcárcel en su libro *Mujeres de armas tomar* (Algaba, 2005). La otra zona era la Ciudad Alta, formada por las casas de los nobles y los edificios oficiales. En total, unos 4000 habitantes que vivían un auge económico auspiciado por el tráfico naviero, la pesca y los astilleros.

Una forma de vida que quedó amenazada la noche del 3 al 4 de mayo de 1589

cuando en el horizonte se divisaron parte de los 180 barcos y 27 667 hombres que Inglaterra había movilizado para atacar a España.



Ilustración del puerto de La Coruña (1634) en la obra *Os mapas da costa galega*, de Pedro Texeira.

LA INVASION INGLESA

El objetivo de la flota inglesa era triple, según relata el historiador Luis Gorrochategi en su libro *Contra Armada* (Crítica, 2020). «Destruiría el grueso de la Gran Armada, que estaba siendo reparado en Santander. Después conquistaría Lisboa y secesionaría Portugal de España, entronizando al pretendiente bastardo portugués, el prior de Crato, que se ofrecía a instaurar en Lisboa un gobierno satélite de Inglaterra y abrir el Imperio portugués, heredado por Felipe II, a las pretensiones inglesas. Y, por último,

interceptaría la Flota de Indias en las Azores, el gran sueño irrealizado de Inglaterra». Francis Drake, educado en la Marina bajo el paraguas de sir John Hawkins, fue el encargado de llevar a cabo el plan.

Ante la amenaza, las defensas de La Coruña se movilizan. En la entrada al puerto se sitúa a las galeras *Diana* y *Princesa*, junto al galeón *San Bartolomé* —con dos compañías de infantes—, cuya misión es impedir el desembarco inglés. También se arma el aún inacabado fuerte de San Antón. En total, unos 1500 soldados aportados por

**LA CORUÑA ESTABA CONSTITUIDA POR
DOS ZONAS DIFERENCIADAS, TANTO
GEOGRÁFICA COMO ECONÓMICAMENTE**



El ataque de Drake a la Coruña en 1589, del pintor murciano Antonio Navarro Menchón. Recientemente, Navarro ha realizado un retrato de Felipe VI.

el ejército y las milicias ciudadanas, dirigidos por el capitán Juan Pacheco y Osorio.

Pero el empuje inglés es tremendo y el 5 de mayo los invasores logran cortar la comunicación con las vecinas Betanzos y Santiago de Compostela, evitando así la llegada de los refuerzos que ya se estaban movilizando, a excepción de unas escuetas compañías que alcanzan la ciudadela en los primeros compases del asedio.

En los días posteriores, los ingleses irán tomando la ciudad, obligando a los defensores a refugiarse en la Ciudad Alta, donde les protegen la muralla y las barricadas formadas por toneles, muebles y cuanto enser estuviera disponible. «La población civil y militar, hombres, mujeres y niños, ancianos, criados y damas de alta alcurnia, todos se organizan siguiendo instrucciones precisas. Los mercaderes, pescadores y patronos de La Pescadería se han integrado en las diferentes banderas, bajo las órdenes directas de los capitanes, y distribuido por la muralla, dividida en sectores», relata Isabel Valcárcel en *Mujeres de armas tomar*.

LA MEJOR DEFENSA: MILITARES, MILICIANOS Y MUJERES

Sobresaldrán tres grandes cuerpos de defensa, según escribe Luis Gorrochategi: «El primero y más importante fue el de los militares profesionales. Cabe apuntar que intramuros funcionó todo el organigrama de los famosos Tercios, convirtiendo así a la población sitiada en algo parecido a esta milicia. El segundo fue el de los milicianos y la población masculina en general, que se sumó briosamente a los militares duplicando así sus efectivos con tropa que cumplió su deber. Pero el tercero fue el de la población femenina».

Y es que, como se dice en *Mujeres de armas tomar*, «ellas se encargan del aprovisionamiento de los soldados para que estos no descuiden en ningún momento su puesto. Ellas sacan de los pozos el agua que luego llevan en cántaros hasta las murallas para paliar la sed de los hombres. Ellas cuecen el pan y lo trasladan en cestos hasta las defensas. También recogen los utensilios domésticos de peltre, como platos y jarros, para fundirlos y convertirlos en munición, especialmente



María Pita recreada en 1944 por el pintor gallego Francisco Llorens Díaz, discípulo del artista español de origen belga Carlos de Haes y de Joaquín Sorolla.

cuando esta ya comienza a escasear. Y al producirse el ataque, ellas y sus hijos pequeños, subidos a la muralla, codo con codo con los hombres, a falta de armas arrojan piedras al enemigo». Una de las claves de esta heroica actuación fue, en opinión del autor de *Contra Armada*, que «las mujeres, despreciando sus vidas como haría cualquier madre, lucharon a muerte por los niños».

EL ASALTO FINAL

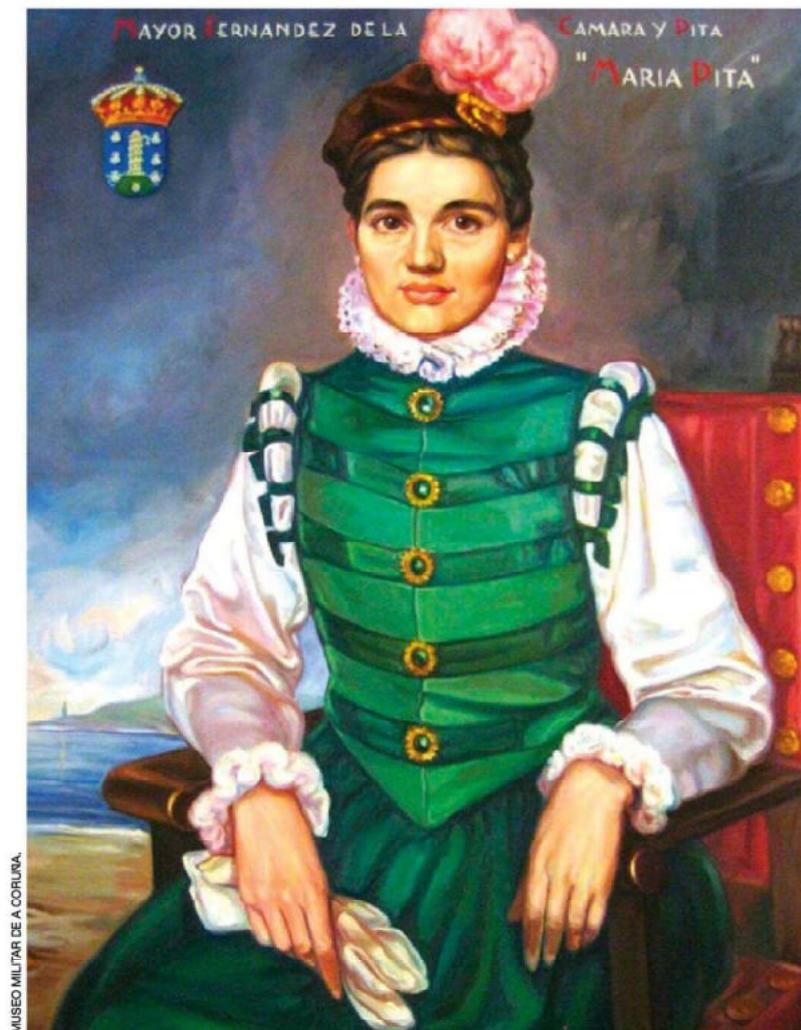
Para el domingo, 14 de mayo, la situación de los sitiados es desesperada. La muralla, golpeada por las baterías enemigas, está a punto de sucumbir, no hay señal de refuerzos marítimos y las tropas inglesas se preparan para el asalto final. «Se mandó retirar la gente y se apostó a soldados centinelas con orden de que no diesen voz ni tocasen al arma hasta ver que los enemigos hubiesen caminado las dos terceras partes del asaltar la muralla», relatan las crónicas de la época.

Los españoles han descubierto un túnel horadado por los ingleses bajo la muralla con varios barriles de pólvora y esperan la inminente explosión. Entre ellos, los hombres del capitán Álvaro Troncoso, quien comandaría la ulterior defensa. Se ordena a los soldados situarse en los emplazamientos más adecuados a esperar la deflagración y esta se produce. «La brutal explosión, consumada en las entrañas de la tierra a escasos metros de donde se encontraba Troncoso, hizo vibrar de tal modo el subsuelo y la muralla que los hombres temieron perder allí la vida sepultados vivos», describe Luis Gorrochategi.

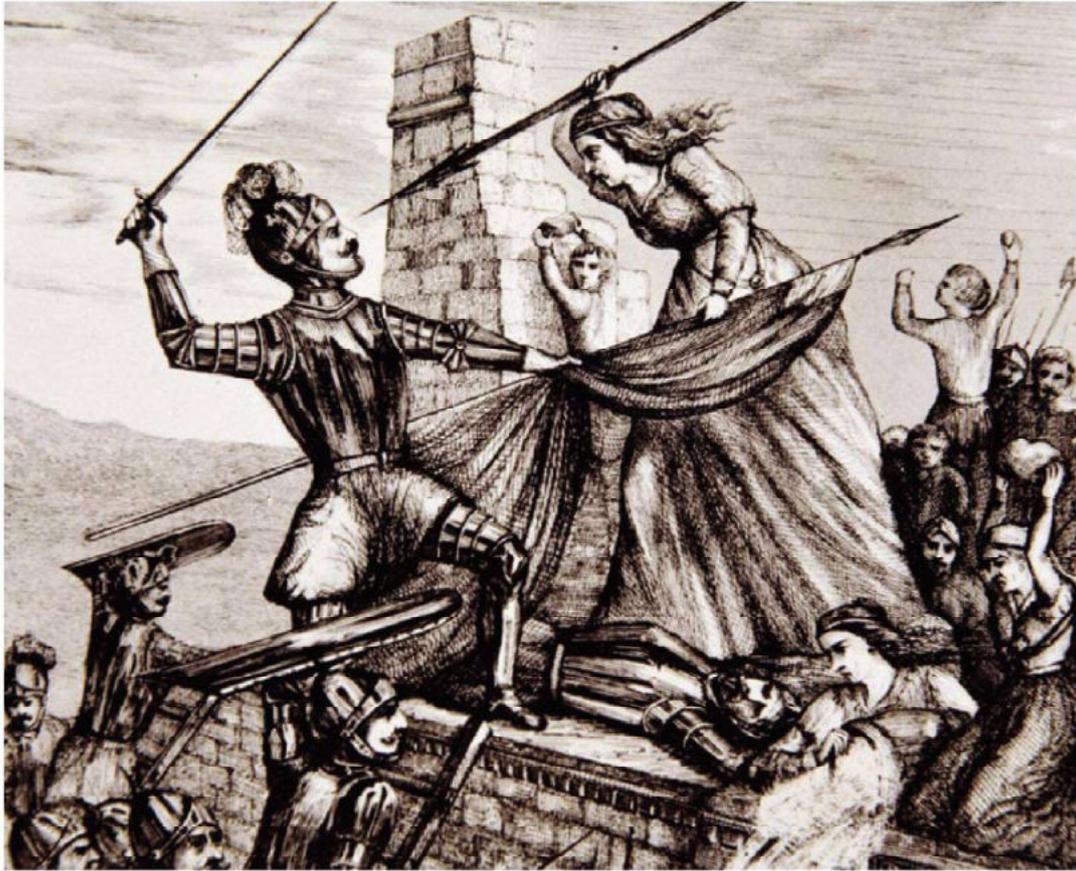
Sin embargo, los cálculos ingleses han fallado y parte de la muralla se les ha venido encima, matando a centenares de ellos. Ya lo escribió en 1590 Roger Williams, uno de los militares ingleses partícipes en la ofensiva: «Los españoles tienen tal superioridad técnica en los sistemas y en los métodos de fortificar, que esta ventaja les hace capaces de defender y de atacar las ciudades amuralladas con la mitad de los hombres utilizados por otros ejércitos».

LA CORUÑESA TUVO CUATRO MARIDOS. EL SEGUNDO, AL MORIR EN EL ASEDIO INGLÉS, FORMA PARTE DE LA LEYENDA DE MARÍA PITA

El error es aprovechado por los defensores que, tras duros enfrentamientos, logran rechazar al enemigo, obligándolo a realizar un nuevo intento, pero ya desde otra brecha en la muralla. También allí la refriega es tremenda. Con el paso de las horas, los cadáveres se agolpan en ambos lados, con la gran diferencia de que los caídos ingleses son reemplazados por tropas de refresco. El cansancio y el desánimo cunden en los sitiados, que no ven salida a su situación. «Multitud de cadáveres y heridos yacían por doquier, y el aspecto de los que continuaban solo llamaba a la conmiseración. Buena parte de ellos estaban maltrechos. Los hombres, con sus armaduras y vestimentas destrozadas; las mujeres, encolerizadas y sangrientas, tenían aspecto de fieras. En lo alto de las murallas ya casi no se podía andar por la acumulación de cuerpos inertes», se detalla en *Contra Armada*.



María Mayor Fernández de Cámara y Pita retratada por F. Gutiérrez con uniforme de alférez mayor.



La ilustración de arriba recrea el momento en el que, durante el asedio, María Pita mata a un alférez inglés. Después, y tras arrebatarle su bandera, se erigirá en abanderada.

MUERTE DEL ALFÉREZ INGLÉS

Y es en ese momento en el que los invasores están a punto de penetrar en la Ciudad Alta, cuando una mujer hace virar la situación, como se cita en la *Relación anónima*: «El alférez de los enemigos que subió a la brecha animaba y gritaba a su gente, hasta que una mujer llamada María Fernández de Cámara y Pita tuvo el acierto de matarlo, y con esto causó alguna suspensión a los que subían y estaban peleando con los defensores que se cansaban ya, y con esto se animaron y recobraron para repeler al enemigo».

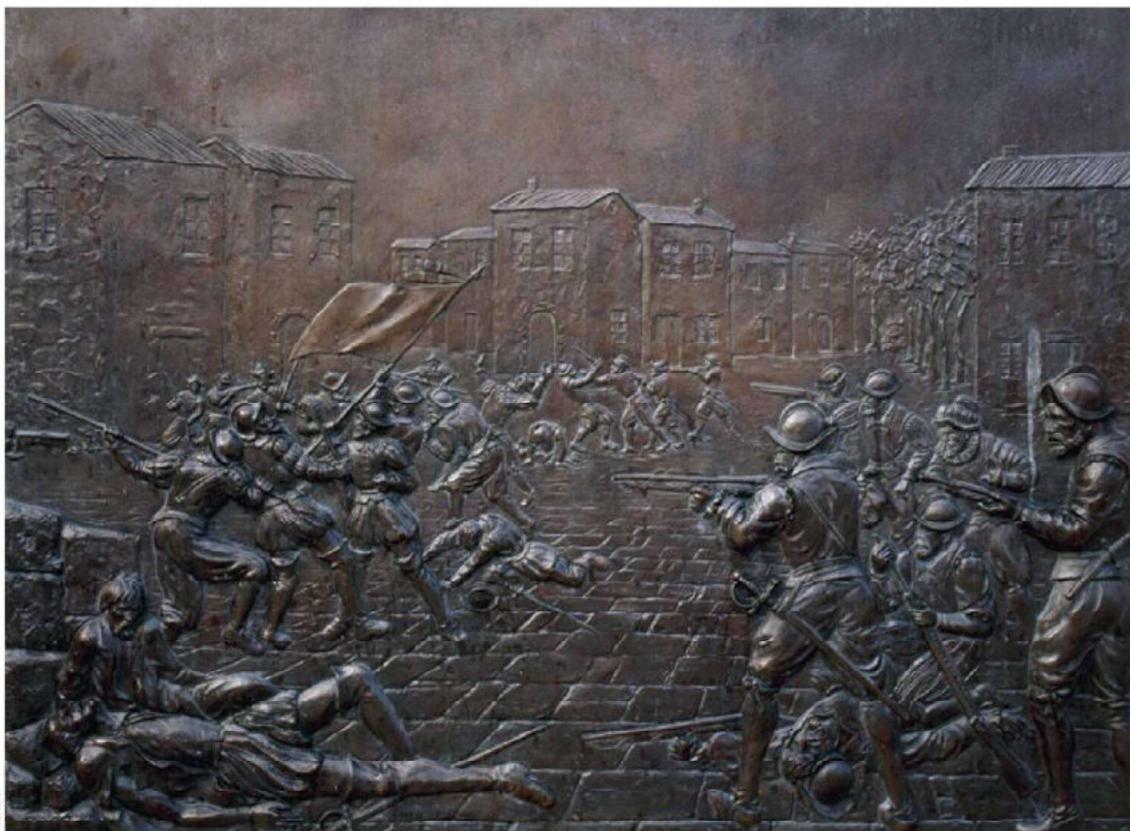
Por supuesto, la intervención de María Pita no significó el inmediato repliegue de los ingleses y, de hecho, las peleas aún continuarían en diversos puntos de la muralla, pero sí marcó un punto de inflexión en el ánimo de los defensores, lo que llevaría, a la postre, a la victoria final.

Hasta tal punto debió ser importante este episodio, que la *Relación anónima* lo relató citando directamente el nombre de la protagonista. Las razones las explica Luis Gorrochategi en su libro: «La primera es que el incidente ocurriera en lo alto de la brecha, es decir, en lugar no solo bien visible para todos, sino en el sitio

CUANDO LAS FUERZAS EMPEZABAN A
FLAQUEAR, **MARÍA MATÓ A UN ALFÉREZ
INGLÉS, LE QUITÓ SU BANDERA Y
ABANDERÓ LA RESISTENCIA**

INES DE BEN, LA HEROÍNA DESCONOCIDA

Una vez que la ciudad estuvo a salvo de los invasores ingleses, los supervivientes elevaron diversos memoriales al rey en los que relataban su participación en la defensa y los motivos por los que solicitaban ayuda económica o algún tipo de compensación. Gracias a estos documentos se conoce la existencia de Inés de Ben, propietaria de una mercería y tienda de quincalla que regentaba junto a su marido, Sebastián Fernández, en La Pescadería. Durante la invasión, ella también ayudó proporcionando pólvora, plomo y cuerda a los soldados, materiales donados de su propia mercería. Sin embargo, pagaría un alto precio por aquella ayuda, al quedar prácticamente ciega e inválida tras recibir dos disparos, uno en la cabeza y otro en una pierna, mientras transportaba sacos de arena y piedra para reparar la muralla. Tras recuperarse en el hospital del oidor Francisco Maldonado, se encontró con su comercio destrozado y desvalijado. Además, su marido había muerto en el primer día de refriegas, lo que la abocó a la mendicidad para sustentar a sus dos hijos. Parece ser que sus demandas de ayuda a la corte no fueron satisfechas, pese a que, como relatan algunos estudiosos de su figura, varios soldados y otros testigos corroboraron ante el tribunal administrativo que estudió sus peticiones, en octubre y noviembre de 1593, su participación heroica en la defensa de la ciudad. Incluso se presentó como prueba el informe médico de sus heridas, firmado por el licenciado Diego de Salazar, cirujano de la Armada. Hoy, Inés de Ben es el reflejo de esas otras muchas heroínas de aquel episodio



En la imagen, uno de los relieves del pedestal de la estatua de María Pita situada en la plaza homónima de La Coruña. Se representa el ataque a La Pescadería el 5 de mayo de 1589.



Ruinas del convento gótico de Santo Domingo (Pontevedra) donde pidió ser enterrada María Pita. Este edificio forma parte del Museo Provincial de Pontevedra.

exacto donde todas las miradas estaban puestas, pues ahí se estaba jugando el destino final del asalto. La segunda es que María Pita consigue derribar al único alférez que subió a la hendidura. Entiéndase al único que subió portando una bandera (...). El alférez tiene un cometido ejemplarizante y emulador: su enseña es reclamo para el coraje de los hombres que deben seguirla. En este sentido, la misión del abanderado es moral y colectiva. Por eso, el derribarlo también tiene un sentido de este cariz. En tercer lugar, es posible que su condición femenina, claramente reconocible por el mero aspecto exterior, haya jugado a favor de la mención de la defensora».

El hecho de que una mujer consiguiera abatir a un alférez, un soldado profesional, debió causar una honda conmoción en los presentes. De hecho, tras el asedio, se elevaron multitud de peticiones al monarca para que recompensara a su súbdita. La heroína lograría como reconocimiento por su labor, no sin lucharlo en la corte, permiso para exportar mulas a Portugal y el título de «soldado aventajado», con una paga de cinco escudos al mes, que se incrementaría hasta los diez en tiempos de Felipe III.

UNA MUJER PENDENCIERA

También, tras 13 de años de pleito con un capitán llamado Peralta, lograría la exención de alojar en su casa a soldados del rey, librándose de los cuantiosos gastos que eso suponía. El asunto comenzó en 1595, seis años después del asalto inglés, cuando María Pita, utilizando varios ardides, intentó que el capitán abandonara una casa de su propiedad en la que se había alojado. Como narran varios documentos: «De madrugada, y antes de amanecer, desde un sobrado de la casa, justo encima de su dormitorio, habían ido recogiendo la basura en orinales durante varios días. Se las echaron por la ventana dentro del dormitorio que no se

POR SU LABOR, MARÍA LOGRÓ RECONOCIMIENTOS —NO SIN LUCHARLO EN LA CORTE— COMO EL TÍTULO DE «SOLDADO AVENTAJADO»

paraba con el hedor». Harto de tales artimañas, el capitán la acusaría de intento de asesinato, logrando que fuera a prisión durante cuatro meses y que se la condenara a destierro (pena que sería conmutada). Finalmente, en 1608 la justicia daría la razón a María Pita, otorgándole tal exención y el pago de mil ducados por las molestias ocasionadas por este capitán.

Pero no sería su único pleito. De hecho, hasta el final de su vida estuvo inmersa en una veintena de procesos judiciales, la mayoría derivados de la gestión de sus bienes y de enfrentamientos con vecinos y entre descendientes. En uno, el labrador Rodrigo Pardo la acusó de haberle insultado con los términos de «bellaco, desvergonzado, ladrón, descomulgado, metiéndole muchas higas por los

ojos y llamándole otras palabras feas e injuriosas». Y en otro, el procurador Juan Rodríguez de Taibo la acusó de injuriarle y de tirarle «un pichel de estaño a la cabeza, de que le había hecho un gran golpe». No es de extrañar que se granjeara fama de mujer osada y pendenciera. «No dudaba en tirar de los pelos, pelearse con las manos y palos, insultar y hasta irrumpir en la iglesia y establecer en ella su puesto de venta de pescado, enfrentándose al mismísimo párroco cuando intentó impedirle tan sacrílega acción», relata Isabel Valcárcel.

En el plano familiar, volvió a casarse en 1590 con el capitán de infantería Sancho de Arratia, con quien tendría otra hija; y en 1598, seis años después de la muerte de este, con el funcionario Gil Bermúdez de Figueroa, al que daría dos hijos más y que sería su último marido, ya que en el testamento este dis-



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Estampa de María Pita, del litógrafo francés, aunque trabajó en España, Santiago Llanta y Guerin.

puso que si María volvía a casarse perdería la herencia.

Establecida en Santiago de Sigrás, María Pita pasó sus últimos años de vida gestionando un patrimonio familiar que incluía tierras y viñedos, además de varios animales con los que mercadeaba, entre ellos 200 mulas que vendía cada dos años en Portugal. Falleció en febrero de 1643 en la localidad de Cambre, donde poseía algunas tierras. Como pidió, fue enterrada en el convento de Santo Domingo, sin que aún haya logrado encontrarse su tumba. ■



Defensa de Cádiz contra los ingleses (1635), de Francisco de Zurbarán. Fernando Girón, gobernador de Cádiz en 1625, da instrucciones para defender la ciudad de la escuadra inglesa. Francis Drake ya había atacado Cádiz en 1587 y los ingleses lo volverían a intentar en 1596 y 1797.

MUSEO NACIONAL DEL PRADO



REALIDAD Y LEYENDA
INGLESES EN
CÁDIZ

ANTONIO LUIS GOMEZ BELTRAN
Experto en la Armada Invencible

Existe el estado de opinión, muy difundido en la historiografía inglesa y adoptado por ciertos divulgadores, de que la acción realizada en la primavera de 1587 por la Marina inglesa, al mando de Drake, obstaculizó y atrasó la campaña prevista para ese otoño, según el diseño del plan de Juan de Zúñiga. Esto se fundamenta en la destrucción de duelas y aros para la construcción de pipas (toneles) necesarias para los aprestos navales que se realizaban en Lisboa y Cádiz. Pero ¿fue así y, realmente, resultó tan importante y decisivo para la Armada?

A finales de abril de 1587, una flota de 28 naves inglesas al mando del pirata Francis Drake atacaba la bahía y el puerto de Cádiz durante dos días consiguiendo quemar y apresar una serie de barcos que se alistaban con diferentes destinos. A continuación se dirigió al Algarve portugués, donde, para el 15 de mayo, tras desembarcar en el área del cabo de San Vicente y tomar el castillo de Sagres (entre otros), acampó durante cierto tiempo a sus anchas. Durante este lapso interrumpió el tráfico ordinario de cabotaje y la actividad pesquera, apresando un sinnúmero de navíos cargados con duelas y aros para la fabricación de pipas, siempre en atención a los informes elaborados por el propio Drake, Thomas Fenner o William Borough. La flota inglesa dejó este escenario a principios de junio.

Para Robert Hutchinson, autor de *La Armada Invencible* (Pasado & Presente, 2013), los ingleses «asestaron un golpe especialmente importante al destruir el suministro de todo un año de aros de hierro y duelas de madera para la fabricación de barriles. Esto resultó ser todo un desastre táctico para la Armada». Este divulgador afirma también que «según el cálculo oficial de los daños, los españoles perdieron veinticuatro naves, valoradas en 172 000 ducados». Lo que no



NATIONAL PORTRAIT GALLERY, LONDON.

El inglés Thomas Fenner fue capitán del galeón *Dreadnought* durante la incursión de Cádiz en abril de 1587.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA, MADRID.

El español Juan de Zúñiga fue ayo, preceptor y consejero privado del príncipe Felipe II, y miembro del Consejo de Estado.



ISTOCK

Grabado de toneleros en el siglo xvi en el proceso de elaboración. Los toneles eran esenciales en el comercio, en la vida cotidiana y la navegación.

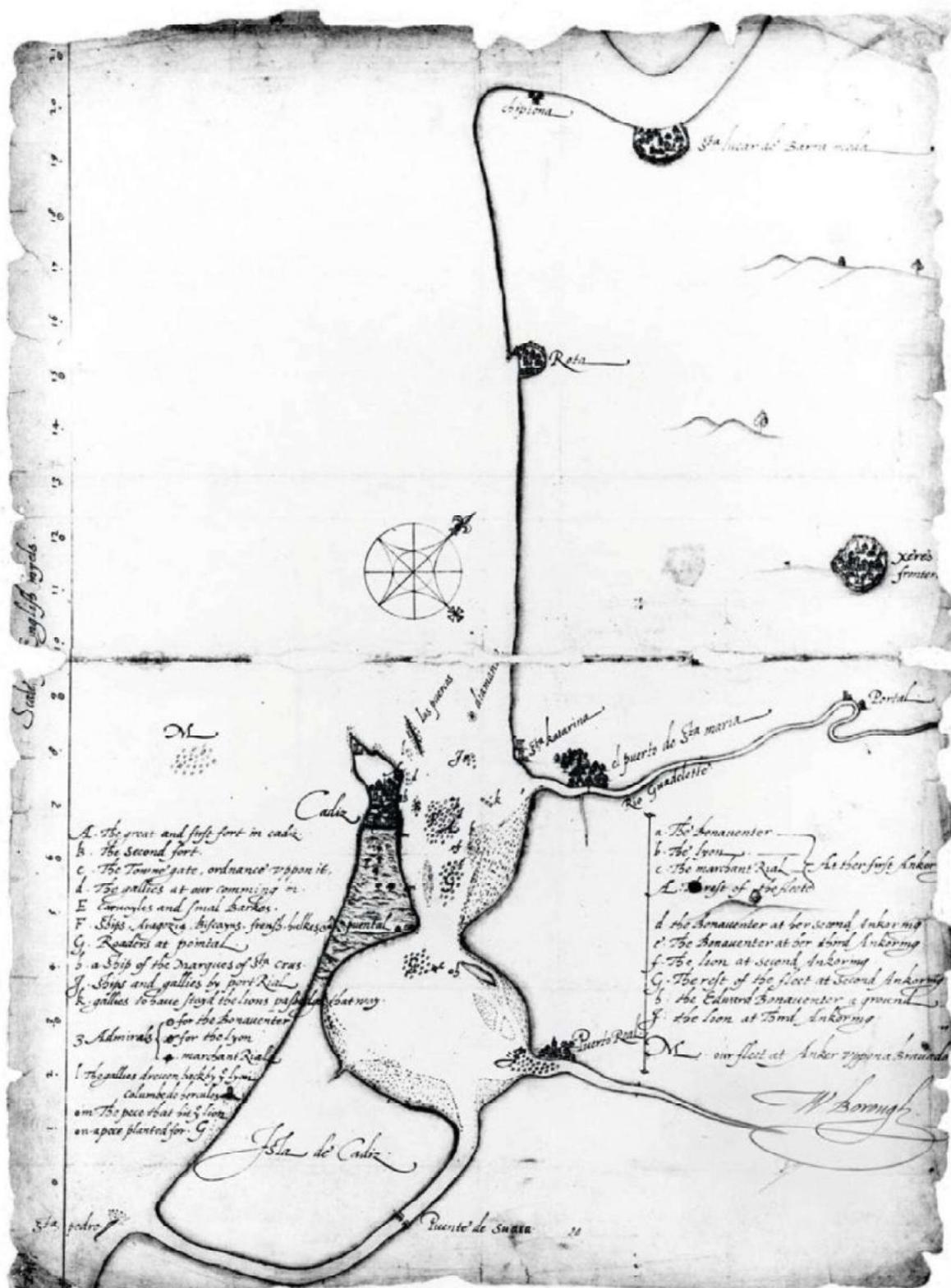
dice Hutchinson, lo decimos a continuación: solo 17 426 ducados de los 172 100 (esa es la cantidad correcta) perdidos pertenecían a la Corona española; el resto, hasta el total que se afirma, correspondía a mercaderes venecianos, genoveses, franceses y otros que comerciaban y/o tenían su base en Cádiz.

En *La Gran Armada. La mayor flota jamás vista desde la creación del mundo* (Planeta, 2011), los conocidos Geoffrey Parker y Colin Martin abundan en la primera opinión. «Ciertamente, la pérdida de veinticuatro barcos constituía un serio revés (...) y la destrucción de las provisiones (en especial, como Drake había señalado, de los aros y duelas de los barriles) resultó desalentadora».

Como se puede ver, la actuación de la flota inglesa estuvo encaminada en dos direcciones: el ataque a Cádiz con la destrucción y apresamiento de naves con vituallas y complementos y la irrupción sobre el cabo de San Vicente con el corte de las líneas de comunicaciones y expolio de más de 100 naves y navíos cargados con duelas de madera y aros para la fabricación de pipas.

**A FINALES DE ABRIL DE 1587, UNA FLOTA DE
28 NAVES INGLESAS AL MANDO DEL PIRATA
FRANCIS DRAKE ATACABA CÁDIZ**

SIN PREVIA DECLARACIÓN DE GUERRA, LA FLOTA DE DRAKE ATACÓ A LA ARMADA ESPAÑOLA ANCLADA EN LA BAHÍA DE CÁDIZ



Sobre estas líneas, mapa del ataque a Cádiz realizado por William Borough, quien fuera segundo hombre al mando de Francis Drake durante el ataque a Cádiz en 1587.



Grabado de sir Francis Drake realizado por W. Hall. Para los ingleses, Drake fue un héroe naval, un símbolo del poder marítimo de Isabel I.

EN LA COSTA DEL ALGARVE

Tras un primer intento fallido de tomar la ciudad de Lagos, Drake se trasladó a poniente y asaltó la punta de Sagres y el cabo de San Vicente. Después de varios días de saqueos y destrucción tomaron la vuelta de Lisboa, donde anduvieron desafiando, pero sin establecer batalla con la Armada que allí se aprestaba, y retornaron al área del cabo de San Vicente para avituallarse principalmente de agua y aprovechar para despallar varias naves, dejando la zona libre a primeros de junio.

A finales de mayo, en su segunda estancia en San Vicente, Drake escribía en su parte de campaña a Francis Walsingham —secretario principal de la reina Isabel I— lo siguiente: «(...) han tenido lugar diversos combates entre los españoles y portugueses y nosotros, en los cuales Dios ha permitido que apresásemos fuertes, navíos, embarcaciones, carabelas y otras varias naves, más de un centenar, la mayor parte cargadas, algunas con remos para las galeras, tablones y maderamen para navíos y pinazas, aros y duelas de barril, y otros muchos pertrechos para esta Gran Armada». Añadía que «los aros y duelas pesaban más de 16 o 17 cientos de toneladas, lo que no puede suponer menos de 25 o 30 mil toneladas, si se hubiese tratado de barriles listos para cargar licores», de modo que procedió a su destrucción mediante la quema. Desde luego, si estos valores son ciertos, el impacto sobre los aprestos navales españoles tuvo que ser no solo significativo, sino demoledor. Tanto como para anular el operativo o retrasarlo no se sabe cuánto tiempo. En este sentido se expresaba Thomas Fenner, capitán del galeón *Dreadnought*, también



La entrada de la flota en Lisboa. Escena que recrea la campaña marítima de 1580 (durante el reinado de Felipe II), dirigida por Alvaro de Bazán, que culminó con la anexión de Portugal.

en un escrito destinado a Walsingham para aclarar una serie de datos sobre el contexto. Según él, apresaron y quemaron «cuarenta y siete carabelas y embarcaciones, algunas de 20, 30, 40, 50 y algunas de 60 toneladas, cargadas de duelas de barril, aros, leñamen, remos y pertrechos similares», además de un número aproximado de 60 embarcaciones de pescadores. Al parecer los éxitos más notables fueron un filibote procedente de Dunkerque de 150 toneladas con mercadería y otro, de la misma procedencia, de 140 toneladas, cargado de maderas.

Pero quizás el relato más interesante sea el de William Borough, vicealmirante y segundo al mando de la escuadra inglesa, muy crítico con la actuación de Drake. «Desde entonces hemos apresado unos 28 o 30 navíos y embarcaciones, de los que uno era un filibote de Dunkerque, con mercancías de gran valor a bordo, con destino a San Lúcar, otro una pequeña urca de Holanda cargada de maderamen y pertrechos españoles procedentes de Galicia, con destino también a San Lúcar, y los dos de ellos siguen en nuestro poder. El resto eran pequeñas carabelas y embarcaciones entre 16 y 40 toneladas, la mayoría cargadas con duelas de barril, aros, maderamen, palos para remos y cargas similares de pequeño valor, y algunas no llevaban nada más que lastre», indica en una de sus cartas. Y añade: «(...) además de cierto número de botes de pesca que encontramos cerca del cabo de Sagres, de los cuales algunos fueron conservados para usarse como botes de nuestros navíos y el resto fueron destruidos». Esto está escrito el 15 de junio a bordo del *Golden Lion*, anclado frente a la costa de Dover, en Inglaterra. Cuando la campaña había concluido.

UNA EXAGERACION INGLESA

Como se aprecia, solo dos naves tenían cierta importancia; el resto eran pequeñas, con escasa capacidad de carga. La que más tenía una capacidad de 60 toneladas inglesas, y recalco esto porque el observador inglés utilizaría su unidad de medida para aforar las embarcaciones. En el sistema español del XVI esta embar-

LA ARMADA TRASLADABA LO MÁS VALIOSO
EN CONVOYES MUY PROTEGIDOS. POCO
PUDIERON DESTRUIR LOS INGLESES



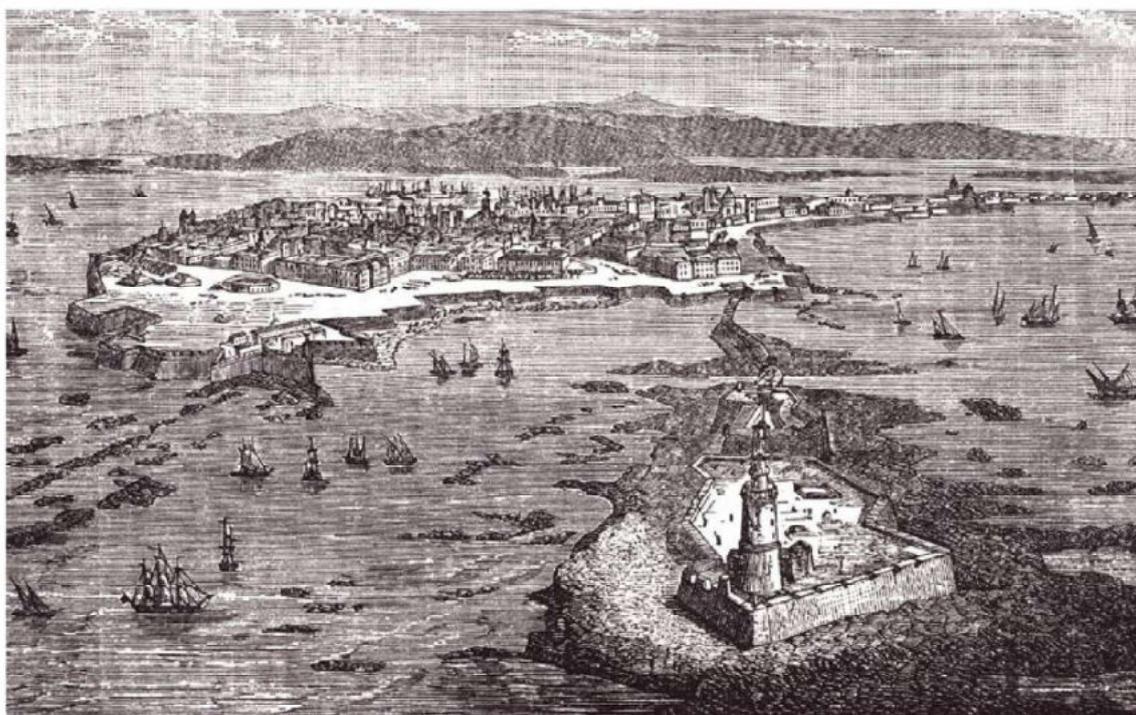
Retrato del almirante Alvaro de Bazán y Guzmán (1526-1588), I marqués de Santa Cruz, atribuido al pintor especializado en retrato cortesano Juan Pantoja de la Cruz.

LA INCURSIÓN INFLUYÓ POCO, PERO DURANTE UN MES UNA FLOTA INGLESA «MOLESTÓ» EN UNA ZONA SENSIBLE PARA EL TRÁFICO MARÍTIMO Y COMERCIAL HISPANO

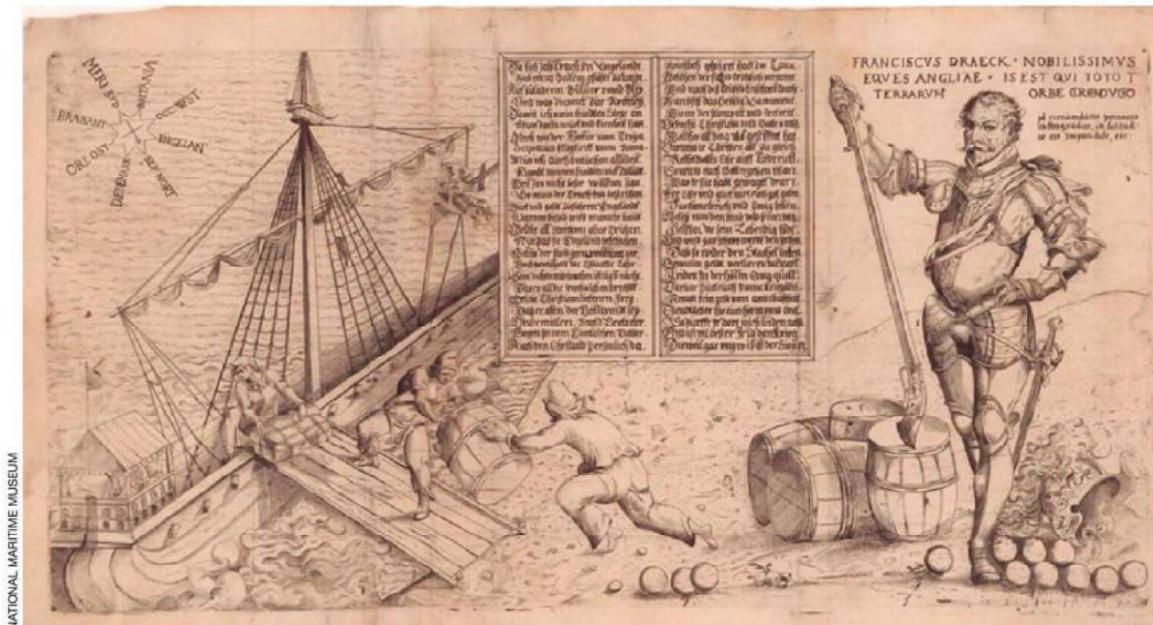
cación representaría una nave de 55 toneladas y en el mejor de los casos con una capacidad portante de 50 toneles macho, tanto como 100 pipas. Un navío de unas 20 toneladas inglesas tendría una capacidad de 30 pipas. En el mejor de los casos, los ingleses habrían destruido entre 1000 y 1500 pipas (de 420 a 615 toneladas de carga de licores).

Drake afirma haber quemado toneles con capacidad de carga de 25 000 toneladas en peso. Se está refiriendo al tonel inglés de 252 galones, es decir, 1147 kg sin contar el recipiente. Esas veinticinco mil toneladas supondrían 21 796 toneles ingleses; como estos eran más del doble de grandes que la pipa usada en Andalucía, estaría hablando de más de 40 000 pipas destruidas, para las que hubiesen hecho falta no menos de 400 embarcaciones de 60 toneladas inglesas.

Pero, al margen de estas exageraciones, lo que sí es cierto es que durante un mes una flota inglesa al mando de Francis Drake dejó sentir su presencia en una zona tremendamente sensible para el tráfico marítimo y comercial hispano, lo que hace pensar que algo sí tuvo que afectar a los abastecimientos, aprestos navales y traslado de fuerzas españolas. Pero, aparte de esto, ¿influyó la incursión de Drake en Cádiz realmente en el operativo que Álvaro de Bazán y Guzmán, marqués de Santa Cruz, preparaba con la intención de invadir Inglaterra?



Grabado de la ciudad de Cádiz. Durante el siglo XVI, Cádiz era ya un puerto estratégico del Imperio español por su posición frente al Atlántico y su bahía natural protegida.



Grabado donde Francis Drake supervisa la carga de su barco. El grabado incluye un poema en alemán y la inscripción el latín «Franciscus Draeck Nobilissimus eques Angliae»

La lógica apunta a que sí se produjo un bache en el acopio de las pipas, sobre todo en su fabricación por la falta de aros y duelas; esto tuvo que verse reflejado en la contaduría y proveeduría de Andalucía y Lisboa. Además, una cifra tan alta de apresamientos debió quedar registrada, sobre todo cuando el sistema administrativo español era un fiel registro y reflejo de lo que sucedía en el Imperio. Pero este reflejo en los documentos oficiales no existe. De hecho, el 25 de junio, Felipe II escribía a Martín de Padilla, su capitán general de las Galeras de España, dándole instrucciones de no salir a buscar al enemigo pues la seguridad de Cádiz era más importante que los sucesos del cabo San Vicente, dado que, por el informe recibido de su gobernador del Algarve, Fernán Téllez de Meneses, el valor de lo apresado no tenía la consideración suficiente.

DE LA INTELIGENCIA BRITANICA A LA TORPEZA ESPAÑOLA

Para los españoles, las intenciones de la expedición de Sir Francis Drake estaban muy claras: el inglés pretendía expoliar el tráfico marítimo y quién sabe si enfrentarse a la Armada que se preparaba en Andalucía. Esto es tan notorio que el 18 de mayo el rey español escribe una carta dando instrucciones al duque de Medina Sidonia en la que le manifiesta su alivio por la Flota de Indias y le hace la consideración de que «podría estar allí para cortar el paso a lo que viene de Italia para Lisboa». Así que desde ese instante queda anulado el envío de convoyes desde Cádiz a Lisboa y viceversa.

Pero ¿en qué consistía realmente el plan de Drake? Pues, en sus propias palabras, en esto: «Ahora que estamos bien dotados de las provisiones necesarias, nuestra intención es (Dios mediante) interceptar la Armada que debe provenir del Estrecho y de otras varias partes antes de que se reúna con las fuerzas del rey, en el cumplimiento de lo cual no faltarán ni intenciones ni esfuerzos».



Salida de Lisboa hacia Brasil, las Indias Orientales y América. Ilustración aparecida en *Americae Tertia Pars...* (1592), de Teodoro de Bry.

La historiografía que ha encumbrado a este pirata como máximo exponente de las futuras tácticas revolucionarias a desarrollar en el verano de 1588 ve en las líneas anteriores una visión doctrinal naval innovadora, que se antepone a la concepción hispana de la estrategia marítima. Así, Julian S. Corbett, quizá el mayor creador del mito de Drake, no duda en declarar su profunda admiración por un marino que se adelanta en el tiempo y las formas. «Esto muestra que Drake no contemplaba su ataque al puerto de Cádiz como el principal objeto de la expedición, como se supone generalmente. Su visión era mucho más profunda y mucho más moderna. Evidentemente, lo que esperaba hacer era batir individualmente a las diversas escuadras españolas o, al menos, impedir su concentración en Lisboa».

Es cierto que el primer temor de la Casa de Contratación y de los consejeros de Felipe II era que, después de atacar Cádiz, el inglés tomase como objetivo la Flota de Indias, cordón umbilical del Imperio; pero la flota inglesa prefirió desangrarse en una cadena de batallas navales contra todo aquello que se moviese en las costas de Andalucía y Portugal. Desde luego, a corto plazo y para una vez, el designio estratégico era lógico.

NO SE IBAN A DEJAR SORPRENDER

En un estado de preparación para la guerra como el que se vivía en la península ibérica, las prevenciones ante los imprevistos estaban reguladas por un pensamiento naval hispano-portugués. Así, las comunicaciones entre Cádiz y Lisboa (y viceversa) se hacían con convoyes escoltados. Algo tácticamente y estratégicamente superior al pensamiento naval que pudiera plantear Inglaterra.



La batalla de Cádiz (Barcos holandeses e ingleses atacan a la Armada Española) (1608), del pintor neerlandés especializado en escenas marinas Aert Anthoniszoon.

Mucho antes del ataque de la flota inglesa, el 21 de marzo, se encontraba alis-
tada en la bahía de Cádiz una flota mercante de 21 navíos con destino a Lisboa,
que llevaba bastimentos para la Armada; eran naves pequeñas, en su mayoría
carabelas, algún escorchapín y chalupa, e irían escoltados por cuatro pataches de
guerra. Toda esta agrupación navegaría en conserva de estas unidades al mando
del capitán Luis Rodríguez; entre todos transportarían en torno a 1305 quintales
de bizcocho, 501 pipas y 16 054 fanegas de trigo, más «seis mil trescientos y cin-
cuenta clavos estoperoles, y mil y novecientas y cuarenta gavillas, y quinientos
y setenta y cuatro clavos de diferentes suertes».

A su vez —en las mismas fechas—, en contramarcha, salía de Lisboa Juan Martí-
nez de Recalde con su escuadra reducida a cuatro naos y dos pataches, en misión
de descubierta y limpieza de piratas de las aguas del cabo San Vicente. Aprove-
chando esta situación se enviaba al alférez Esteban Ochoa con seis pataches y
siete zabras en lastre para remontar el Guadalquivir y aprovisionarse en Sevilla
(naves que irían en conserva, es decir, escoltadas por la escuadra de Recalde).
Estas embarcaciones retornarían a Lisboa en el gran convoy que partiría el 7 de
julio de Cádiz al mando de Martín Padilla.

**EL RECIPIENTE MÁS UTILIZADO PARA EL
TRANSPORTE ERA LA DENOMINADA PIPA,
UN TONEL CON 443,5 LITROS DE CAPACIDAD**



Los ingleses asestaron un golpe importante al destruir el suministro de todo un año de aros de hierro y duelas de madera (en la imagen) para la fabricación de barriles.

Esta forma de proceder, que muestra cómo estaba organizado el pensamiento naval español en aquel momento, echa por tierra la supuesta gran afectación de Drake y sus hombres sobre los aprestos navales españoles. Lo destruido por los ingleses en cabo de San Vicente no fue más que mercadería de cabotaje de escasa cuantía, de mercaderes locales y pescadores. Todo lo de valor para la Armada de Lisboa se hacía mediante el mecanismo de los convoyes, lo que justifica que en los documentos de contaduría y proveeduría no quede rastro ni vestigio de lo expoliado en esta área y sí de lo ocurrido en Cádiz.

LAS PIPAS, PREOCUPACION DE ESTADO

El recipiente más utilizado para el transporte era la denominada pipa, un tonel con 443,5 litros de capacidad (dos ocupaban el espacio equivalente a una tonelada). La pipa estaba en el orden cotidiano de cualquier acto logístico y hay que tener en cuenta que todas las naves, independientemente de su tamaño, tenían una dotación de pipas base. Por ejemplo, un galeón de guerra de 650 toneladas con 362 personas a bordo necesitaba 400 pipas de agua, 200 de vino y 15 de vinagre.

En el momento concreto de la incursión de Drake, el esfuerzo naval hispano era enorme. No solo se mantenían las rutas del Mediterráneo con sus diferentes escuadras de galeras, sino que a esto había que sumar la preparación de la Gran Armada en Lisboa, la formación de la Flota de Indias de ese año, 1587, y el sostenimiento de la Escua-

EL ATAQUE DE DRAKE A CÁDIZ HABÍA SIDO UN REVULSIVO PARA EL POTENCIAL NAVAL Y LA CAPACIDAD PRODUCTIVA HISPANA

dra de Galeras de España, que daba protección a todos los movimientos navales en el golfo de las Yeguas y parte del mar de Alborán. Teniendo en cuenta todo esto, no es de extrañar que el número de pipas fuera una preocupación constante a nivel de Estado.

Un mes antes del ataque a Cádiz, el duque de Medina Sidonia exponía su preocupación por la falta de pipas y aros para poder dotar a la Flota de Indias de ese año. Este problema no solo ocurría en Cádiz; también Francisco Duarte, proveedor en Lisboa, andaba a la busca y captura del preciado recipiente. Quince días antes de la aparición de Drake, en concreto el 14 de abril, Antonio de Guevara manifestaba que no había suficientes pipas en Andalucía, pero que entraban en proceso de fabricación. El 8 de mayo, el mismo rey escribía a Francisco Duarte haciéndole notar la falta de pipas en Andalucía y ordenándole socorrer a Antonio de Guevara con el envío de unas cuatro mil, tanto montadas como por piezas (duelas y aros), haciendo constar que se enviase mediante un convoy.

Nótese que la fecha de la instrucción es anterior a la toma del cabo de San Vicente y

Sagres. Es más, a 23 de mayo, una vez conocidos los acontecimientos del sur de Portugal y que ya se habían dado las órdenes pertinentes de suspensión del tráfico marítimo, las «4000 pipas, las dos mil dellas abatidas y las otras dos mil levantadas», se retrasarían en el envío por «tener avisos que andaba por el cabo de San Vicente la armada inglesa». Así que Antonio de Guevara debería agudizar el ingenio para no retrasar los aprestos de Cádiz. La evidencia es clara: Drake no pudo tomar ese formidable número de duelas, aros y pipas, puesto que no se enviaron. Para primeros de junio, el duque de Medina Sidonia tenía en fase final de alistamiento las quince naos retraídas de la Flota de Indias, más 22 urcas, así como las seis naves llega-



Plano de la bahía con la ciudad de Cádiz, que fue reforzada tras el ataque y se construyeron nuevas fortificaciones.

das de Sicilia, y de un momento a otro se esperaban las cuatro galeazas y dos carracas procedentes de Nápoles. Precisamente, en esta impresionante agrupación se habían embarcado 9000 pipas procedentes de Jerez y aún restaban por llegar otras 2000, que saldrían el 7 de junio con destino a la bahía. En total serían 11 000 unidades.

Cuando el 11 de julio la potente Armada compuesta por 81 unidades da a la vela en el golfo de Cádiz con ruta a Lisboa, en las entrañas de las naves de transporte (29 urcas, 15 naos y 13 navíos menores) van 10 632 pipas de vino de 27,5 arrobas cada una, 385 de vinagre de 29 arrobas y 1633 de aguada, una cantidad total que superaba en 1650 las que Guevara tenía acopiadas en Jerez, un mes antes.

El ataque de Drake a Cádiz había sido un revulsivo para el potencial naval y la capacidad productiva hispana. Lo del cabo San Vicente, una estela en el agua para las necesidades logísticas, no fue decisivo para el retraso de la Armada. Este se produjo, mas los motivos fueron otros. ■





La llamada a la rendición:
un incidente en el ataque a
la Armada española, 1588.
Litografía en color de la
Escuela inglesa — publicada
en *Cassell's History of the
British People* (1920)— que
recrea el momento en el que
sir Francis Drake con su
Revenge captura el galeón
Nuestra Señora del Rosario de
don Pedro Valdés, dejado a su
suerte por la Armada.

AGE

CUANDO LA PROPAGANDA SE
CONVIERTE EN HISTORIA

LA DERROTA DEL ENEMIGO

LUIS GORROCHATEGUI

Historiador experto en la Armada Invencible y autor de *Contra Armada*



ISTOCK

William Cecil, I barón Burghley (principal consejero de Isabel I durante la mayor parte de su reinado) con sus hijos: Thomas, I conde de Exeter y Robert, I conde de Salisbury.

El fracaso de la Gran Armada sería el pistoletazo de salida de la mayor campaña de propaganda de la historia de Inglaterra, y esto desde que se produjo hasta nuestros días. Podríamos pensar que tal campaña empieza a dar síntomas de agotamiento debido a la ofensiva española desde la investigación empírica, que ha dinamitado la conexión entre el relato propagandístico y el conocimiento técnico de lo acontecido. Pero no sería de extrañar que un relato con tal cantidad de tópicos asociados resurja metamorfoseado, pues la necesidad que le dio lugar sigue existiendo.

INGLATERRA PONE EN MARCHA SU MAQUINA PROPAGANDISTICA

Tras las noticias ciertas del 18 de septiembre de 1588 de que la Gran Armada volvía a España tras circunvalar las islas Británicas, Inglaterra lanzaría las campanas al vuelo: poemas, panfletos, medallas, naipes, monedas, grabados, cuadros, canciones populares, etc., vieron la luz para festejar aquello.

El maquiavélico William Cecil publicó su famoso panfleto en el que habla de la derrota de la «Invencible». Es una falsa carta de un católico inglés al embajador español en Francia explicándole que veía muy lamentable que España hubiera intentado invadir Inglaterra, y subrayaba que hasta los católicos de aquel país consideraban que había sido una mala idea, un error a los ojos de Dios. Según decía, esos católicos

SIN GANAR LA GUERRA, INGLATERRA HA METIDO A ESPAÑA UNA GOLEADA PROPAGANDÍSTICA DURANTE SIGLOS

ingleses eran más leales (*addicted*) a la reina que al papa. Y una traducción añadió: «Aquí termina la historia de la mala fortuna de la Armada española, que se llamaba Invencible». Lo de Invencible (que escribe con mayúsculas para subrayar la ironía) aparece todavía hoy en los libros de historia, pero jamás fue empleado por los españoles para describir a la Gran Armada de 1588.

En noviembre, el poeta James Aske publica *Elizabetha Triumphans*, una idealización de la arenga que la reina pronunció en Tilbury el 19 de agosto anterior, y que es conocida por todos en la Inglaterra de hoy. Por su parte, Charles Howard, nombrado en 1587 comandante supremo de la flota inglesa contra la Gran Ar-

mada, encargó diez enormes tapices conmemorativos representando una gigantesca batalla naval que jamás se produjo. De hecho, él fue quien ordenó una estrategia de acoso indirecto a la flota española en vez de atacarla directamente. Con todo ello, irá tomando cuerpo el relato fundacional inglés, que atravesará los siglos actualizándose a demanda según las necesidades.

Una de las primeras será ocultar las verdaderas causas de la Gran Armada, que fueron los ataques piráticos que llevaba perpetrando Isabel I durante más de dos décadas y en tiempo de paz contra España y su ayuda a una facción de rebeldes holandeses que se habían levantado contra su rey, es decir, su intromisión en asuntos internos de Felipe II. Causas que, por cierto, han permanecido ocultas hasta hace bien poco, pues el relato camufló a la flota en una cruzada religiosa según la cual



El comandante de las fuerzas inglesas Charles Howard, I conde de Nottingham.

el depravado español, por fanatismo y ansias expansionistas, se dirigió contra la inocente y tolerante Isabel. Así entendemos que este mito se engarza, de modo intrínseco e inaugural, con el anglicanismo, es decir, con la ruptura de la Iglesia de Inglaterra con la unidad del cristianismo.

Es por eso por lo que conlleva inseparablemente la demonización del catolicismo y de España. En lo que se refiere a la primera, está en juego no solo la continuidad del reinado de Isabel I, sino la separación definitiva de Inglaterra



En 1998, Margaret Thatcher regaló una placa con la derrota de la Invencible a Augusto Pinochet. El dictador tenía una orden de extradición a España.

del resto de Europa en materia religiosa —el mayor Brexit de la historia—. Por lo que respecta a la segunda, se generará la imagen hipermalvada del español que va a funcionar como propaganda de guerra permanente, pues la praxis expansiva inglesa se realizará fundamentalmente a costa de España. Por lo tanto, el mito de la Invencible es salvoconducto a la impunidad y a la beligerancia, pero también una justificación moral.

EL FALSO RELATO FUNDACIONAL

Así, en una Inglaterra anglicana celosa de su independencia y que empieza a crecer, el episodio de la Gran Armada adquiere una importancia total. Los tapices de Howard son comprados por el rey en 1616 y envolverán la Cámara de los Lores, sede del poder político inglés, durante más de dos siglos, convirtiéndola en la caja de resonancia del que se fijará como el relato fundacional por excelencia.

El mensaje anticatólico y antiespañol acabará vertiéndose en otro, de confianza y libertad nacional, al que acudir invariablemente en los grandes momentos de la historia de Inglaterra. Bajo el rumor de invasión napoleónica en 1798, Gillray ha-

POLÍTICOS INGLESES RECURRIRÁN AL RELATO DE LA FALSA DERROTA DE LA INVENCIBLE EN MOMENTOS HISTÓRICOS

rá dibujos de propaganda antifrancesa en los que los invasores destruyen los tapices simbólicos de invulnerabilidad. Y desde aquellas guerras al propio Churchill, pidiendo la mítica tranquilidad de Drake ante la Gran Armada, para aguantar esta vez los bombardeos alemanes, o a Margaret Thatcher, que en 1976 toma como



Estatua de María Pita en bronce, creada por Xosé Castiñeiras, que representa a la heroína de la defensa de La Coruña.

siguió imperando de un modo mantenido, sin tocar sus mitos fundacionales. A nadie se le ocurrió encargarse de tapices como símbolo de la victoria ante el malvado pirata inglés en 1589, y quizás hubiera sido una buena idea. La Contraarmada se quedará, de este modo, circunscrita a la memoria de La Coruña y simbolizada en la brava heroína María Pita. La corbeta de la memorable expedición Balmis que zarpó desde la ciudad en 1803 llevará su nombre, y en su honor se grabaron medallas y escribieron narraciones románticas en el tercer centenario de la Contraarmada, pero poco más.

Existe en España, eso sí, gran cantidad de documentos históricos en los archivos, escritos con el objetivo de transmitir datos según la concreta responsabilidad de cada cual. Son copiosos y fidedignos y una fuente de valor incalculable. Pero eso no es propaganda. No se ha pasado de esta dimensión nunca. La Contraarmada no se convirtió en un mito, y quizás España deba ser acusada de dejadez.

ejemplo a Isabel I en la escalada bélica ante Rusia y en 1998 regala una placa con la derrota de la Invencible a Augusto Pinochet, bajo arresto domiciliario en Londres y con una orden de extradición a España. Y desde ahí al Brexit, en cuyo discurso enardecido aparece la mítica victoria ante la Gran Armada como garantía de éxito futuro, y los acantilados de Dover iluminados para recordarlo.

Formidable la goleada propagandística que Inglaterra ha metido a España durante siglos con la murga de la Invencible, aunque ni siquiera ganó la guerra. Es más, el auténtico fracaso fue el de la Invencible inglesa o Contraarmada, que Isabel I envió contra Felipe II en la primavera de 1589. Fascinante hasta qué punto este mito va en Inglaterra más allá de aquel ataque nocturno con los brulotes o de la gran escaramuza de Gravelinas del día ocho de agosto de 1588.

En este sentido, no hay nada parangonable en España, ni seguramente podría haberlo, pues

OCULTAR EL FRACASO DE LA CONTRAARMADA, OTRO EXITO

En vivo contraste, nuevamente Inglaterra, y otra vez con gran campaña propagandística y desde el primer momento, ocultó este enorme fracaso. Drake y Norris, desde Plymouth, piden ayuda para ocultar la hecatombe, y es publicado, en el mismo mes de agosto de 1589, otro extraordinario panfleto, firmado por un Anthony Wingfield, que se presenta, esta vez, como un desmentido contra la narración que, de boca en boca, está extendiéndose por Inglaterra y que habla de una gran catástrofe. Describirá así unas operaciones militares alternativas: son ocultadas las batallas perdidas, nacen de la nada victorias y se cambia el relato por uno opuesto al que estaba circulando. No estuvo solo este memorable panfleto, hubo más; entre ellos, la *Ephemeris expeditione*, una deliciosa epístola renacentista, escrita en latín. Drakus y Norreysius son ahora équités, Rogerus Gulihelmius (Robert Williams), cónsul, Thomas Fenerus, thalasiarca, y, rodeados de tribunos, centuriones y decuriones, derrotan a los Hispani. Una joya literaria. Todo esto oculta la Contraarmada dentro y fuera de Inglaterra y además tendrá un efecto insospechado, pues estos panfletos se convertirán en la principal fuente sobre estas operaciones para la historiografía inglesa posterior y muy posterior, que fijan la propaganda y la hacen cristalizar en historia convencional europea. Nada menos. Algo muy difícil de mover.



Uno de los grabados que Hendrik Cornelius Vroom pintó sobre el enfrentamiento entre España e Inglaterra. Posteriormente Franz Spiering los convertiría en tapices.

MIENTRAS ESPAÑA CONTINÚE SIENDO UNA PRIMERA POTENCIA, LA LEYENDA NEGRA SERÁ UTILIZADA DURANTE SIGLOS

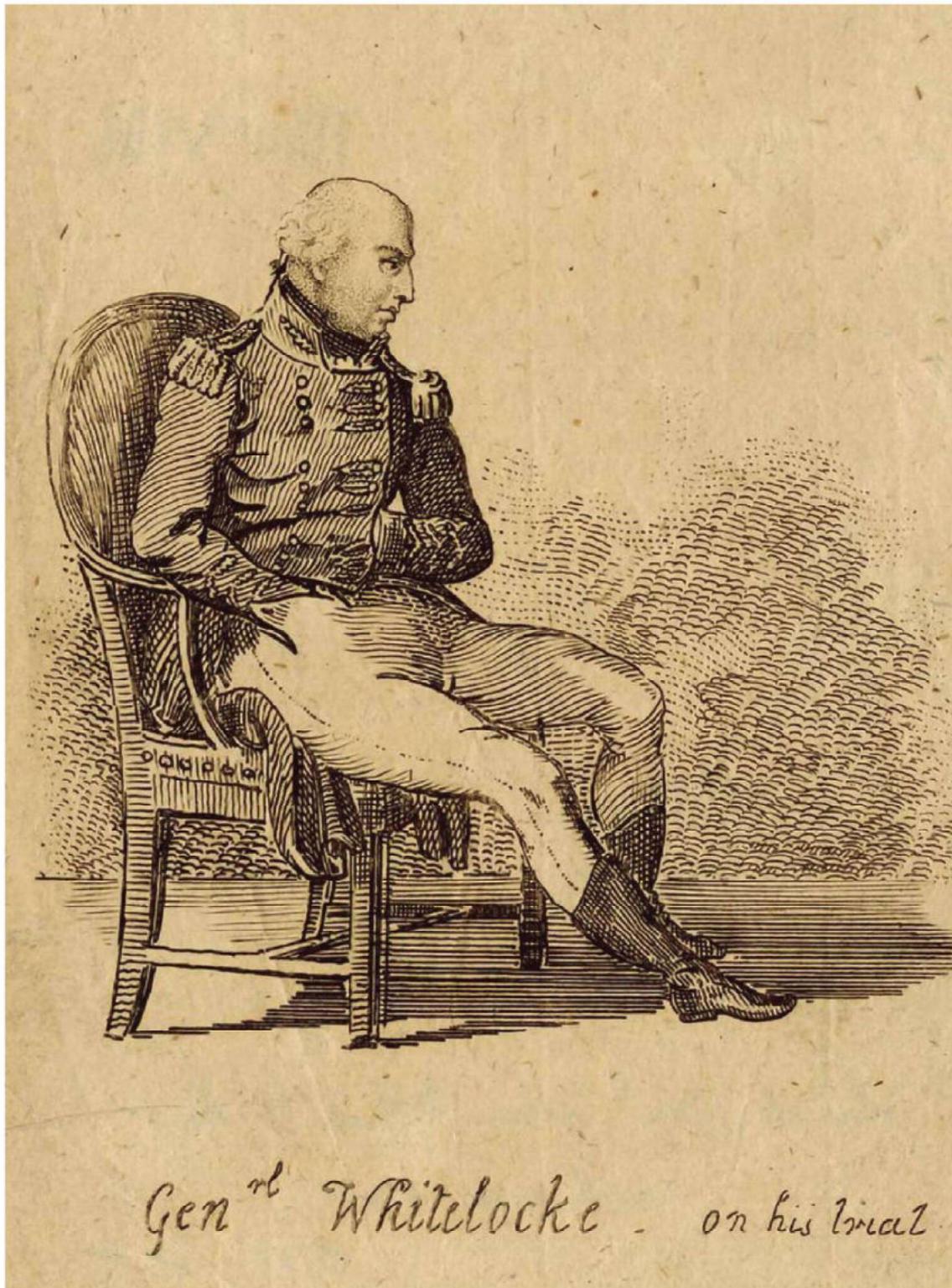
Es la historia que hemos estudiado y todos creemos, y en la que subyace, intacto y actualizado, el antiguo relato antiespañol. Por ejemplo, en la famosa *Enciclopedia de Grado Elemental* de José Dalmau, publicada en 1922, y que seguía editándose a todo trapo décadas después, encontramos la lección XXV: «La Armada Invencible», que ocupa la mayor parte del espacio dedicado al reinado de Felipe II. Pero en la *Historia de España* de Segundo de Bachillerato de Baia Edicions de 2003, por poner otro ejemplo, nos topamos con el apartado «El problema inglés», que recae estrepitosamente y al detalle en los tópicos ingleses sobre la Gran Armada y, para más ludibrio, informa brevemente de la Contraarmada como de un exitoso contraataque de represalia. Así, debemos refutar la objeción que Ortega y Gasset vertió sobre la tesis del historiador inglés Arnold Toynbee, que defendía el carácter nacionalista de la historiografía. Él lo vio claro en la historiografía inglesa de su época, y se puede aplicar a todas.

Y así, no solamente no se transformó en un mito la Contraarmada en España, sino que, para mayor escarnio, sí lo hizo la derrota de la Gran Armada. De este modo, el paradigma antiespañol, la leyenda negra, será utilizado durante siglos mientras España continúe siendo la primera potencia territorial del planeta, para atacarla, y después, magistralmente, para romper la unidad del Imperio.



A la izquierda, Simón Bolívar, fundador de las repúblicas de la Gran Colombia y Bolivia, retratado por Rafael Salas. A la derecha, una fotografía de José Ortega y Gasset.

LA VICTORIA ESPAÑOLA FUE MILITAR, PERO
LA BRITÁNICA TUVO UN ALCANCE MUCHO
MAYOR, PUES FUE UNA VICTORIA MORAL



Samuel Auchmuty fue el general británico que comandó la toma y ocupación de Montevideo en 1807 para luego delegarle el mando a sir John Whitelocke.

EL GRAN LOGRO DE ROMPER EL IMPERIO

Debemos tomar conciencia de que Inglaterra pretendió la penetración en el Imperio desde el principio, fue repetidamente rechazada por las armas y, al no conseguirlo, lo intentó exitosamente con la propaganda, la seducción y la intriga. Y así, este paradigma va a ser puesto en escena en el siglo XIX en América a través de los involuntarios colaboradores británicos Simón Bolívar, José San Martín, etc.

Y si a esto sumamos que el resultado de la praxis española fue la integración de pueblos, aculturación y sincretismo pero, en última instancia, pervivencia y educación, comprendemos que existía una masiva población originalmente americana a la cual seducir, y también por qué este relato siguió expandiéndose de modo imparable.

Podríamos entonces decir que si España obtuvo una gran victoria contra el Reino Unido en la guerra en la que ayudó a la independencia norteamericana, no fue nada comparada con la gigantesca victoria que obtiene Reino Unido en 1810-1824, en su ayuda a la independencia hispanoamericana. La victoria española fue de tipo militar, pero la británica tuvo un alcance mucho mayor, pues siendo también en parte militar fue una victoria moral, una victoria mítica y propagandística en la forja y sustitución de los lugares comunes en los que se asienta la conciencia de los pueblos. Al no poder derrotar militarmente y sustituir a los pueblos hispánicos, debido a la decisiva victoria española del 5 de julio de 1807 en Buenos Aires, pasó al plan B: incendiar sus ganas de independencia, incitarlos a odiar lo que los unía y, de este modo, fragmentarlos, penetrar, robar los metales preciosos y hacerse más tarde con el control de su riqueza. Así, con la diplomacia, la cultura sesgada, la captación de españoles que consideraron propicios, aquel relato propagandístico de héroes que repelieron a la Invencible



Ataque por los ingleses a Buenos Aires (1807). Segunda invasión inglesa al Río de la Plata.

del tirano español fue actualizado para encajar interesadamente en los ideales de la Ilustración. Aquel mito de la Inquisición, estruendosamente insostenible al mínimo cotejo con la verdad histórica, y una imagen de la España decimonónica tan malvada como la del xvi, fueron resucitados exitosamente.

Así, tras la subsiguiente derrota militar de España, y tras la decepción de aquellos ingenuos emancipadores, a última hora arrepentidos, que soñaron con una nueva América unida y fuerte, el Imperio se fragmentará en bien trazados trocitos que se pauperizarán. Se convertirá en Latinoamérica, con muchas banderas e himnos enfrentados entre sí y a España, como hijos de un dios menor. En resumidas cuentas, la derrota del enemigo es completa. Triunfo total del paradigma antiespañol, también en Hispanoamérica. Si en Inglaterra sirve para mantener encendida la llama del pueblo en momentos difíciles, en el mundo hispánico es al revés, el negativo fotográfico: sirve para apagarla.

RECUPERAR LA VERDAD HISTORICA

En este sentido, es urgente desmontar este relato y recuperar una verdad histórica completamente distorsionada o sepultada bajo siete losas. Tan sepultada que será necesaria la actitud del paleontólogo que encuentra un hueso en una sima, y para el que es crucial su localización tridimensional exacta antes de su extracción, pues solo relacionándolo posteriormente con su capa estratigráfica, es decir, con su época, podrá reconstruir su pleno significado. Pues hagamos lo mismo con las acusaciones vertidas contra España, ya que una vez «paleontologizadas» y comparadas milimétricamente con las prácticas coetáneas de otros países, se convierten, de un modo realmente inesperado y palmario, por un lado en inmensos méritos españoles, y por el otro, en tremebundos bumeranes hacia los países de origen.

Pero este asunto no consiste en acumular datos, sino en tomar conciencia de lo que realmente ha pasado debido a un manejo magistral del relato, y en recuperar posteriormente la verdadera historia, porque en ella están las bases morales de la identidad y de la acción en el futuro. Por el contrario, el desconocimiento histórico pierde tales bases, imprescindibles para aquellos que jurarían que el tiempo es oro, y no dinero. Un pueblo de raíces más empáticas, amables y poderosas de lo que la propaganda dominante quiere mostrar, uno que llevó la civilización en forma de prósperas ciudades donde vivían personas nacidas allí, con hermosas plazas y avenidas, hospitales, universidades, catedrales, caminos, ley, respeto a los derechos y propiedad de los habitantes oriundos, y lo que hoy llamamos sostenibilidad. En resumen, buena vida, como manifestaron perplejos los visitantes extranjeros que allí estuvieron a millones de personas en millones de kilómetros cuadrados durante siglos.

Nadie hizo nada igual, y eso es motivo de orgullo. Aunque hay que aceptar que

**EE. UU. SE SEPARA DE INGLATERRA POR
UN ASUNTO ECONÓMICO, PERO SIN
DEMONIZARLA, SINTIÉNDOSE ORGULLOSOS**



La placa que vemos aquí arriba está en el faro de la ciudad de Rayleigh, en Essex (Inglaterra), y conmemora la batalla militar contra la Armada española en 1588.

España va a seguir siendo la malvada porque la victoria propagandística en su contra conlleva, en un devastador efecto tsunami, que haya introyectado el relato mantenido en el tiempo hasta travestirse, paradójicamente, en el enemigo derrotado, en seguidora y amplificadora de un paradigma antiespañol con marchamo de cientificidad. Máxime dada la progresión de la cultura en inglés, y su poder hegemónico en los siglos XX y XXI al mantener su unidad cultural y autoestima compartida, debido a que EE. UU. se separa de Inglaterra casi por un asunto de tipo económico, pero sin demonizarla, sino al revés, sintiéndose orgullosos de sus orígenes. Hay que decir que los norteamericanos no fueron inducidos a la independencia por reuniones secretas en Madrid.

Este paradigma, inmerso en la crucial irrupción de lo audiovisual, alcanza un poder de difusión y fijación insospechado, pues buscará generar emociones negativas hacia España, y por eso encontramos escenas de crueldad asociadas a los españoles en la filmografía anglófona. Y si una imagen vale más que mil palabras, una escena vale más que mil imágenes. Así, la propia España, inoculada con ese relato, a modo de aberrante mecanismo de defensa, de reacción anafiláctica, lo reproduce aumentado con demasiada frecuencia en películas y series históricas, en un intento de redimirse mediante la recreación de sus supuestas faltas. Y de este modo, el unido y autocomplaciente mundo WASP, gracias a su maravilloso poder novelístico, cinematográfico y televisivo, ha arrasado este campo de batalla, convirtiendo en una verdadera hazaña para España hacer cine o televisión históricos que no estén irremediabilmente influenciados por el largo y antiguo brazo de la excelente propaganda británica. ■

Grabado del buque de guerra inglés *Vanguard* atacando a la Armada Española, 1588.



LAS CONSECUENCIAS DEL **FRACASO** DE LA GRAN ARMADA

JOSE LUIS HERNANDEZ GARVI
Escritor y divulgador histórico



En un alarde de humor británico, la flota enviada por Felipe II para invadir Inglaterra y destronar a Isabel I fue llamada la Armada Invencible. Los propagandistas al servicio de la corona británica se encargaron de vender lo que fue un fracaso estratégico español como una gran victoria militar inglesa. Nada más lejos de la realidad.

Ante las dificultades de comunicación de la época nadie podía disponer de información precisa sobre la marcha de las operaciones encomendadas a la Gran Armada. Los primeros informes hablaban de una victoria española. En Francia se extendieron rumores sobre la destrucción de un gran número de barcos ingleses. Uno de ellos habría sido el galeón *Revenge*, buque insignia de Francis Drake, el pirata elevado a la categoría de héroe por la propaganda inglesa. Según algunas fuentes, una galeaza española había lanzado contra el barco enemigo una andana devastadora que lo desarboló y dejó sin gobierno. Forzado por las circunstancias, Drake habría huido en un pequeño pesquero.

NOTICIAS SIN CONFIRMAR

En medio de un mar de dudas, no se pudo confirmar la noticia sobre el destino del *Revenge*, pero otra versión de esta historia afirmaba que Drake habría perdido una pierna durante los combates y que había sido hecho prisionero. Los pocos barcos ingleses supervivientes de la derrota habían huido en desbandada mientras los navíos españoles les daban caza. Con las costas desprotegidas, los soldados de los Tercios transportados por la Armada habían desembarcado en Escocia sin encontrar oposición.

Estos más que dudosos informes fueron suficientes para que algunos celebrasen antes de tiempo la victoria aplastante obtenida por la Armada. El embajador español en París encendió una gran hoguera frente al edificio de la delegación para



Los Países Bajos conmemoraron la derrota de la Armada española con la emisión de varias monedas. Arriba, podemos ver la cara y la cruz de una de ellas acuñada en 1588 en plata.

NADIE PODÍA DISPONER DE INFORMACIÓN PRECISA Y FIABLE SOBRE LA MARCHA DE LAS OPERACIONES DE LA GRAN ARMADA

conmemorar el triunfo de las armas españolas y en Roma se alzaron voces que reclamaban el pago de la recompensa prometida por el papa si la invasión concluía con éxito. Por el contrario, Felipe II se mantuvo cauto. Los informes que empezaban a acumularse sobre su mesa no eran precisamente alentadores. En ellos, sus agentes hablaban de decenas de barcos españoles capturados o hundidos, sin comentar nada acerca del esperado desembarco de tropas en las costas inglesas.

En Londres la situación no era mucho mejor. La reina exigía a sus consejeros respuestas a las preguntas que la inquietaban, si bien los despachos que empezaban a llegar a la corte parecían prometedores. Algunos rumores aseguraban la captura de un gran número de barcos españoles cargados de un gran botín. También se decía que muchos marineros y soldados enemigos habían sido hechos prisioneros. Sin embargo, nadie podía confirmar la veracidad de esas informaciones. En medio de la confusión, lo único cierto era que los españoles se habían retirado siguiendo la costa escocesa mientras buques ingleses no les perdían de vista.

La máxima preocupación de la reina era conocer el posible destino de la Gran Armada. La flota española podía haber quedado maltrecha y desperdigada, pero el temor a una posible invasión no había desaparecido por completo. En la corte, algunos especulaban con la posibilidad de que los barcos enemigos pudieran encontrar refugio en Hamburgo, puerto amigo donde se podían reparar los barcos dañados y recibir suministros. Drake se decantó por los puertos daneses, donde el oro español pudiera servir para comprar voluntades, mientras que Charles Howard, lord gran almirante y comandante supremo de la flota inglesa, temía que la Gran Armada se reagrupara bordeando Irlanda de vuelta a España, siempre y cuando sus mandos no decidieran volver al canal de la Mancha para volver a intentarlo.

Entre conjeturas y suposiciones, se valoró un peligro aún mayor. Tal vez la retirada española respondía realmente a una estrategia bien calculada y mejor ejecutada: con esa arriesgada maniobra se buscaba engañar a los ingleses para llevarlos hacia el norte mientras dejaban el canal de la Mancha indefenso ante la fuerza de invasión que apostada en Flandes y bajo las órdenes de Alejandro Farnesio esperaba para lanzarse el asalto. Drake, preocupado ante esa posibilidad, envió mensajes a Londres advirtiendo encarecidamente para que no se bajase la guardia. Cuando el curtido pirata se vio obligado a regresar a puerto con sus barcos maltrechos por el fuerte temporal insistió en una vigilancia constante para evitar sorpresas.

PRUDENCIA ANTE LA EVIDENCIA

Con el paso de las semanas el resultado final de la Empresa de Inglaterra se hizo evidente. Felipe II leyó y escuchó con atención los informes que confirmaban el desastre mostrándose impertérrito. El monarca, fiel a la imagen que de él ha llegado hasta nuestros días, no se podía permitir ningún signo de debilidad. Por aquel entonces, era un hombre mayor, casi un anciano para los estándares de la época, al

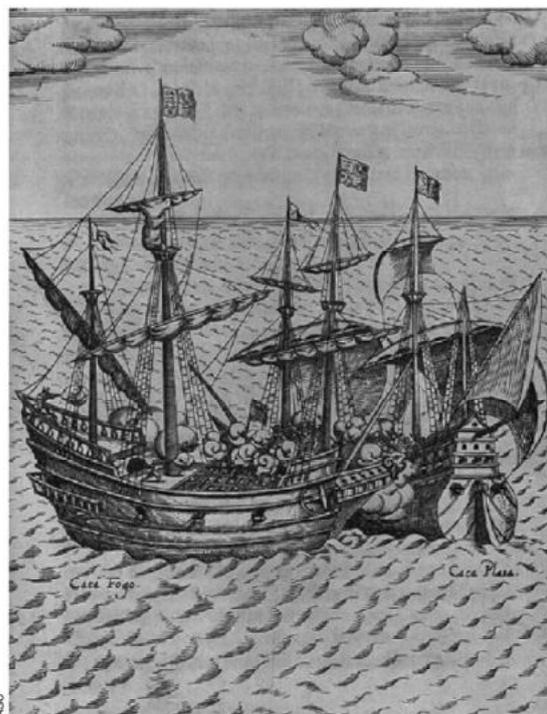
LOS CRONISTAS ESPAÑOLES SE PREOCUPARON POR **RESTAR DRAMATISMO** A UNA DERROTA EN TODA REGLA

que el peso abrumador de las responsabilidades de estado y su afán por tenerlo todo bajo control acabaron por pasarle factura. Aquejado de gota, permanecía durante largas jornadas sentado en sus oscuros aposentos, despachando con sus consejeros más cercanos sin que le diera la luz del sol. Su pelo y barba canosos enmarcaban un rostro de tonalidad cerúlea, casi cadavérica, que acentuaba sus delgadas facciones.

A pesar de la decepción por el revés sufrido, el monarca no se dejó llevar por el abatimiento. Las primeras medidas que adoptó para paliar los efectos de la de-

bacle fueron de carácter humanitario para socorrer a los supervivientes de la Armada. Siguiendo sus órdenes expresas se acondicionaron hospitales para atender a los heridos y enfermos, además de conceder pensiones a las viudas y huérfanos de los caídos. En el plano espiritual, presidió una misa de acción de gracias por los marinos y soldados que habían regresado y un réquiem en memoria de los que no tuvieron tanta suerte.

Mientras tanto, en la corte y en las calles se acusó a Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia y jefe al mando de la operación, de ser el máximo responsable de su fracaso. Los ingleses adornaron el relato presentándole como un cobarde inepto que no estuvo a la altura de las circunstancias. Sin embargo, el rey prudente, su principal valedor ante aquellos que desaconsejaron su nombramiento al frente de la Gran



Batalla entre el barco *Golden Hind* de Francis Drake y el barco español *Cacafuego*, de Levinus Hulsius

Armada, decidió que lo mejor era contemporizar mientras los ánimos se calmaban. Tras recuperarse de sus padecimientos físicos y anímicos, el monarca decidió apartar discretamente al duque del foco de atención.

De la misma forma que los ingleses convirtieron un golpe de suerte en una gran victoria, los cronistas españoles se preocuparon por restar dramatismo a lo que parecía una derrota en toda regla. En su momento circularon historias con las que se quiso resaltar el sometimiento del monarca a la voluntad de Dios. Una de ellas afirmaba que un día, tras rezar en la Capilla Real del Monasterio de El Escorial, Felipe II tomó del altar un gran candelabro de plata que prometió fundir para ayudar a financiar una nueva expedición contra Inglaterra. Pero la más conocida es la que



Miguel de Oquendo fue nombrado teniente de la Gran Armada, para complementar los pocos conocimientos marinos de Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia.

TRISTE ESTAMPA

La llegada de los barcos supervivientes de la Gran Armada a puertos seguros del norte de España supuso un dramático epílogo para la Empresa de Inglaterra. Los buques, vapuleados por el temporal, las escaramuzas y las penurias sufridas a lo largo de la travesía, ofrecían un aspecto lamentable. Sus tripulaciones no estaban mucho mejor. Con las provisiones agotadas o echadas a perder, muchos marineros, agotados por el esfuerzo, habían pasado los últimos días de travesía sin comer ni beber.

Aquellos que los recibieron en los puertos de acogida contemplaron la triste estampa de una derrota infligida por una combinación de factores. El duque de Medina Sidonia, el denostado comandante en jefe de la Gran Armada, llegó a bordo del galeón *San Martín*. La mitad de su tripulación, casi 200 hombres, había muerto por culpa de los estragos causados por el escorbuto, el tifus y la gripe. El propio almirante, gravemente enfermo, tuvo que ser ayudado a desembarcar.

En las costas de La Coruña recaló el galeón *San Juan*, buque insignia del almirante Juan Martínez de Recalde, comandante de la flota de invasión. Su barco, cargado con supervivientes de varios naufragios, llegó a duras penas después de quedar aislado y batirse con varias naves enemigas. Exhausto y febril, Recalde murió a los pocos días de pisar tierra. El guipuzcoano Miguel de Oquendo, teniente de la Gran Armada y asesor del duque de Medina Sidonia, desembarcó enfermo de tifus. Mientras agonizaba en su casa de San Sebastián, su nave, el galeón *Santa Ana*, sufrió un incendio que alcanzó la santabárbara y lo hizo estallar en mil pedazos. La explosión se cobró la vida de un centenar de tripulantes.

le atribuye la famosa frase de «Envié mis naves a luchar contra hombres, que no contra las olas y vientos enviados por Dios».

A finales de septiembre los ingleses pudieron respirar tranquilos al confirmarse la retirada de la Gran Armada. Desaparecido el temor a una inminente invasión, las calles de pueblos y ciudades se llenaron de gente exultante dispuesta a celebrar lo que la propaganda empezaba a vender como una gran victoria para mayor gloria de Inglaterra. Sin embargo, la reina y sus consejeros siempre tuvieron claro que el resultado de la expedición había sido estratégicamente indeciso. Aun así, había que seguir explotando el relato triunfal porque la próxima vez tal vez no tuvieran tanta suerte.

Para asegurarse de que Dios siguiera estando del bando inglés, Isabel celebró una espléndida ceremonia de acción de gracias en la catedral de San Pablo. La reina presidió un gran desfile que recorrió las principales calles de Londres engalanadas para la ocasión con banderas y estandartes. Durante el recorrido fue vitoreada por un pueblo entusiasta mientras la soberana saludaba desde la carroza sin que el pálido emplasto de su rostro se resquebrajase. A su llegada a la catedral escuchó un sermón que elogió la sabiduría de Dios al ponerse de su parte. A continuación, se reclinó mientras el coro cantaba un himno cuya letra había escrito ella misma:

«Hizo que los vientos y las aguas se levantaran
para dispersar a todos mis enemigos»

En aquellos días, los ingleses seguían creyendo que la retirada de la Gran Armada se había debido a una afortunada combinación de mal tiempo y buena suerte. La reina y sus consejeros tampoco tuvieron clara su supuesta victoria sobre los españoles. Los nombres de Howard, Drake y Hawkins, que fueron presentados como héroes al infligir una aplastante derrota sobre un enemigo malvado y muy superior, ni siquiera eran populares. Al fin y al cabo, lo que importaba era que Inglaterra se había salvado. El relato sobre la Armada Invencible y la intervención decisiva de los marinos y barcos ingleses fue elaborado posteriormente, restando importancia a la intervención de los elementos.

TEMOR LATENTE

Las hostilidades entre Inglaterra y España no terminaron con el fracaso de la Gran Armada. La guerra se prolongó con enfrentamientos esporádicos durante varios años más. El Caribe, las Azores o las costas irlandesas fueron escenarios de encarnizados combates que tuvieron como protagonistas a los galeones de ambos bandos. Pero entre todos ellos destacó el episodio de la expedición de la Contraarmada, también llamada con cierta retransca la Invencible inglesa, aunque la historiografía británica ha preferido denominarla Expedición Drake-Norris para evitar odiosas comparaciones.

En 1589, la reina Isabel movilizó una flota compuesta por 200 embarcaciones de todo tipo y más de 25 000 hombres que puso bajo el mando de Francis Drake. Su objetivo era atacar las costas españolas del Cantábrico donde se habían refugiado los restos de la Gran Armada para asestar un golpe definitivo a su capacidad de combate. Sin embargo, al hasta entonces admirado Drake le vino demasiado grande una empresa para la que no estaba preparado. Al almirante inglés le había ido bastante bien como el pirata que era, pero carecía de la capacidad de liderazgo necesaria para coordinar una operación de esa envergadura.

LOS INGLESES CREÍAN QUE LA RETIRADA SE HABÍA DEBIDO A UNA AFORTUNADA COMBINACIÓN DE MAL TIEMPO Y SUERTE

La Contraarmada, superior en cifras a la flota enviada por Felipe II para invadir suelo inglés, se enfrentó a los mismos problemas que habían sufrido los barcos españoles durante la Empresa de Inglaterra. El mal tiempo, los problemas de logística, la inexperiencia de las tripulaciones y tropas embarcadas, las epidemias y la enconada resistencia de gallegos, castellanos y portugueses defendiendo los muros de La Coruña y Lisboa frente al asalto enemigo, acabaron con el sueño inglés de cobrarse justa revancha por el miedo pasado un año antes.



ASC

Grabado del naufragio de uno de los barcos de la Armada: frente a la costa irlandesa está luchando contra los elementos.

El coste final de esta aventura fue una derrota sin paliativos que superó con creces al desastre español y del que el orgullo británico no ha querido hablar demasiado desde entonces.

A pesar del fracaso de la Gran Armada, el poderío naval español apenas se vio afectado y se recuperó rápidamente hasta alcanzar los niveles de eficacia anteriores al desastre. Las flotas de Indias seguían llegando regularmente sin que los barcos piratas ingleses supusieran una seria amenaza. Confiado en sus propias fuerzas, Felipe II no renunció a la posibilidad

de un segundo intento de invasión de Inglaterra. A finales de 1596 se envió una segunda armada compuesta por un centenar de navíos con rumbo al canal de la Mancha. Las fechas en las que partió la expedición no eran las más idóneas, con el invierno encima y la amenaza de temporales en el horizonte. Pero la impaciencia del rey forzó una situación que por culpa de los elementos tuvo que suspenderse a la altura del golfo de Vizcaya.

Incansable ante el desaliento, Felipe II ordenó una tercera tentativa en el otoño del año siguiente. En esta ocasión, la flota estaba formada por cerca de doscientos barcos de guerra y transporte con más de 12 000 hombres a bordo que debían desembarcar en las costas inglesas. A pesar de que se intentaron corregir errores anteriores, las condiciones climáticas volvieron a ser decisivas y una fuerte tormenta desatada a la altura del cabo Lizard, en Cornualles, obligó a suspender toda la operación. Un contingente formado por 400 soldados logró establecer una



Ilustración coloreada (1850) publicada por George Routledge & Sons. Inglaterra transformó en un triunfo épico y patriótico su «victoria» con textos, imágenes y discursos.

LA PROPAGANDA DE LAS IMÁGENES

La historiografía inglesa se ha encargado de presentar al barón Howard de Effingham como el artífice de la supuesta victoria militar sobre la Gran Armada. Su vanidad le llevó a guardar un registro en imágenes de los acontecimientos más destacables de la Empresa de Inglaterra desde la perspectiva de los que a partir de entonces se creyeron invencibles en el mar.

El almirante Howard supervisó la realización de detallados mapas, gráficos, pinturas y tapices que además de aportar un testimonio visual del acontecimiento pudieran servir como soporte para construir un relato épico sobre la participación de la flota inglesa. Entre toda esta memoria gráfica propagandística destacó una decena de grandes tapices encargados a artistas holandeses que siguieron las descripciones de lord Howard para recrear una batalla idealizada que nunca llegó a producirse. En los márgenes de cada una de las imágenes aparecían los retratos de los principales capitanes ingleses, mientras él se reservó una orla central en la parte superior.

Los tapices fueron expuestos en los salones del palacio que el almirante poseía en Londres hasta que en 1616, acosado por sus acreedores, tuvo que venderlos para pagar sus deudas. El comprador fue Jacobo I de Inglaterra, sucesor de la reina Isabel, que colgó su adquisición en la Cámara de los Lores, situada en el ala sur del Palacio de Westminster. Al final de la década de los años treinta del siglo XVIII, el artista y cartógrafo John Pine, preocupado por el lamentable estado de conservación de los tapices, decidió realizar unos grabados lo más fieles posible al modelo original.

Las copias aparecieron publicadas en 1739 y sirvieron para reafirmar el relato de la victoria en la memoria colectiva de los ingleses. El trabajo de Pine fue providencial, pues el 16 de octubre de 1834 se produjo un voraz incendio en el Palacio de Westminster que redujo a cenizas los tapices.

LOS QUE PUDIERON RESULTAR MÁS BENEFICIADOS POR LA GUERRA ANGLO-ESPAÑOLA FUERON LOS HOLANDESES

cabeza de playa y tomar posiciones cerca del puerto de Falmouth, pero después de dos días sin recibir refuerzos fue reembarcado sin contratiempos.

Hubo un cuarto intento en 1601, con Felipe III ocupando el trono español, aunque en realidad no se trató de una invasión en sentido estricto. Bajo la premisa de que los enemigos de mis enemigos son mis amigos, una fuerza de 5000 soldados españoles desembarcó en Kinsale, en la costa meridional de Irlanda, en apoyo de los líderes nacionales irlandeses Red Hugh O'Donnell y Hugo O'Neill que se habían rebelado contra la ocupación inglesa. Las tropas españolas mantuvieron sus posiciones durante tres meses, hasta que rodeados y sin recibir refuerzos fueron obligados a rendirse.

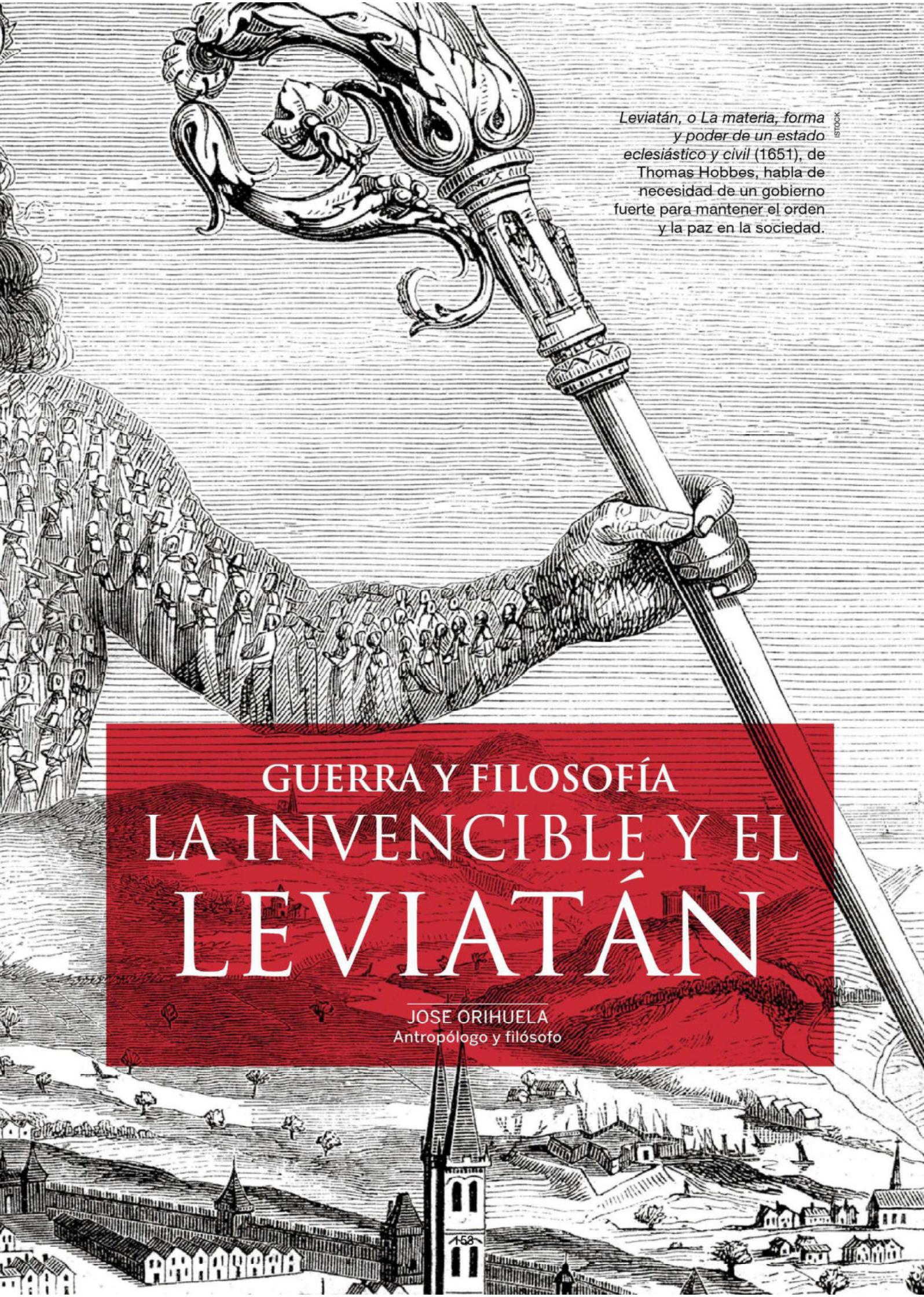
RESULTADO EN TABLAS

La guerra anglo-española se alargó tres años más sin que se produjeran avances significativos por ninguna de las dos partes. Ambos bandos estaban cansados de un conflicto sin victorias decisivas que les pudieran proporcionar ventaja sobre el otro y que había tenido un coste en vidas y barcos demasiado alto. Francis Drake, el mitificado héroe inglés, había muerto a consecuencia de unas fiebres contraídas durante una expedición a las Indias Orientales en el invierno de 1595. Felipe II había fallecido en 1598 y su irreductible rival, Isabel I de Inglaterra, cinco años después. Ninguno pudo ver el final de una guerra que se escenificó el 28 de agosto de 1604 con la firma del Tratado de Londres por parte de los representantes de Felipe III y Jacobo I de Inglaterra.

De esta forma se rubricó el final de un conflicto que no se cerró de una manera concluyente. Después de nueve años de guerra no hubo territorios que cambiasen de soberanía. El equilibrio naval y militar entre las dos potencias tampoco experimentó grandes variaciones. Ninguno de los bandos impuso sobre el otro un dominio absoluto del mar ni se obtuvieron ventajas estratégicas. En todo caso, los que pudieron resultar más beneficiados fueron los rebeldes holandeses que al otro lado del canal de la Mancha luchaban por su independencia del dominio español. Después de continuos reveses militares sobre los campos de batalla de Flandes, donde los Tercios se mostraban invencibles, el fracaso de la Gran Armada les hizo recuperar cierta esperanza en que no todo estaba perdido. Si algo había quedado demostrado es que los españoles también eran vulnerables a la derrota, aunque para ello se hubiera necesitado la ayuda de los elementos.

En un plano estrictamente militar, los combates navales que se produjeron durante la guerra anglo-española de 1585 a 1604 introdujeron algunos cambios significativos. Por primera vez, las batallas en el mar se libraron principalmente con duelos artilleros, sin recurrir a los tradicionales enfrentamientos en los que los barcos se embestían unos contra otros para decidir el combate en una lucha cuerpo a cuerpo. Fue el principio de una nueva era en la guerra naval, en la que la maniobrabilidad, la velocidad y la potencia de fuego serían decisivas. ■





Leviatán, o La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil (1651), de Thomas Hobbes, habla de necesidad de un gobierno fuerte para mantener el orden y la paz en la sociedad.

GUERRA Y FILOSOFÍA LA INVENCIBLE Y EL LEVIATÁN

JOSE ORIHUELA
Antropólogo y filósofo

Cada acontecimiento de la historia humana está íntimamente conectado con los que le antecedieron, los que le son contemporáneos y también por las expectativas generadas respecto al futuro. Y a esta suerte de ley cultural no escapan desde luego ni la incursión naval que la flota imperial española realizó en 1588 con objeto de derrocar a Isabel I de Inglaterra ni tampoco la formulación filosófico-política de Thomas Hobbes, nacido precisamente en tan señalada fecha. Además, no se nos debe escapar que el acontecimiento bélico acaecido a finales del siglo XVI influyó en la conformación del carácter del pensador inglés y, por ende, en su concepción desarrollada en el siglo siguiente del poder y del origen de este en base a determinadas características de una supuesta naturaleza humana previa al establecimiento de la sociedad civil.

LA CONCEPCION ESTRATEGICA DE UN GIGANTE CON LOS PIES DE BARRO

La denominada por los ingleses «Armada Invencible» (una expresión no exenta de irónica burla en vista del resultado final de la empresa, pues por parte del imperio español se denominó la «Grande y Felicísima Armada») fue una flota enviada por Felipe II con el objetivo de derrocar a Isabel I de Inglaterra y restaurar el catolicismo en el territorio insular. Un evento que se enmarca en el contexto de las tensiones geoestratégicas en que se ven involucradas las potencias europeas desde que al principio de la modernidad surgen las naciones-Estado.

Lo cierto es que Felipe II (1527-1598) heredó de su padre Carlos I de España y V de Alemania el primer imperio global de la modernidad, con posesiones donde



Isabel I y la Armada española, cuadro atribuido a Nicholas Hilliard. El óleo muestra la batalla de las Gravelinas el 8 de agosto de 1588.

EL ACONTECIMIENTO BÉLICO OCURRIDO A FINALES DEL SIGLO XVI INFLUYÓ EN EL CARÁCTER DEL PENSADOR INGLÉS

literalmente nunca se ponía el sol al abarcar territorios europeos, africanos, americanos y asiáticos bañados por el mar Mediterráneo y por los océanos Atlántico y Pacífico. Precisamente la década que transcurre entre 1571 con la victoria de Lepanto y culmina en 1580 contempla la cumbre del poder del rey católico, cuando a sus posesiones en Nápoles, Milán, Borgoña, Sicilia, Cerdeña, Países Bajos y las que le correspondían como rey de España en el norte de África, América y el Pacífico, une las del Imperio portugués. Si a ello unimos sus lazos sucesorios con Inglaterra e Irlanda, podemos afirmar sin temor a equívoco que fue el monarca que mayor poder concentró en la historia de la humanidad hasta ese momento.

Pero esta herencia, fruto de la política de alianza forjada por los Reyes Católicos



Grabado de Felipe II. El *Leviatán* de Hobbes justifica un poder absoluto y centralizado como el que ejerció Felipe II.

en su intento de aislar a Francia y convertir a España en la potencia hegemónica de Europa, tenía un punto débil. En efecto, el mismo año en que el recién nombrado rey obtiene la gran victoria de San Quintín se ve a la par obligado a declarar la bancarrota, la primera de las tres que tuvo que proclamar durante su reinado. En efecto, Felipe disfrutó de un gran poder a la vez que padeció la pesada herencia de las deudas contraídas por su padre para mantener las guerras en que los intereses de los Habsburgo habían involucrado a España. De esa forma, el inmenso premio gordo de la lotería histórica que le había caído en suerte a la unión de Castilla y Aragón con el descubrimiento de América fue pasando progresivamente al bolsillo de banqueros alemanes e italianos, tales como los Fugger, los Welser o los Spínola. A modo de ilustración de

esta deriva, digamos que en 1539 la deuda asciende al millón de ducados y en 1551 alcanza prácticamente los siete millones, estando comprometidos durante dos años los ingresos procedentes de América. Así se explica cómo los recursos del Imperio pasarán a circuitos económicos que terminarán financiando el futuro desarrollo de otros lugares de Europa en detrimento de la península ibérica.

Por otro lado, Felipe también hereda de su padre la concepción del Sacro Imperio Romano-Germánico, ahora encarnado en la monarquía global hispano-portu-

EN FEBRERO DE 1588, LA MUERTE DE BAZÁN OBLIGARÍA A SU SUSTITUCIÓN POR EL DUQUE DE MEDIA SIDONIA

guesa, precisamente en una época en la que el sueño medieval era sustituido por el auge de los Estados nacionales que configurarán la Edad Moderna. Mas todas estas circunstancias se aglutinaban en el tejido profundo de la historia, ajeno a las miradas superficiales. Es por ello que el sol de San Quintín tiene una deslumbrante continuación en 1571 con la gran victoria de Lepanto. Y si el combate terrestre significó la subyugación temporal de Francia, este éxito naval supuso la conjuración del peligro de expansión otomana por el Mediterráneo.

En ese contexto histórico, hay varias razones que explican el envío de una poderosa armada a Inglaterra. En primer lugar, la imposibilidad de renunciar a un control sobre las islas británicas que tuvo en su mano en el período de su matrimonio con María I Tudor entre 1454 y 1458 y que se esfumaba a ojos vista con la política de la sucesora Isabel I, que volvió a impulsar la Iglesia anglicana y además hostigaba las posesiones americanas, incentivando lo que podríamos llamar una piratería de estado mediante el concurso de corsarios como John Hawkins o Francis Drake. En segundo lugar, la tutela sobre las islas permitiría mantener el cerco a Francia, el entonces gran rival continental de la corona española. En tercer lugar, porque tener a Inglaterra como aliado contribuiría al aislamiento del movimiento secesionista en los Países Bajos.



La batalla de Lepanto (1571), entre la flota otomana y la flota cristiana, que fue la vencedora.

de Álvaro de Bazán, almirante de la flota de Lisboa que se decantaba por el envío de una gran armada para invadir Inglaterra. De esa forma, la flota de Bazán se reuniría con las tropas de Farnesio y derrocarían a Isabel I a la par que restituirían el catolicismo en aquel territorio.

La muerte de Bazán en febrero de 1588 obligaría a su sustitución por el duque de Media Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán, hombre sin experiencia naval que tuvo que aceptar el encargo a pesar de manifestarse no idóneo para el puesto. Lo cierto es



Duelo a garrotazos (1820-1823) Francisco de Goya y Lucientes. Esta pintura pertenece a la serie de *Pinturas Negras* por el uso que en ellas se hizo de pigmentos oscuros y negros.

que una combinación de factores, al parecer el principal debido a una interrupción de comunicaciones entre España y los Países Bajos que provocó que cuando la flota estaba en ya en mares ingleses las fuerzas de Farnesio aún no habían zarpado, obligaron a que tras episodios bélicos entre las flotas española e inglesa en el canal de la Mancha, la isla de Wight, el Paso de Calais y el Mar del Norte, la «Grande y Felicísima Armada» se viera obligada a regresar bordeando la parte oeste de las islas británicas.

LA FUNDAMENTACION DEL ESTADO EN BASE A UNA CONCEPCION PESIMISTA DE LA NATURALEZA HUMANA

Como ya hemos dicho, Thomas Hobbes nació en el mismo año en el que la flota española asaltaba las costas británicas y murió a la avanzada edad de noventa y un años en 1679. Fue el suyo un nacimiento prematuro provocado por el temor que suscitó en su madre la noticia de un inminente peligro de invasión por parte de la Armada Imperial española. De ahí que ya sea famosa la afirmación de Hobbes de que su madre tuvo dos gemelos, él mismo y el miedo.

Qué duda cabe que esa atmósfera de pánico en la que se desarrolló la infancia del futuro teórico debió influir en la visión que posteriormente plasmará en su famosa obra *Leviatán*, donde afronta la cuestión referida al origen y la organización de la sociedad en base a una concepción pesimista de la naturaleza humana resumida en la ya famosa expresión «el hombre es un lobo para el hombre» («*homo homini lupus*»). De esa forma, mientras comparte con Rousseau la visión contractualista del Estado, según la cual la sociedad organizada es producto de un pacto, en tanto que el pensador suizo considera que dicho contrato aleja al ser humano de un estado de naturaleza donde se manifiesta su intrínseca bondad natural para el pensador inglés ese acuerdo es lo único que evita un estado de anarquía y lucha incesante que emana de la condición violenta y egoísta de nuestra especie.

Hobbes parte de la premisa de que en el estado natural todos los seres humanos son iguales, con los mismos deseos y los mismos fines. Solo que el deseo se basa en una

DEL LEVIATÁN AL CONTRATO SOCIAL: DOS VISIONES ANTAGONICAS BASADAS EN UNA FALACIA COMÚN

Habitantes de dos siglos distintos, Thomas Hobbes (1588-1679) en el *Leviatán* (1651) y Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) en *El contrato social* (1762) formularon dos visiones del ser humano y de su vida en sociedad que han campado por sus respetos a lo largo de la historia de la cultura humana hasta nuestros días. Ambos puntos de vista, el del inglés y el del suizo, se encuentran en la base de las dos posturas antropológicas que sustentan en líneas generales buena parte de los movimientos que se autodenominan respectivamente conservadores y progresistas en nuestro mundo actual.

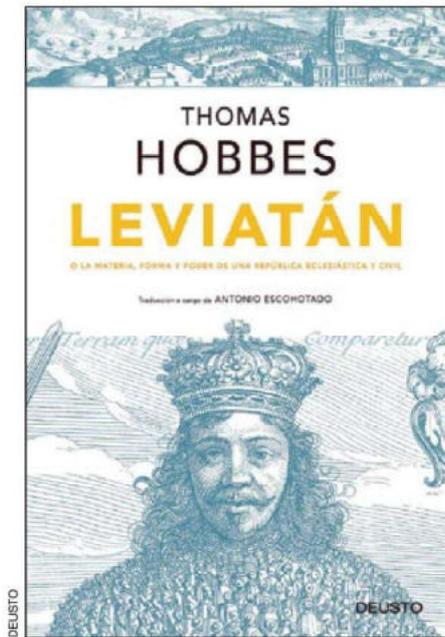
El primero y el segundo formularon respectivamente la tesis de que el hombre es un lobo para el hombre y la idea del buen salvaje. Las dos concepciones parten de que existió un supuesto estado de naturaleza en el que al parecer los hombres deambulaban por el mundo en un estado de olímpica soledad, lo que obliga a plantearse cómo y por qué surgió la sociedad y la civilización. Y es ahí donde nuestros dos autores se separan de modo irreconciliable.

El intento de la Armada española enviada por Felipe II para invadir las islas británicas influyó en el carácter de Hobbes y le hizo concebir la idea de que el hombre es por naturaleza un depredador egoísta que para escapar de una espiral de conflictos que ponen en riesgo su existencia y la de cuantos le rodean no tiene más remedio que recurrir al poder ortopédico del Estado, surgido de un pacto por el que los individuos suspenden su guerra total mediante la dejación de la violencia en favor de un monopolio detentado por la autoridad política. Luego sin la tutela de un poder político omnímodo la triste condición de los seres humanos nos empujaría a aniquilarnos los unos a los otros.

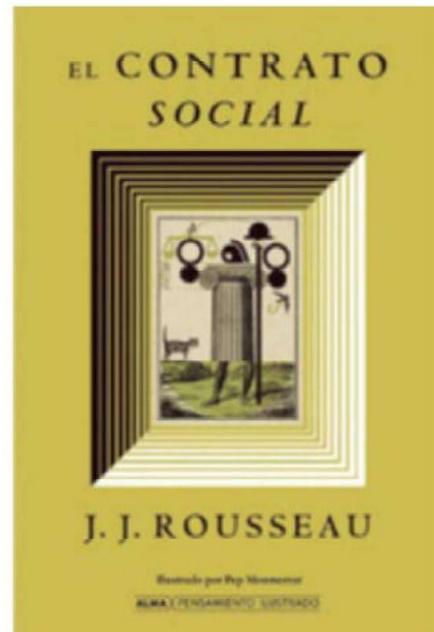
Por su parte, Jean-Jacques Rousseau vio las cosas de otra manera. Según su punto de vista, en el estado de naturaleza el hombre es feliz y vive cargado de bondad, pero cuando tuvo que acometer una serie de empresas que requerían la colaboración mutua recurrió a un pacto por el cual cada individuo bueno y libre renunció a ciertas parcelas de esa libertad mediante un contrato social con el poder político. No pregunten por la crueldad que observamos en algunos actos del hombre, porque él no es responsable de esa perversidad sino la sociedad que corrompe su esencia naturalmente buena.

En resumidas cuentas, sea para protegerse de su maldad o para unir sus bondades, lo cierto es que el imaginario y nunca existente en la realidad hombre presocial se vio obligado a establecer un pacto. Y o bien la sociedad le protege de su propio yo maligno o es su yo bondadoso el que corre el riesgo de corromperse por la influencia de lo social. Fijémonos en que ambas concepciones beben de una raíz solipsista en la que el individuo es considerado como un ser aislado y la sociedad como un artificio inevitable.

Y aunque la propia historia humana constituye la más profunda refutación de esa hipótesis de la existencia de un estado de naturaleza, pues el ser humano es producto de un proceso evolutivo donde los caracteres genéticos han ido reconfigurándose en virtud de los distintos ecosistemas naturales y sociales (hasta que en un momento dado la evolución genético-natural ha pasado a ocupar un lugar muchas veces subalterno respecto a la selección cultural), y es precisamente esa plasticidad de su conducta junto a su actividad técnica la que le permite adaptarse a los más distintos ambientes, no por ello es menos cierto que en las estructuras ideológicas de nuestra civilización siguen campando por sus respetos las visiones tan antagónicas como carentes de base científica que postularon Hobbes y Rousseau en plena Edad Moderna.



Cubiertas de *Leviatán*, de Hobbes (izquierda), y *El contrato social*, de Rousseau (derecha). Hobbes defiende un poder absoluto para garantizar el orden frente al caos humano natural, mientras que Rousseau propone una democracia basada en la voluntad general del pueblo para preservar la libertad e igualdad.



actitud egoísta de acumular el poder para apropiarse de cuantas más cosas mejor y el fin primero es evitar la muerte violenta. Esos son los dos postulados que están a la base de la ciencia política: la avidez natural (*cupiditas naturalis*) por la que cada cual pretende para sí los bienes comunes y la razón natural (*ratio naturalis*) por la que se trata de evitar a toda costa la muerte causada por medios violentos.

Por eso, de modo inevitable, el estado natural del ser humano es una competencia de todos contra todos y la única forma de evitar tal estado de cosas es la instauración de un Estado que proporcione seguridad mediante la subordinación voluntaria de todas las personas a una única autoridad. Ese es el tema fundamental de su obra *Leviatán* (1651), y de esta forma el soberano absoluto detenta legítimamente el poder mientras cumpla con el pacto que ha establecido con el resto de los miembros de la sociedad, a saber, mantener el orden social y regular con cuantos medios tenga a su alcance esa lucha de todos contra todos a la que el hombre está condenado por su propia naturaleza. Es un contrato social generado por el terror a la muerte que persigue al hombre en el estado de naturaleza. Por ello sostiene que la soberanía debía ser absoluta, para lograr la salvaguarda del daño que los seres humanos pueden hacerse unos a otros, siendo esa la única razón que legitima la institución del gobierno. Es preciso que los derechos naturales cedidos voluntariamente nunca puedan ser recuperados y que el Estado sea omnipotente además de única fuente del derecho y de la moral.

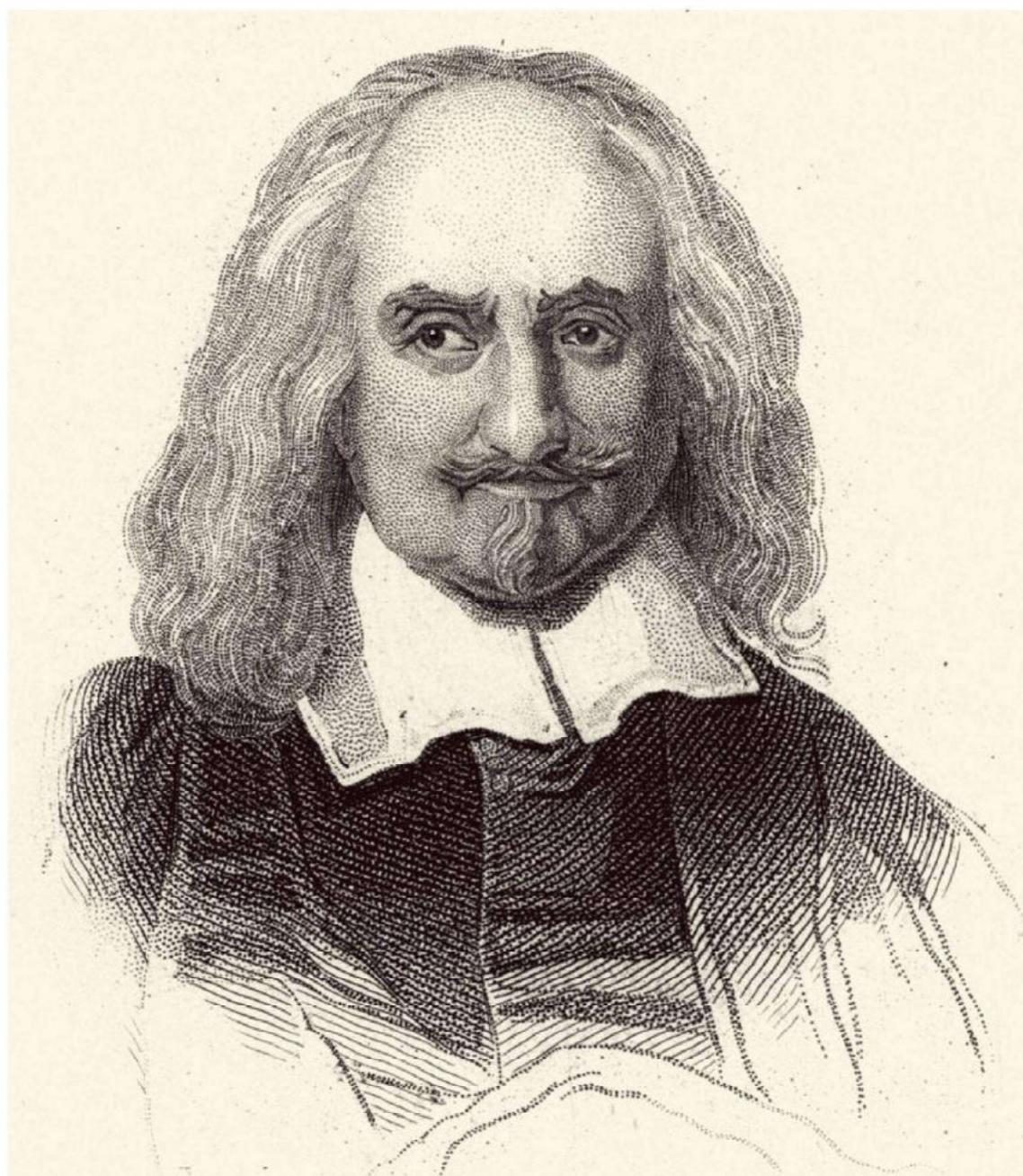
En lo que respecta a los Estados como entidades individuales, su situación en el tablero geopolítico es la misma que la de los individuos en el estado natural. Es decir, que litigan unos contra otros y entre ellos la guerra es inevitable. Es la guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*). Una afirmación

LA SOBERANÍA DEBÍA SER ABSOLUTA PARA SALVAGUARDAR DEL DAÑO QUE LOS SERES HUMANOS PUEDEN HACERSE ENTRE ELLOS

extraída de la observación por parte de Hobbes de los conflictos que de forma casi permanente protagonizaron las potencias europeas desde el momento de su nacimiento hasta el de su desaparición.

CONCLUSION: LA INVENCIBLE, EL LEVIATAN... Y NUESTRO MUNDO

En primera instancia parece claro el hecho de que existe una relación entre la Gran Armada que Felipe II envió en 1588 para invadir Inglaterra y la atmósfera de pánico en la que se desarrolló la infancia de Hobbes por causa de ese enfrentamiento. Es un episodio que se enmarca en la guerra anglo-española que se dilata



Retrato de Thomas Hobbes, de William Humphrys. Se dice Hobbes nació de forma prematura debido al miedo que le causó a su madre la noticia de la llegada de la Armada española.

LA ARMADA ESPAÑOLA Y EL LEVIATÁN SE ENCUENTRAN UNIDOS EN TEMAS QUE AFECTAN A LA NATURALEZA DEL PODER

desde 1685 hasta 1604, es decir, hasta que Thomas Hobbes cumple los dieciséis años. No es por tanto nada descabellado inferir que ese hecho histórico marcó en buena medida el carácter del pensador inglés e influyó en su concepción de que el hombre era por naturaleza un depredador egoísta y el pretendido estado de naturaleza no fue sino una pesadilla en la que reinaba una sorda pugna de todos contra todos. Y así surge el *Leviatán*, producto del pacto por el que los seres humanos renuncian a la violencia individual en favor del monopolio de la misma por parte del Estado.

Pero con esta apreciación no finaliza el conjunto de relaciones que podemos establecer entre el acontecimiento bélico protagonizado por la Invencible y el contenido del *Leviatán*. De hecho, el conflicto que Inglaterra y España protagonizan en ese momento de la historia contribuye sin duda a conformar la visión de Hobbes respecto a que la pugna entre naciones no es sino un reflejo de la que se establece en el estado de naturaleza entre los seres humanos individualmente considerados.

Incluso, podemos entender que de la decisión de Felipe II de invadir Inglaterra se puede realizar una lectura hobbesiana, en el sentido de que es un intento de restablecer un orden alterado por la política anticatólica y antiespañola promovida por Isabel I. Lo que no dejaría de suponer, a la postre, una forma de tratar de establecer una autoridad soberana de carácter mundial que en cierto modo mitigara en la medida de lo posible esa situación de conflicto permanente a la que los estados nacionales estaban abocados al no establecer un mecanismo político superior que jugara en relación a ellos el papel que ellos mismos desempeñaban respecto de los miembros de sus respectivas sociedades.

Desde este punto de vista el fracaso de la expedición militar propugnada por el soberano español sería a la vez la derrota de un intento de establecer una suerte de *pax romana* en la primera fase de la modernidad, pues no logró evitar un estado de guerra que se prolongaría durante todo el siglo XVII con ese primer conflicto mundial que fue en realidad la denominada Guerra de los Treinta Años (1618-1648), del que Hobbes fue testigo y que no contribuyó sino a ratificar sus opiniones sobre la relación entre las naciones.

En suma, creemos que no queda sino reafirmarnos en la idea de que la relación existente entre la expedición de la denominada Armada Invencible y el pensamiento de Thomas Hobbes constituye un ejemplo de cómo cada acontecimiento de la historia humana está íntimamente conectado con los que le antecedieron, los que le son contemporáneos y también por las expectativas generadas respecto al futuro. De suerte que la Invencible y el *Leviatán* se encuentran inevitablemente unidas en temas que afectan a la naturaleza del poder, la dinámica entre las potencias que comparten un determinado escenario geopolítico y, algo que está de rabiosa actualidad, la necesidad de encontrar un equilibrio de poder que evite que nuestro mundo sucumba a la espiral de conflictos bélicos de consecuencias cada vez más catastróficas a la que aparece abocado. ■

ES
PÍ
AS

LA GUERRA EN LA SOMBRA

ALBERTO DE FRUTOS
Periodista y escritor



NATIONAL PORTRAIT GALLERY, LONDON

Sir Francis Walsingham fue un político inglés, secretario principal de la reina Isabel I de Inglaterra. Es conocido popularmente como su «jefe de espías». Del pintor John De Critz el Viejo



Vista panorámica de París en 1588, desde los tejados del Louvre, con el Pont-Neuf en construcción (1890), de Theodor Josef Hubert Hoffbauer.

Desde Londres, París, Bruselas o Lisboa, los espías de Felipe II prepararon el terreno para la Gran Armada, mientras Francis Walsingham, secretario de Estado de Isabel I, trataba de anticiparse a sus movimientos. En 1588, no solo los elementos doblegaron la voluntad del monarca español, sino también los espías del enemigo.

Los ojos y oídos de Felipe II en Londres, los del embajador Bernardino de Mendoza, se ocluyeron en 1584, tras ser expulsado de la isla por su apoyo a la trama de Francis Throckmorton, uno de los muchos y frustrados planes católicos para deponer a Isabel I y coronar en su lugar a María, reina de Escocia. El mismo embajador se despidió de la corte que lo había declarado persona *non grata* con estas palabras: «Bernardino de Mendoza no nació para afrentar países, sino para conquistarlos».

Durante su misión, iniciada seis años atrás, el diplomático forjó una compleja red de información, sin que su marcha arruinara lo ya sembrado. Así, un buen número de sus agentes sobrevivió a la persecución de Francis Walsingham, el hábil secretario de Estado de la reina. Ese fue el caso de Pedro de Santa Cruz, quien siguió remitiendo despachos a su superior cuando este, lejos ya de Westminster, sentó plaza en la embajada de París. En 1587, encontramos su nombre en los archivos del High Court of Admiralty junto con el de Francisco Castrillo, testificando bajo la acusación de ser «agentes del rey de España». A su vez, los avisos del portugués Antonio de Vega revelan la psicosis que se vivía en Londres en los meses previos a la proyectada invasión: «Ahora temen mucho que los preparativos de Su Majestad se utilicen contra este país, y esperan la llegada de sus fuerzas en mayo. Por lo tanto, se están preparando tanto por mar como por tierra».

**LA MAYORÍA DE ESPÍAS AL SERVICIO DEL REY
CONSERVARON EL ANONIMATO, PERO LOS
LEGAJOS DAN CUENTA DE SU LABORIOSIDAD**

AL ACECHO

Pero no hablamos solo de un grupo reducido de españoles o portugueses, ni de los mercaderes que recalaban en el puerto con noticias frescas o mensajes cifrados, ni de los camareros que fisgaban tras la puerta de una fonda. Sir Edward Stafford, todo un miembro del Parlamento y embajador en París desde 1583, recibió dos mil coronas de manos del mediador católico Charles Arundell para informar a Bernardino de Mendoza de lo que se estaba cocinando en la corte inglesa. Lo hizo con el sobrenombre de Julio, y su identidad permaneció oculta durante 450 años, hasta que el cruce de cientos de referencias gracias a las nuevas tecnologías le puso rostro. En *Espías del Imperio*, Fernando Martínez Laínez precisa que uno de sus informantes fue nada menos que su cuñado y lord gran almirante

Howard de Effingham, arquitecto de la derrota de la Gran Armada, «que proporcionó datos sobre el potencial artillero de la flota inglesa, quizá inadvertidamente».

Como es lógico, la mayoría de espías al servicio de Felipe II conservaron el anonimato, pero los legajos de los archivos dan cuenta de su laboriosidad. En Simancas, por ejemplo, las secciones Estado K y Estado Castilla y Portugal nos permiten poner el foco en las capitales más «calientes» del espionaje español: por un lado, París, donde Bernardino de Mendoza siguió haciendo de las suyas tras su expulsión de Londres, y, por otro, Lisboa, donde el capitán general del Mar Océano, el marqués de Santa Cruz, ultimaba la flota de asalto. Si el soplo era enjundioso, tanto el uno como el otro se lo notificaban al rey, que obraba en consecuencia, si bien, a menudo, este no quedaba muy satisfecho con los partes; tras el fracaso de la «Inven-



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

La ropa de la época no solo mostraba riqueza, sino también el control moral y político de las personas.

cible», ya en 1590, prefirió enviar al alférez Juan de Mérida a sondear la flota inglesa bordeando las costas de la isla.

Tras el rastro del dinero, localizamos a los hermanos Maluenda, ricos comerciantes en Amberes que financiaron la flota del gobernador de los Países Bajos, el duque de Parma, Alejandro Farnesio. De igual modo, Bernardino de Mendoza menciona en una carta (9 de agosto de 1588) al saboyano residente en Ruan Isoardo Capello, a quien elogia en estos términos: «En todo lo relacionado con el servicio de Su Majestad, como siempre, se muestra muy dispuesto y especialmente celoso al proporcionarme información de todas partes», en virtud de sus contactos en Havre de Grâce y Dieppe.

ANTHONY STANDEN, ALIAS POMPEO PELLEGRINI

El agente más eficaz reclutado por Francis Walsingham resultó ser un católico inglés que había servido a María Estuardo. Se llamaba Anthony Standen y había trabajado en Flandes y Francia, donde Walsingham empezó a monitorizarlo en 1572. Su principal valor estribaba en su acceso a fuentes españolas, principalmente, al embajador de la Toscana en Madrid, Giovanni Figliuzzi.

Bajo la identidad de Pompeo Pellegrini, Standen informó a Walsingham de los planes de invasión del marqués de Santa Cruz antes incluso de que Felipe II los recibiera y pudiera estudiarlos. «Su Majestad acepta muy bien sus anuncios y le ruega que continúe prestando buenos servicios», le felicitó su empleador. Todo, gracias a su amistad con Figliuzzi, así como a la captación del hermano de un servidor del citado Santa Cruz, que, tal como explica el historiador Christopher Andrew, le remitía cartas desde Lisboa por valija diplomática.

No están claros los motivos por los que Standen mudó su lealtad católica por la anglicana. Por una carta del diplomático Daniel Rogers a Walsingham, fechada el 1 de abril de 1576, sabemos que, estando en Amberes, mantuvo una relación demasiado cordial con la madre de Juan de Austria, Bárbara Blomberg, lo que le valió su destierro por orden de Felipe II; pero, más allá de ese supuesto desliz, parece que el espía no toleraba la idea de que España invadiera su patria. Su caso recuerda vagamente al de Gilbert Gifford, quien también había apoyado a María Estuardo, pero que, tras ser detenido por los hombres de Walsingham, aceptó rendir cuentas como agente doble.

Como recompensa por su labor contra la Gran Armada, la reina asignó a Standen una pensión anual de cien libras, una cantidad nada desdeñable en la época.



Retrato de María Estuardo, del francés François Clouet (izda.) y de Isabel I, anónimo.



Un factor clave en el fracaso de la Armada fue el uso eficaz del espionaje por parte de los ingleses. Isabel I contaba con una sofisticada red de espías dirigida por Francis Walsingham.

UN PRESO Y UN FUGADO

Martínez Laínez recuerda también a Francisco de Valverde, prendido en 1586 a la altura del cabo de San Vicente: «Estuvo preso en Portsmouth, Southampton y Londres durante un año y desde esos sitios siguió enviando avisos secretos a la embajada española en Francia». La Biblioteca Nacional de Lisboa guarda un documento que muestra la calidad de sus informes, una vez que consiguió la libertad. Los ingleses, enumeraba, habían reunido en Plymouth cuarenta barcos —cinco de la reina; el resto, mercantes— con un total de ocho mil hombres de guerra, la mayoría arcabuceros, y marineros. Otra flota de veinte barcos, añadía, había zarpado del Támesis y navegaba ya frente a las costas escocesas para interceptar a las naves del duque de Parma, que, según las fuentes inglesas, «tenían intención de navegar hacia allá».

Durante los preparativos de esta descomunal empresa, Felipe II contó con otro hombre de excepción: Hugh Owen, un galés que, tras involucrarse en la conspiración del banquero italiano Ridolfi para asesinar a la reina Isabel I en 1570, se había afincado en Bruselas. El historiador Jonathan Roche ha rastreado su trayectoria en su tesis doctoral, donde expone que Owen colaboró como pudo con la causa católica, bosquejó una operación para rescatar a María Estuardo en 1574 y trabajó codo con codo con Farnesio en su plan para invadir Inglaterra. Owen lamentaba la falta de discreción de todo el operativo, pero estaba convencido de su éxito siempre que Felipe II se pusiera al mando, sin depender de los católicos ingleses ni del favor

HUGH OWEN COLABORÓ COMO PUDO CON LOS CATÓLICOS E IDEÓ UNA OPERACIÓN PARA RESCATAR A MARÍA ESTUARDO



Retrato de Robert Cecil, I conde de Salisbury (1602), atribuido a John De Critz el Viejo. Robert siguió pasos de su padre y se convirtió en secretario de Estado de Isabel I.

de sus aliados, y contando, claro está, con que Francia se mantuviera al margen y quedaran los suficientes recursos para sofocar cualquier levantamiento en Flandes. Oídos sus consejos, el duque de Parma propuso encabezar una fuerza de treinta mil soldados de infantería y quinientos de caballería a través del canal de la Mancha, unas cifras seguramente muy similares a las sugeridas por su «socio».

Finalmente, en busca de apoyos internacionales, el Rey Prudente envió al coronel escocés William Semple a su tierra para que persuadiera a Jacobo VI de unirse

**FRANCIS WALSINGHAM COORDINABA
A SU EQUIPO Y RECIBÍA LOS INFORMES
DE SUS ESPÍAS REPARTIDOS POR EUROPA**

contra Isabel, pero los 42 000 escudos de oro de este agente no bastaron, según el capitán de navío Cesáreo Fernández Duro (*La Armada Invencible*, 1884), para conmovier «el espíritu débil y vacilante del hijo de María Estuardo».

EL SUPERESPÍA FRANCIS WALSINGHAM

Hasta su muerte en 1590, el secretario de Estado de Inglaterra, Francis Walsingham, ejerció de inflexible guardián de las esencias del protestantismo. Como jefe del servicio secreto de Isabel I, articuló una red de espionaje que frustró numerosas conjuras para acabar con su vida, amarró el destino de María Estuardo en el cadalso y se adelantó a los planes de la Gran Armada. Pero ¿cómo lo hizo?

Ciertamente, contó con el crédito de William Cecil, primer barón de Burghley y mano derecha de la reina, así como con la confianza de esta, que no dejó de aumentar las partidas para retribuir a sus agentes. Si en 1585 estas rondaban las 500 libras, poco antes de la pretendida invasión española se habían incrementado hasta las 2800. Además, Walsingham supo rodearse de los mejores en lo suyo, como Thomas Phelippes, un criptoanalista que dominaba seis lenguas y había desentrañado las cartas del complot de Babington, que condujo a la ejecución de la reina de Escocia. O como ese selecto grupo de *gentlemen* conformado por Thomas Barnes, Maliverey Catilyn, Robert Poley o Nicholas Berden. Este último, en julio de 1586, escribió una carta en la que sostenía: «Esto es lo único que pido, que aunque me declare espía (una profesión odiosa, aunque necesaria), lo haga no por orgullo, sino por la seguridad de mi país natal».

Desde su residencia en Seething Lane, Walsingham coordinaba a su equipo y recibía los informes de sus espías repartidos por el continente. En Italia, Anthony Scanden y Stephen Powle, quien, entre 1587 y 1588, remitió desde Venecia jugosos informes sobre las dimensiones de la flota española. En Flandes, el comerciante Jan Wycheerde, que se introdujo en los entresijos de la administración militar del duque de Parma. En Francia, Gilbert Gifford, uno de tantos agentes dobles. O en la misma España, Nicholas Oseley, otro comerciante cuyas artes para el espionaje fueron alabadas por el mismísimo lord gran almirante Charles Howard.

¿Tal vez eran demasiados? El historiador Garrett Mattingly no lo cree así; en su opinión, «esta impresionante red de contraespionaje, detenidamente estudiada, se reduce a unos pocos agentes de habilidad muy variable y mal pagados que se valían a su vez de informadores casuales». Sin embargo, en su momento, el propio secretario de Walsingham, Nicholas Faunt, recelaba del excesivo número de sirvientes de su señor, que podía comprometer la seguridad.

Tras la muerte del maestro de espías, William Cecil asumió la Secretaría de Estado. Posteriormente, el hijo de este, Robert, prosiguió la labor de su padre, reverdeciendo de paso el legado de Walsingham. Así, al menos, se deduce del libro *All His Spies: The Secret World of Robert Cecil* (2024), obra del profesor Stephen Alford, quien, a partir de un documento de su biografiado, ha reconstruido el que podría considerarse el primer servicio secreto profesional de Inglaterra, integrado por unos veinte espías en ciudades como Lisboa, Calais, Bruselas, Sevilla, Roma o Ámsterdam. Su perfil, mayoritariamente, era el de comerciantes. Y sus desafíos, no tan diferentes a los que habían afrontado sus predecesores para mortificar a la Gran Armada de Felipe II. ■

Castillo de la localidad costera de Doolin, en el condado de Clare (Irlanda). Allí, 170 marineros españoles que sobrevivieron a un naufragio fueron capturados y ejecutados en el castillo.



An aerial photograph of a stone fortification, likely a castle or bastion, situated on a grassy hill. The fortification is made of dark, weathered stone and has a rectangular shape with a crenellated top. The surrounding landscape is a vast, green, rolling plain that extends to the sea. The sky is overcast and grey, and the ocean is visible in the distance with white waves breaking on the shore.

EL REGRESO A CASA

LA ÚLTIMA Y MORTAL
PESADILLA DE LOS NÁUFRAGOS
DE LA GRAN ARMADA

MANUEL P. VILLATORO
Periodista y escritor



Ruta seguida por la Armada a través del canal de la Mancha, hacia el mar del Norte, rodeando el norte de Escocia y entrando en el océano Atlántico para regresar a España.

En el tornaviaje hacia los puertos españoles, miles de soldados de la Monarquía hispánica varados en las playas de Irlanda y Escocia fueron asesinados por las autoridades inglesas y los clanes locales. No hubo piedad para los maltrechos hombres aquel verano de 1588; ni siquiera recibieron el consuelo de un entierro santo y digno. A finales de septiembre, tres buques que habían escapado del desastre de la Grande y Felicísima Armada encallaron en las costas del condado de Mayo, al oeste de Irlanda, en su camino de regreso a España. Sabemos hasta sus nombres: *Ciervo Volante*, *Falcón Blanco Mediano* y *Concepción*. Suspiraban sus marinos por un puerto seguro, pero se toparon con el averno. Los que no se ahogaron fueron capturados y, en su mayoría, ejecutados en la misma playa por la población local. Las crónicas narran que un solo guerrero, un tal Melaghlin McCabb, asesinó a 80 de ellos con su hacha de batalla. Los pocos que quedaron, unos 300, fueron trasladados hasta un monasterio, donde también se les dio muerte y se les enterró en una fosa común.

El suyo no fue un caso aislado. El historiador británico Geoffrey Parker ha cifrado, tras toda una vida dedicada al estudio de la Grande y Felicísima, en más de treinta los buques naufragados o desaparecidos mientras intentaban regresar a la penín-

EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA SE VIO OBLIGADO A TOMAR LAS RIENDAS DE SUS BUQUES DE VUELTA A ESPAÑA

sula bordeando las costas escocesas e irlandesas. Y en miles y miles — pues todavía hoy resulta difícil contarlos — los desafortunados que acabaron en el patíbulo tras buscar refugio en aquellas tierras. Las mayores barbaridades se vivieron en la isla Esmeralda. Allí, los «salvajes locales», como los denominaron muchos náufragos en sus crónicas, les robaron los ropajes y los escasos objetos de valor que portaban antes de abandonarles a su suerte o acabar con ellos. Y otro tanto sucedió con unas autoridades inglesas que prefirieron ejecutar a los hombres de la Monarquía hispánica para evitar que se unieran a los clanes contrarios a Isabel I.

TRISTE TORNAVIAJE

El epílogo de la escuadra enviada por Felipe II para derrocar a la reina inglesa arrancó tras cosechar varias derrotas en el canal de la Mancha. Incapaz de contactar con el Ejército de Flandes, y golpeado sin piedad por la Royal Navy, el duque de Medina Sidonia se vio obligado a afrontar un nuevo reto: dirigir a sus buques, desperdigados y dañados, de vuelta a España. La odisea que le esperaba al comandante en jefe empezó a barruntarse entre el 9 y el 10 de agosto, cuando los navíos de la Gran Armada informaron de las dificultades que tenían para mantenerse dentro del cuerpo principal de la flota. El duque fue tajante: había que regresar a la península a toda vela y no esperaría a los rezagados. «Ayúdenos Nuestro Señor por su gran misericordia, pues no veo ningún remedio humano en lo que tenemos entre manos», afirmó.

La situación era desesperada. El día 13, Medina Sidonia lanzó mulas y caballos por la borda, pues consumían más agua de lo que valía su carne, y estableció la ruta de regreso. Con el canal de la Mancha plagado de enemigos, ordenó a la Gran Armada dirigirse hacia «el norte-nordeste», remontar Inglaterra, bordear Escocia y virar, al fin, hacia el sur en dirección a La Coruña y al resto de puertos peninsulares. Añadió, además, que se prestara «gran atención a no acabar en la isla de Irlanda, por miedo al daño que se puede sufrir en esa costa». No lo dijo al albur. La Gran Armada había partido sin cartas de navegación de aquella zona y sin pilotos que conocieran el Atlántico Norte. Sabía que, en caso de tormenta, navegar sin acabar estampado contra las rocas sería una tarea casi imposible. Y no le faltaba razón.



Se estima que más de 30 barcos naufragaron y miles de marineros españoles murieron ahogados o fueron ejecutados por las tropas inglesas e irlandesas leales a la Corona.

Medina Sidonia intentó paliar este problema con ingenio. Según dejó escrito el contador Pedro Coco Calderón, el duque hizo llamar «a todos los pilotos, entre los cuales había un inglés y un flamenco», y les prometió 3000 ducados si salvaban del desastre a los 112 navíos que todavía formaban la Gran Armada. Pero el dinero no puede sobornar a la mar. Durante la primera quincena de septiembre, las tormentas se desataron y provocaron la dispersión de los barcos. Como colofón, en los días posteriores muchos de ellos dieron con sus huesos en territorio enemigo.

MISTERIO ESCOCES

La primera parada fue la menos peligrosa para la flota. A pesar de las fuertes tempestades, en las costas escocesas apenas se perdieron bajeles de la Gran Armada. Aunque uno de los que embarrancó atesoraba cierta importancia para Medina Sidonia. El navío *Gran Grifón*, en el que viajaba el general de la escuadra de urcas Juan Gómez de Medina, quedó bloqueado en el extremo sureste de la pequeña isla de Fair, de menos de cinco kilómetros cuadrados. El hambre y las enfermedades condenaron a medio centenar de náufragos en los primeros días. A cambio, sobrevivieron 300 marineros y soldados que fueron acogidos por una veintena de familias locales durante nada menos que seis semanas. Asfixiados por la falta de alimentos, tras este tiempo pidieron ayuda al gobernador local para viajar hasta Fife, al norte de Edimburgo. El 6 de diciembre llegaron a su destino ante el asombro y el miedo de la población e iniciaron los trámites para ser repatriados.

La estancia en Escocia de los supervivientes del *Gran Grifón* fue menos agitada que la de sus colegas del *San Juan de Sicilia*. Este barco, cargado con 8000 ducados, arribó a la bahía de Tobermory, en la isla de Mull, dañado y con intenciones de ha-



El *San Juan de Sicilia* arribó a la bahía de Tobermory muy dañado, pero el 5 de noviembre, hizo explosión por causas que todavía se desconocen, momento que recrea la imagen.

A PESAR DE LAS FUERTES TEMPESTADES, EN LAS COSTAS ESCOCESAS APENAS SE PERDIERON BAJELES DE LA GRAN ARMADA

cer las reparaciones pertinentes para continuar su marcha. Sir Lachlan Maclean de Duart, el jefe del clan local, accedió a ayudar a los naufragos a cambio de un cuantioso pago y del servicio de un centenar de españoles para hacer frente a sus enemigos. El 5 de noviembre, sin embargo, el navío de la Gran Armada hizo explosión por causas que todavía se desconocen. «El barco español ha sido incendiado por la traición

de los escoceses», informaron las autoridades británicas. En total, apenas se salvaron una veintena de marinos y combatientes.



En 1971 se descubrieron los restos del navío *La Trinidad Valencera* en la bahía irlandesa de Kinnagoe (en la imagen).

VENGANZA EN IRLANDA

En Irlanda se fueron a pique el grueso de los bajeles de la Gran Armada que iniciaron el viaje de regreso a España; por ello, fue la región en la que más matanzas se perpetraron. Aquellas tropelías quedaron olvidadas durante siglos, sin embargo, en los últimos años han salido a la luz gracias al mencionado Parker o a investigadores como Pedro Luis Chinchilla. Según el británico, uno de los primeros navíos en embarrancar fue el *Trinidad Valencera*. El 14 de septiembre, este carguero de 1100 toneladas chocó contra un arrecife cercano a la bahía de Kinnagoe. Alonso de Luzón, al mando de la nave, desembarcó con algunos de sus hombres y se internó tierra adentro

con las armas prestas para defenderse. Buscaban ayuda, pero se toparon con una fuerza hostil de ingleses y milicianos locales liderada por el comandante John Kelly. En un primer momento los naufragos se negaron a claudicar, pero terminaron por aceptar la rendición a cambio de sus vidas.

El pacto no se cumplió. Después de que los españoles se rindieran, los hombres de Kelly les quitaron la ropa — ¡hasta los sombreros! — y les abandonaron a su suerte durante toda una noche. A la mañana siguiente, y según narran las crónicas de la época, «salió una manga de arcabuceros por una parte, y otra de jinetes por otra», y asesinaron sin piedad a 300 de los supervivientes. Solo se salvaron un puñado de hombres que, tras huir, fueron hechos prisioneros e iniciaron un periplo de dos centenares de kilómetros hacia Edimburgo.

Ese fue el *modus operandi* de unos ingleses que apenas contaban con 750 soldados en toda la región y que temían sobremanera que los españoles se aliasen con los irlandeses más desafectos a la reina. Y para muestra, sir William FitzWilliam. El virrey de Isabel I en Irlanda ordenó a sus hombres que recuperaran la artillería y los objetos de valor de los naufragios de la Gran Armada y que ejecutaran «a los enemigos españoles [...] sin mostrar trato de favor a ninguno de ellos». Además, autorizó a sus oficiales a torturar a los reos si «la necesidad así lo requería».

Los ingleses no tardaron en poner en práctica aquellas órdenes. El 20 de septiembre, dos navíos, el *San Esteban* y la urca *Santa Bárbara*, naufragaron respectivamente en Doonbeg y en Mutton Island. La setentena de supervivientes de los dos bajeles fue llevada ante el sheriff de Clare, Boetius Clancy. Sin piedad alguna, este abyecto personaje ordenó que todos fueran ahorcados. Los británicos asesinaron incluso a Diego de Córdoba, un oficial por el que Felipe II habría pagado un cuantioso rescate. Según Parker, la tradición cuenta que, desde entonces, cada siete años se maldice en el pueblo natal de este prohombre español a su captor para evitar que su alma salga del purgatorio.

La dureza de personajes como FitzWilliam avivó los más bajos impulsos de una población local que, en buena parte, buscaba evitar los conflictos con los británicos y que, según los testimonios de la época, se unió a aquella cacería. Aunque sería injusto generalizar. Las crónicas también nos hablan de irlandeses que socorrieron a los naufragos llevándoles vituallas y escondiéndolos de las patrullas británicas. Esos actos desinteresados han tenido eco en la actualidad. En la ciudad de Sligo, por ejemplo, se celebra todos los años el festival Remembering the Armada para conmemorar la ayuda de sus habitantes a los naufragos de Felipe II en la playa de Streedagh.

Lo que sucedió en Streedagh sería digno de un ensayo. El 23 de septiembre, los navíos *Lavia*, *Juliana* y *Santa María de Visón* naufragaron en esta playa ubicada al noroeste de Irlanda. «Los navíos se rompieron por completo [...] Más de mil hombres se ahogaron, entre ellos mucha gente importante, capitanes, caballeros y oficiales regulares [...]. Muchos se ahogaron dentro de los barcos, otras saltaron al agua para no volver a subir», explicó Francisco de Cuéllar, uno de los supervivientes. Los pocos que llegaron a la playa recibieron la ayuda de los irlandeses. Algunos, como explica el historiador naval del siglo XIX Cesáreo Fernández Duro, hasta fueron atendidos por nobles locales en sus casas: «Bryan O'Rourke les dio acogida. Católico, liberal, amigo y protector de las letras, se vio en la necesidad de salir de la isla. Acusado de alta traición, fue ahorcado y descuartizado por prestar ayuda».

Cuéllar, el mismo superviviente que narró los naufragios de Streedagh, vivió también su particular odisea. En una carta enviada al monarca años después escribió que logró escapar de los ingleses y que inició un periplo de siete meses por las islas. El viaje comenzó cuando un nativo, ansioso por robarle sus abalorios, le dio una puñalada que le dejó la pierna malherida. A pesar de aquel contratiempo, el marino llegó hasta el castillo de un irlandés llamado Manglana MacClancy. Allí resistió, o eso dejó negro

ALGUNOS NÁUFRAGOS DECIDIERON QUEDARSE EN ESCOCIA TRAS ENCONTRAR TRABAJO COMO SIRVIENTES DE NOBLES



Un barco de la Armada española, en medio de una tormenta, queda varado en la costa oeste de Irlanda. Ilustración publicada en *Spanish Pictures* del reverendo Samuel Manning.

sobre blanco, con ocho españoles una invasión de nada menos que 1700 enemigos. Después partió hasta Escocia, donde, gracias a la ayuda del obispo Reymundo Termi, se subió a un navío con destino a Flandes. Una gesta increíble en todos los sentidos.

REGRESO A LA PATRIA

Desde la península, Felipe II movió sus hilos durante años para conseguir que los náufragos de la Gran Armada fuesen repatriados. El proceso fue lento hasta desesperar, pero eficaz. En diciembre del 1589, tres buques zarparon desde Dunkerque para recoger centenares de presos retenidos en Dartmouth. Y, apenas un mes después, en enero del 1590, el comisionado español Carlos Longin elaboró una lista de medio millar de hombres que logró devolver a la península.

Los marinos y soldados que más tuvieron que esperar para ser repatriados fueron los presos de Inglaterra y en Escocia. Por los primeros, Isabel anhelaba conseguir un alto rescate; los segundos, sin embargo, fueron retenidos por los deseos del rey Jacobo de no enemistarse con la monarca. La situación se estancó hasta que la Corona inglesa sorprendió a Felipe II con la concesión de un salvoconducto para todos los reos. Pero todo era una trampa. Según relató Cuéllar, Inglaterra había hecho «un trato con los navíos de Holanda y Zelanda para que saliesen a la mar y nos aguardasen en la misma barra de Dunkerque». La enésima trampa enemiga. Por fortuna, apenas apresaron uno de los bajeles.

Tampoco faltaron los náufragos que decidieron quedarse en Escocia tras haber hallado trabajo como sirvientes de nobles locales. Lógico, pues muchos de ellos estaban mutilados y veían la posibilidad de volver a combatir en Flandes como una pesadilla.

La triste conclusión es que aquel tornaviaje fue una condena; una dictada por la furia del océano, pero también por la crueldad del hombre. ■



Monster! - look and tremble!!

Defeat of the Spanish Armada

LA HUELLA DE LA «ARMADA INVENCIBLE» EN LA

CULTURA POPULAR

ASIER MENSURO

Historiador del Arte especializado en cómic y cine

London Pub^d July 20. 1803. by W. Holland No. 11 Cockspur St

t that



El fantasma de Isabel I se aparece ante un Napoleón aterrizado con una imagen de la derrota de la Armada española, diciendo: «¡Monstruo! ¡Mira esto y tiembla!».

THE BRITISH MUSEUM

at Pall Mall - removed from Oxford Street



Este mapa muestra la flota inglesa persiguiendo a la española, del 1 al 2 de agosto de 1588. Esta serie de once mapas fue dibujada por Robert Adams y grabada por Augustine Ryther (1590).

La reina Isabel I es consciente de la trascendencia de la derrota de la Armada española y no pierde la oportunidad de sacarle rédito en multitud de obras. Citaré tres célebres ejemplos: El llamado *Retrato de la armada* (c. 1588), concretamente en la versión que actualmente se exhibe en los Museos Reales de Greenwich; *Barcos ingleses y la Armada española* (1588-89), que se exhibe en el Museo Marítimo de Greenwich, y los tapices de Hendrick Cornelisz Vroom y Francis Spierinx (1592-1616) que cuelgan en la Cámara de los Lores hasta que se destruyen en el incendio en 1834.

GRABADOS Y OTROS SOPORTES DE GRAN DIFUSION

Su condición de piezas únicas impide que puedan considerarse como «arte pop», entendido el término en su sentido más literal, el de «arte de difusión popular». Dicha carencia se palía en la época y *a posteriori* a través otros medios como los grabados, que en forma de panfleto o de pasquín se difunden ampliamente entre la población. Incluso alguna de las piezas citadas anteriormente, como los perdidos tapices, se conocen hoy día porque han sobrevivido diversos grabados que los reproducen.

Otro ejemplo notable son la serie de grabados de Robert Adams (c.1590) que muestran en sendos mapas las posiciones de ambas flotas y que enfatizan la derrota de la flota española. Para resaltar la victoria inglesa no se escatimaban medios y además de lo visual, muchos grabados incluyen pequeños versos con moralejas en torno a la superioridad británica.

También hay que destacar la acuñación, especialmente, a través de la creación de medallitas conmemorativas que gozan de gran aceptación popular y que son adquiridas masivamente por las clases medias. Las adversas condiciones meteorológicas que azotan a la Armada española se interpretan como un «castigo divino» al catolicismo; o si se prefiere, como señal divina en favor de la causa protestante.

CONSCIENTES DE LA TRASCENDENCIA DE LA DERROTA ESPAÑOLA, LOS INGLESES NO PIERDEN LA OPORTUNIDAD DE SACARLE RÉDITO EN MULTITUD DE OBRAS

Así, en 1588 o en fechas posteriores muy cercanas, se acuñan jetones (una especie de fichas o medallitas similares a las monedas), en las que se incluye la frase de Job (o alguna variante): «Por el aliento de Dios perecen», asociadas al naufragio de los barcos españoles por la tormenta.



Jetón (medallitas similar a una moneda) del naufragio de los barcos españoles.

Una conocida pieza inglesa muestra la batalla, y en los cielos, una luz que representa a Dios dirige su ira en forma de tormenta contra los barcos españoles. Toda esta propaganda hace que la derrota de la «Grande y Felicísima Armada» cale profundamente en el imaginario popular británico; y a lo largo de los siglos, la cultura popular se ha ocupado de mitificarla y enriquecerla con todo tipo de anécdotas, muchas de ellas espurias. Sirva de ejemplo la famosa partida de bolos que sir Francis Drake se niega a abandonar para hacer frente a la Armada española mientras pronuncia la frase: «Hay

tiempo de sobra para jugar y después darles una paliza a los españoles». La escena aparece referenciada en multitud de ilustraciones satíricas como el trabajo de Arthur Moreland (1905), Cecil Doughty (1951), Peter Jackson (1964) o Matt (2024).

No hay ocasión en la que Inglaterra se vea asediada o atacada por un enemigo temible en la que no se saque a relucir la victoria sobre los españoles como un modo de infundir aliento entre la población en los momentos más difíciles. Quizá el ejemplo gráfico más claro esté en un grabado publicado el 20 de julio de 1803 por el editor británico William Holland, en el que el fantasma de la reina Isabel I se aparece a Napoleón portando un grabado de la derrota de la Armada española y le dice: «¡Monstruo, mira esto y tiembla!». Por supuesto, del lado español también existe una importante cantidad de grabados e ilustraciones que recogen la derrota a manos inglesas. Habitualmente, la visión española pone el acento en la imposibilidad de luchar contra vientos y tempestades, sin realizar demasiada autocrítica en lo que respecta a otros factores que, sin duda, colaboraron al desastre militar. En los siglos siguientes, una España que se sabe ya una potencia venida a menos, convierte la derrota en una especie de lamento patriótico que evoca con añoranza tiempos pasados más gloriosos.

Los ejemplos son abundantísimos en prensa y revistas literarias. Así sucede, por ejemplo, en el *Semanario pintoresco español*, que en su número 19, fechado el 12 de mayo de 1850, dedica un grabado y varias páginas a la aciaga derrota. Vuelve a ocuparse del tema el 7/11/1852, el 6/1/1856, etc. Algo similar sucede en la revista *Ilustración Artística*, que reflexiona sobre la invencible el 30/7/1900, el 1/1/1913, 17/4/1916, etc.



Drake jugando a los bolos momentos antes del enfrentamiento contra la Armada española. «Hay tiempo de sobra para jugar y después darles una paliza a los españoles», dijo el inglés.

Pero a cambio, la cultura española mitifica en multitud de grabados e ilustraciones a María Pita, figura singular de la defensa de la ciudad de A Coruña que rechaza los envites de la flota británica tan solo un año después de la derrota de la «Grande y Felicísima Armada». Como ejemplo, baste citar el grabado de Santiago de Llanta y Guerin (c.1866), que la «eleva a los altares», representándola con la iconografía propia de las estampitas de los santos (una santa guerrera, eso sí).

LA ARMADA INVENCIBLE SEGÚN DE MOOR

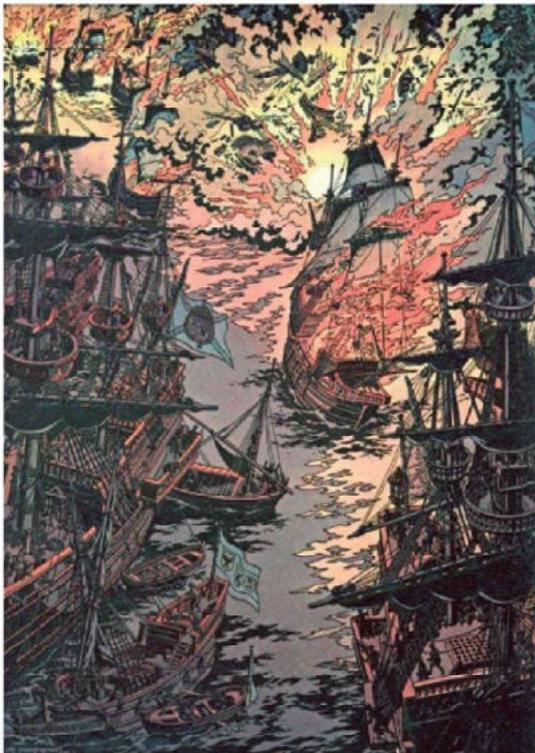
Por supuesto, un acontecimiento histórico con la relevancia de la expedición militar de la «Grande y Felicísima Armada», así como la disputa entre la reina Isabel I y Felipe II para decidir que el dominio de los mares es un material de primera para un cómic de aventuras. De todos los que lo referencian, destaca sobremanera el cómic juvenil *Cori el grumete*, de Bob de Moor. El maestro de la historieta belga, colaborador cercano de Hergé y gran amante de la historia naval, crea a este personaje en 1951 para la mítica revista *Tintín*. A partir de 1976, sus aventuras se reeditan en formato de álbum de la mano de RTP Editions. Llega a España por primera vez de la mano de la editorial Juventud en la década de los 80 y 90; y en 2014, la editorial NetCom2 realiza una edición restaurada de sus aventuras.

LA CULTURA ESPAÑOLA MITIFICA EN MULTITUD DE GRABADOS E ILUSTRACIONES A MARÍA PITA, LA HEROÍNA GALLEGA

REMEMBERING THE ARMADA

El trágico naufragio del capitán Cuéllar tiene hoy día una sorprendente consecuencia. En la localidad de Grange se celebra cada año el festival Remembering the Armada, una suerte de fiesta de hermanamiento entre España e Irlanda que recuerda a los marinos naufragados, a los que los lugareños católicos no pudieron ayudar (al menos abiertamente) por miedo a las represalias de los soldados protestantes.

La incursión española deja su huella en la pequeña ciudad a través de la toponimia. «La punta española» (en gaélico, eso sí) es como se llama hoy día la zona donde llegaron los naufragos y, además, algunas de las casas más antiguas del lugar llevan el nombre de los galeones españoles hundidos. Pero en lo que a «cultura pop» se refiere, lo más destacable son, sin duda, los grafitis y grandes murales urbanos que adornan las calles, donde se homenajea abiertamente a la Armada española.



Cómic *Cori el grumete*. «La Armada Invencible, Volumen 1. Los espías de la reina», de Bob de Moor.

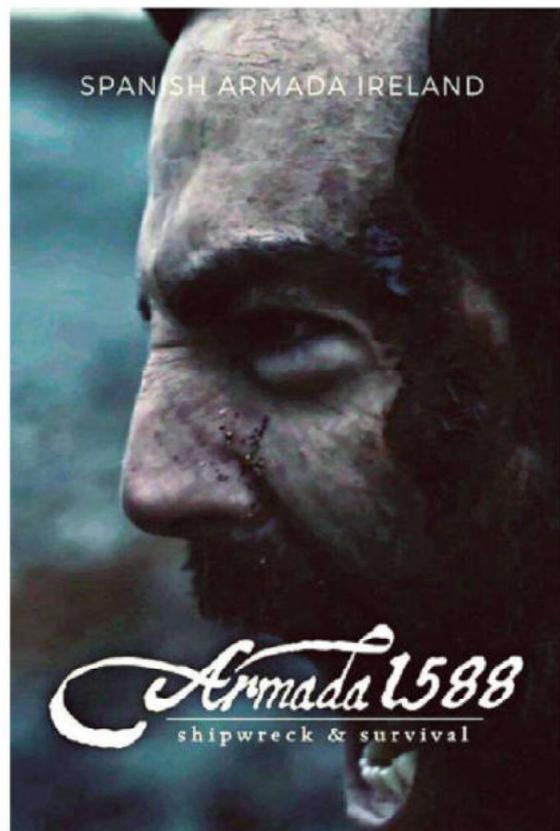
Cori es un grumete huérfano al servicio de la corona inglesa que vive sus aventuras a finales del siglo XVI. Hay dos álbumes directamente relacionados con la «Grande y Felicísima Armada»: «La Armada Invencible I: Los espías de la reina» (1991) y «La Armada Invencible II: El Dragón de los Mares» (1991).

El primero de ellos muestra cómo Cori y su compañero Harm son enviados a Cádiz por la mismísima Isabel I a realizar labores de espionaje en torno a la Armada española. El segundo describe la expedición española y las diversas batallas y escaramuzas con la flota inglesa, así como la derrota de la Armada.

En ambos volúmenes destaca la documentación gráfica, una de las obsesiones de De Moor, ya que muchas de sus viñetas muestran composiciones inspiradas, cuando no copiadas literalmente,

de los grandes lienzos y grabados que reproducen la batalla.

Entre los personajes reales que aparecen en el cómic (conviviendo con los ficticios Cori y Harm), destaca Francis Drake. En la historieta, las labores de espionaje de Cori le permiten interceptar una carta del rey de España donde da orden de proceder a reunir la flota para la invasión de Inglaterra, y es el protagonista de este cómic el que se la entrega en mano a Drake. De este modo, Inglaterra conoce los planes de la Corona española y puede organizar la respuesta de la armada isabelina. A pesar de que la figura de Cori es ficticia, la idea no es descabellada, ya que parece probado que los espías de la reina inglesa hicieron bien su trabajo y se conocían con antelación los preparativos para la invasión.



A la izda., *Fuego sobre Inglaterra* (1937), de William K. Howard, protagonizada por Laurence Olivier y Vivien Leigh. A la dcha., *Armada 1588. Naufragio y supervivencia* (2020).

Otros personajes que aparecen en la historieta son el duque de Medina Sidonia y sus principales oficiales, así como los monarcas de ambos países, Isabel I y Felipe II. Resulta especialmente entrañable para el lector español la última viñeta de la segunda aventura. En ella se muestra a Felipe II recibiendo las catastróficas noticias de la derrota por boca del propio duque de Medina Sidonia. De Moor no puede evitar reproducir la conocida frase de «No mandé a mis naves a luchar contra los elementos».

LA ARMADA INVENCIBLE EN EL CINE

El cine es otro de los medios de la «cultura pop» que más ha contribuido a difundir la derrota española. Los ingleses han reflejado su victoria en películas británicas como *Inglaterra en llamas* (1937), de William K. Howard. El filme, que no dedica su metraje a mostrar las batallas navales en sí, centra la historia en la preparación de la defensa de la Corona inglesa frente a la inminente invasión española.

Otro título muy popular en su época fue *El halcón del mar* (1940), de Michael Curtiz, con un extraordinario Errol Flynn en el papel del Capitán Geoffrey, un corsario que, tras sufrir diversos combates navales y otras peripecias con la marina española, consigue arribar a las costas británicas para prevenir a la reina Isabel I y participar en la defensa del país ante de la inminente invasión de la poderosa Armada española.

Sin duda, lo más relevante de la película es el discurso de Flora Robson, que da vida a la reina Isabel I, y que exhorta a su pueblo a mantenerse en la lucha contra la tiranía «ahora y en el futuro». Basta pensar en el año de producción de la película (1939 y estrenada en 1940), para comprender que el mensaje de fondo

ARMADA 1588: NAUFRAGIO Y SUPERVIVENCIA RECREA LA HISTORIA DEL CAPITÁN DE LA GRAN ARMADA FRANCISCO DE CUÉLLAR



Elizabeth: la Edad de Oro (1998), dirigida por Shekhar Kapur y protagonizada por Cate Blanchett, Geoffrey Rush, Christopher Eccleston, Joseph Fiennes y Richard Attenborough.

hace referencia a la resistencia del Reino Unido frente a la Alemania de Hitler. Una vez más, la derrota española se convierte en un instrumento para alentar a la población británica en momentos difíciles.

Mucho más reciente es *Elizabeth: la Edad de Oro* (2007), de Shekhar Kapur. La historia se centra en dos temas principales, la relación entre la reina Isabel I y el marino inglés sir Walter Raleigh; y las relaciones entre la España católica y la Inglaterra protestante, incluida la frustrada invasión de la Armada española.

Kapur, sin apego al rigor histórico, decide reflejar sin ningún tipo de pudor «la leyenda negra» española en su película. Esto deja estupefacto al hispanista e historiador Henry Kamen, que responde con un artículo en el periódico *El Mundo*, donde muestra su malestar por el grotesco retrato que realiza de la Corona española y de las relaciones internacionales entre ambos países.

Finalmente, quisiera destacar el curioso filme documental titulado *Armada 1588: Naufragio y supervivencia* (2020), de Al Butler, que, combinando dramatizaciones en imagen real y dibujos animados, recrea la increíble historia del capitán de la Gran Armada, Francisco de Cuéllar. Se trata de uno de los escasos supervivientes de tres barcos españoles que naufragan frente a la costa irlandesa. Según relata el filme (basado en una carta del propio Cuéllar), el capitán se las apaña para sobrevivir y huir de los soldados de la reina Isabel I, enviados a dar muerte a los españoles supervivientes. Con gran sufrimiento, consigue evitar ser detenido desde septiembre de 1588 hasta primavera de 1589, momento en que consigue huir a Flandes. ■

LA ARMADA INVENCIBLE SALE

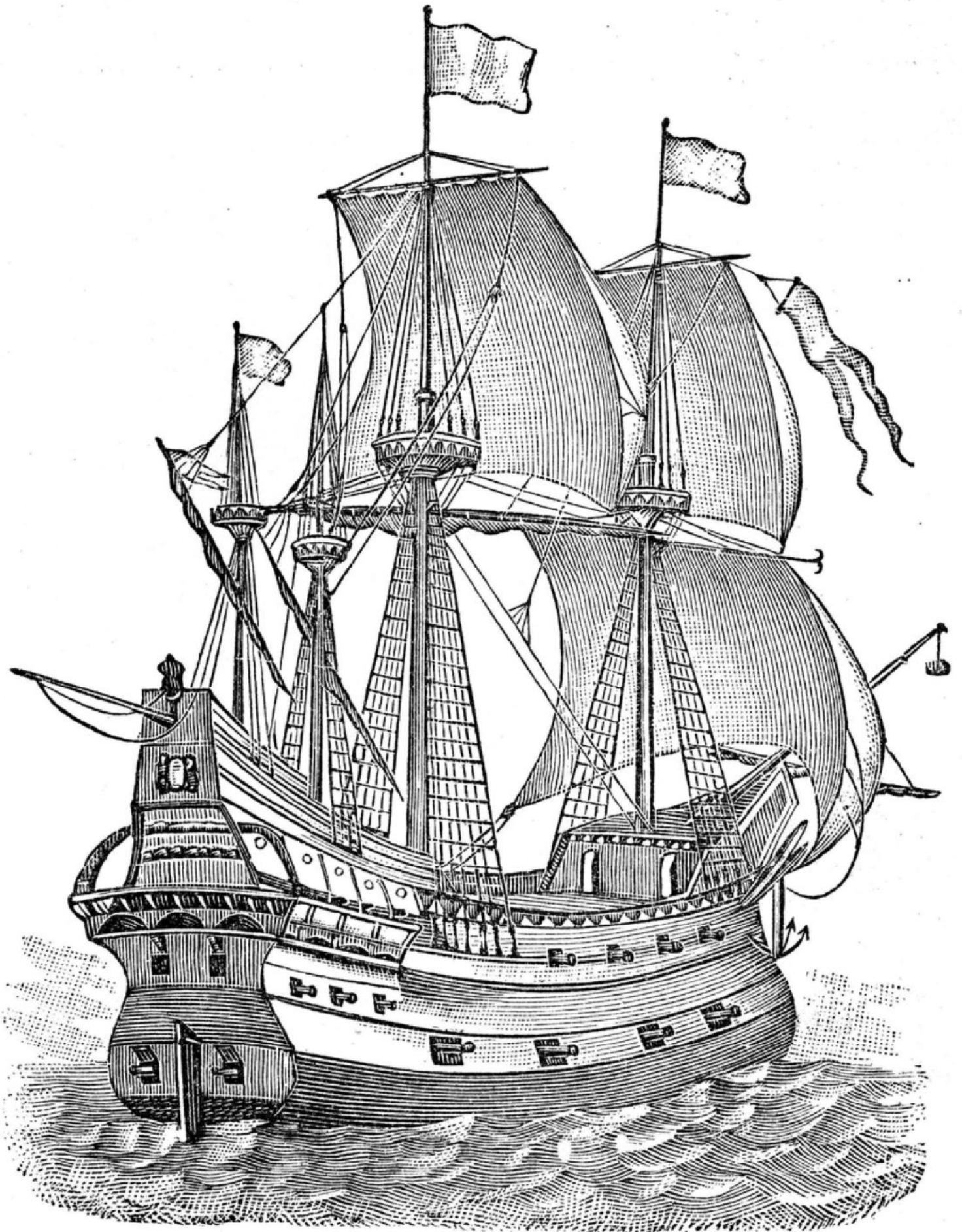
VICTO RIOSAS

DE SU CAMPAÑA EN INGLATERRA

DR. RUBEN BUREN

Escritor e investigador universitario (UDIT)

El galeón era un gran navío de guerra y transporte desarrollado por los españoles en el siglo xvi. Era el pilar de las flotas imperiales, diseñado para resistir largos viajes, cargar armas pesadas y transportar tropas y mercancías. ISTOCK



Después de vencer los Austrias en la batalla de las Gravelinas (1558), la esposa inglesa de Felipe II, María Tudor, muere sin dejar hijos. Isabel Tudor es coronada como única heredera posible y el reverso de la represión católica que había torturado, quemado y exiliado a buena parte de nobles protestantes (por algo la llamaban Bloody Mary) comenzó a devolver los golpes. Felipe II, ahora casado con una francesa, Isabel de Valois, no podía permitir desdecirse del compromiso firmado en Cateau Cambresis (1559) con la Francia vencida. Un pacto que los comprometía a la persecución de la herejía, el protestantismo y cualquier reforma religiosa. Dentro de España apenas tuvo lugar, pero en Francia duró treinta años de guerras internas que terminaron por desangrar el país. Flandes y las tierras germánicas seguían creciendo en herejes con la ayuda de Inglaterra y había que tomar medidas.

EL ESTRATEGA: ALVARO DE BAZAN

Felipe comienza la construcción de una Gran Armada, unas 130 embarcaciones con unos 30 000 hombres dispuestos a derrocar a Isabel. Don Álvaro de Bazán, a pesar de sus discusiones con Felipe II sobre los tiempos de preparación de la armada, agilizó el trabajo de los astilleros y la tropa estuvo preparada a tiempo, aunque no en las fechas que el rey le pedía, la empresa se demoró casi un año de la fecha propuesta por el rey. Bazán, héroe de Lepanto (1571) y de múltiples batallas en el Mediterráneo, era un experto estratega y planificó una coordinación pormenorizada con los Tercios que entonces aguardaban en las costas de Flandes. Los puertos flamencos permanecieron abiertos y a la espera, construyendo puentes flotantes desde Dunkerque. De esa manera el plan de activar una flota secundaria que apoyase a la Gran Armada evitó una posible dispersión de fuerzas, con la ayuda de los galeones a los barcos de transporte de tropas. Bazán ocupó el puerto de Portsmouth con un ataque sorpresa, utilizando el fuego artillero concentrado mientras las tropas desembarcaban. En un primer momento se había barajado la zona de Dover, quizá más cerca de Londres, pero mucho más fortificado. También la cercanía entre los Tercios y Dover lo hacía óptimo, pero Bazán optó por una zona entre Portsmouth y Southampton y la jugada le salió bien.

SORPRESA, DIOS MEDIANTE (Y ESPIAS TAMBIEN)

El ataque sorpresa se produjo la mañana del 3 de agosto de 1588. La sorpresa inglesa fue notable, que aunque la red de espionaje había confirmado la salida de la flota, siempre aseguraron que el destino sería Dover y así los barcos ingleses fueron sorprendidos por el ataque, no teniendo tiempo de reacción. Los cañones concentraban su artillería frente a Calais y la isla de Wight, pero la operación

**BAZÁN, HÉROE DE LEPANTO Y EXPERTO
ESTRATEGA, PLANIFICÓ LA COORDINACIÓN
PORMENORIZADA CON LOS TERCIOS QUE
AGUARDABAN EN FLANDES**

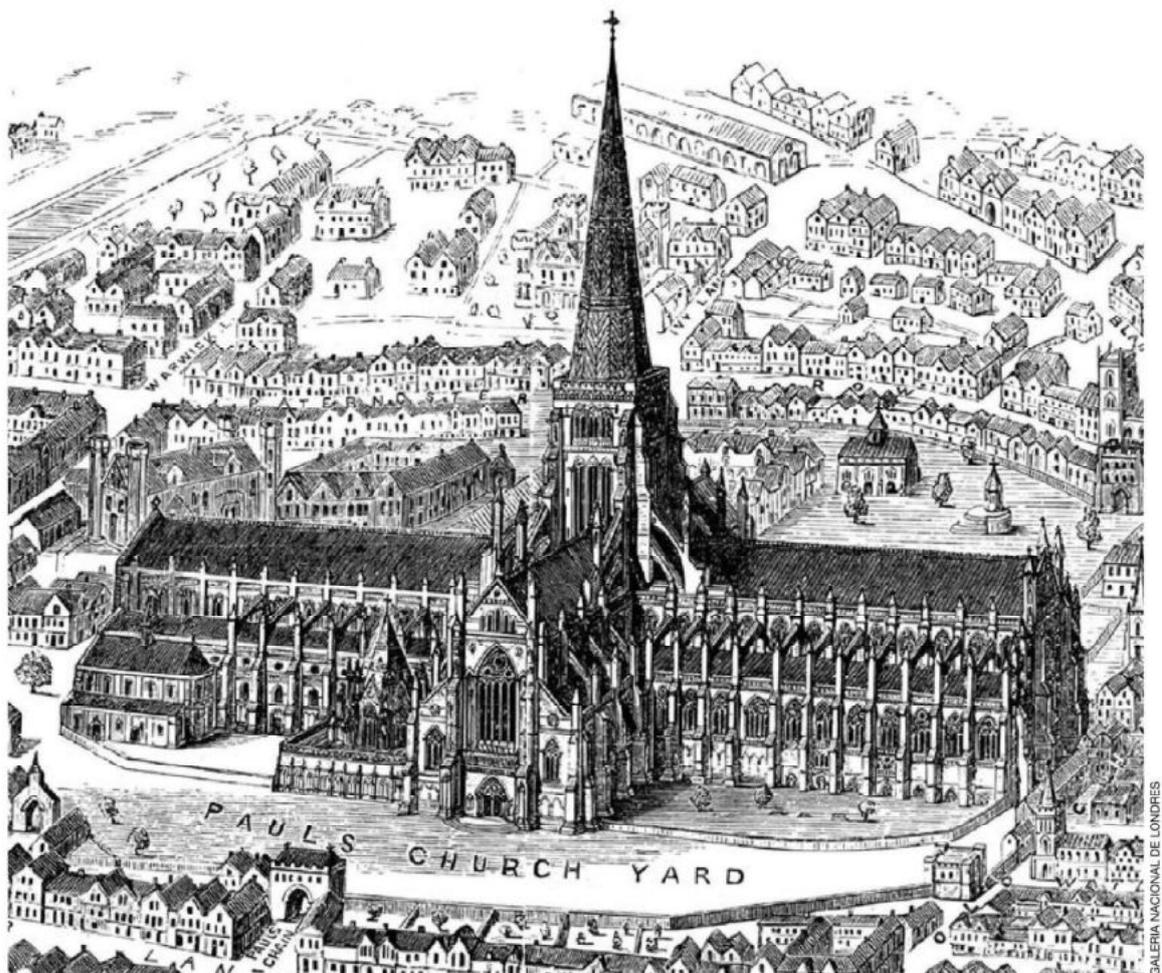


Los Tercios (alférez, mosquetero, arcabucero y piquero) en el siglo XVII. Por Serafín M^a de Sotto.

real comenzó en el sur de Hampshire. Tres galeras y varias urcas de transporte se aproximaron a la bahía para neutralizar las baterías costeras. Un escuadrón de arcabuceros había desembarcado durante la noche anterior y había permanecido en silencio cerca de la costa, ante la señal de la cobertura naval entraron en los muros defensivos. Hacia el medio día unos 5000 hombres pisan tierra firme, veteranos de los Tercios que habían embarcado en Dunkerque unos días antes. Alejandro Farnesio había conseguido abrir brecha en el bloqueo neerlandés que no pudieron evitar el embarque de las tropas.

Ante el reagrupamiento inglés, ya en tierra, los tercios avanzaron rápidamente con el apoyo de buena parte de la población católica y varios focos estallaron dentro de Inglaterra desconcertando las decisiones de Isabel. Por un lado Henry Percy, conde de Northumberland, levantó a sus tropas el norte; lord Thomas Howard, duque de Norfolk, desde el este de Londres; lord Henry Arundell de Wardour posibilitó el paso por sus tierras hacia Londres, en Wiltshire (casualmente sus tropas portaron estandarte español). Contando también con el apoyo y los contactos secretos entre Felipe II y los padres Robert Southwell y Edmund Campion, sirvieron para levantar varias milicias locales, focos católicos, que aunque a base de escaramuzas, también sembraron el desconcierto.

El 9 de agosto los Tercios y las tropas de los nobles ingleses llegaron a las puertas de Londres. Bazán decidió entonces, astutamente, no entrar en la ciudad, limitándose a bombardear y bloquear todas las salidas, provocando el terror y éxodo de protestantes y funcionarios de la Corte. El puente de Londres fue tomado por la caballería flamenca desde Kent y los accesos por el norte, desde Enfield y Hampstead, fueron bloqueados por el conde de Northumberland. A los pocos días, en medio de una guerra civil en cada calle, los gremios del este entregaron la ciudad (los antiguos partidarios de María Tudor) y abrieron sus puertas.



Antigua catedral de San Pablo en Londres dibujada por Anton van den Wyngaerde para Felipe II de España, antes de su destrucción en el gran incendio de Londres de 1666.

El 13 de agosto, los estandartes de Castilla, del papa Sixto V y la Cruz de Borgoña ondeaban sobre la Torre de Londres y el padre Robert Southwell ofició la primera misa pública en décadas en la catedral de San Pablo. Por fin repicaron las campanas católicas de nuevo.

LA REINA VIRGEN HA HUIDO

Isabel abandonó Whitehall durante la noche del 10-11 de agosto, refugiándose en Hatfield House y después en Cambridge, donde pretendía reunir a sus últimos leales y organizar una resistencia. El día 12, un destacamento del Tercio Viejo de Sicilia interceptó a la reina y la detuvo sin violencia, no así con los nobles que la acompañaban que fueron ejecutados en el mismo momento como aviso a navegantes. Esa noticia tampoco hizo mucho bien a la moral de Londres y demás ciudades, que lo tomaron como una traición. La reina recibió a sus captores con dignidad bajo promesa de que apagaría cualquier foco de rebelión contra Felipe II y la nueva reina. Por fin, fue llevada a España e ingresada en el convento de Santa Clara en Tordesillas (Valladolid), el mismo convento donde había sido apartada Juana «La loca». Como castigo, la reina no tuvo contacto con nadie que hablara inglés e Isabel prefirió mantener el silencio (si acaso algo

EL PARLAMENTO FUE DISUELTO, LA CÁMARA DE LOS LORES REFORMADA Y EL ARZOBISPADO DE CANTERBURY ENTREGADO A ROMA

de latín en sus rezos) hasta su muerte en 1603 por una neumonía. Fue enterrada en la cripta del convento sin título real, como Isabel, hija de Enrique VIII.

EL APOYO INTERIOR

Entre la nobleza existía una red de simpatizantes católicos resentidos con las expropiaciones y los desmanes de la reina y sus acólitos, que habían vuelto con un carácter vengativo desde la muerte de María Tudor, que tampoco había sido muy piadosa con los protestantes tiempo atrás. Felipe II tenía el plan de colocar a su hija, Isabel Clara Eugenia, al frente de una nueva Inglaterra católica, una vez depuesta Isabel Tudor. Era sobrina política de María Estuardo, cuya ejecución en Fotheringhay Castle, en 1587, había servido de espoleta para la invasión de la Gran Armada. Los católicos de toda Europa habían clamado contra Isabel y de alguna manera esperaban un movimiento contundente por parte de España. Así que Isabel Clara Eugenia era vista como la mejor opción por el sentimiento católico inglés.

LONDRES, NUEVA CAPITAL APOSTOLICA Y ROMANA

El Parlamento fue disuelto, la Cámara de los Loes reformada y el arzobispado de Canterbury entregado a Roma para que propusiera un obispo fiel al papa. Las universidades, Oxford y Cambridge se reconvirtieron al modelo jesuita y se adoptó el nuevo calendario gregoriano en 1589. Por supuesto, la iglesia anglicana fue disuelta como institución y perseguida hasta que no quedó ningún foco organizado. Londres tomó las formas de Madrid y París: corte y artes, y el español pasó a ser el idioma de la nobleza que quería conectarse con la nueva reina. Flandes capituló en 1589, ya sin apoyo inglés no tenía ningún sentido su lucha y los díscolos nobles que habían apoyado la rebelión independentista fueron ejecutados o aceptaron la verdadera religión. Francia y España, con el Tratado de Gravelinas (recordando la batalla de hacía 30 años) repartieron parte de su territorio para contentar el apoyo francés en la terminación del conflicto. Francis Drake fue ejecutado y así todos los corsarios que habían apoyado a Isabel.

MIREMOS ENTONCES A AMERICA

Por fin, pacificada Europa (y católica) Felipe puso el grueso de sus barcos a conquistar el territorio del norte de México, las costas africanas y los territorios del Pacífico. Esa distribución de su Armada allende mares abrió una etapa de comercio, descubrimientos y conquistas que asentaron a la Corona española como el Imperio más grande en varios siglos. Hasta el levantamiento francés de finales del siglo XVIII que acabó con la unión entre ambos países (que había ido fraguándose junto a Roma desde hacía tiempo) y poco a poco debilitó la hegemonía española. ■

BIBLIOGRAFÍA

- ❑ Alford, Stephen. *The Watchers: A Secret History of the Reign of Elizabeth I*. Penguin Books, 2012.
- ❑ Brigden, Susan. *New Worlds, Lost Worlds: The Rule of the Tudors, 1485–1603*. Penguin Books, 2000.
- ❑ Bucholz, Robert y Key, Newton. *Early Modern England 1485–1714: A Narrative History*. Wiley-Blackwell, 2009.
- ❑ Cabañas Agrela, José Miguel. «Bernardino de Mendoza: Un espía español en la Corte de Isabel I». *Historia* 16, n.º 321, 2003, pp. 8-27.
- ❑ Cabañas Agrela, José Miguel. *Breve historia de Felipe II*. Nowtilus, 2017.
- ❑ Cabrera de Córdoba, Luis. *Filipe Segundo, rey de España*. Ediciones Atlas, 1876.
- ❑ Canny, Nicholas. *Making Ireland British, 1580–1650*. Oxford University Press, 2001.
- ❑ Canny, Nicholas. *The Elizabethan Conquest of Ireland: A Pattern Established, 1565–76*. Harvester Press, 1976.
- ❑ Croft, Pauline. *King James*. Palgrave Macmillan, 2003.
- ❑ Doran, Susan. *Elizabeth I and Foreign Policy, 1558–1603*. Routledge, 2000.
- ❑ Doran, Susan. *Elizabeth I and Religion, 1558–1603*. Routledge, 1994.
- ❑ Fernández Alvarez, Manuel. *Felipe II y su tiempo*. Espasa-Calpe, 1998.
- ❑ Gómez Beltrán, Antonio Luis. *Felipe II y el mito de la Armada Invencible*. Ediciones Salamina, 2022.
- ❑ Gómez-Centurión, Carlos. *La Armada Invencible*. Anaya, 1987. Cabot,
- ❑ Goodman, David. *El poderío naval español: historia de la Armada española del siglo XVI*. Editorial Ariel, 1997.
- ❑ Guy, John. *Elizabeth: The Forgotten Years*. Viking, 2016.
- ❑ Howarth, David. *La Armada Invencible*. Argos-Vergara, 1992.
- ❑ Hume, Martin A.S. *Philip II of Spain*. Macmillan, 1897.
- ❑ Kamen, Henry. *Felipe de España*. Siglo XXI Editores, 1997.
- ❑ Kamen, Henry. *Imperio: La forja de España como potencia mundial*. Editorial Temas de Hoy, 2003.
- ❑ Levin, Carole. *The Heart and Stomach of a King: Elizabeth I and the Politics of Sex and Power*. University of Pennsylvania Press, 1994.
- ❑ Lockyer, Roger. *Tudor and Stuart Britain: 1485–1714*. Routledge, 2004.
- ❑ Losada, Juan Carlos. *La invasión fallida: la Armada Invencible*. Ediciones Nowtilus, 2005.
- ❑ MacCaffrey, Wallace T. *Elizabeth I: War and Politics, 1588–1603*. Princeton University Press, 1992.
- ❑ MacCaffrey, Wallace T. *Queen Elizabeth and the Making of Policy, 1572–1588*. Princeton University Press, 1981.
- ❑ Martínez Hidalgo, José María. *Riesgo y desventura de la Armada Invencible*. Ed. Juventud, 1988.
- ❑ Mattingly, Garrett. *La Armada Invencible*. Ediciones Rialp, 1959.
- ❑ Mira Caballos, Esteban. *Las armadas del Imperio*. Editorial Crítica, 2010.
- ❑ Mulcahy, Rosemarie. *Juan Fernández de Navarrete, el Mudo, pintor de Felipe II*. Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1998.
- ❑ Neale, J.E. *Queen Elizabeth I: A Biography*. Jonathan Cape, 1934.

□ Parker, Geoffrey y Martin, Colin. *La Gran Armada*. Planeta, 2023.

□ Parker, Geoffrey. *Felipe II: la biografía definitiva*. Planeta, 2010.

□ Smith, Lacey Baldwin. *Treason in Tudor England: Politics and Paranoia*. Princeton University Press, 1986.

□ Walker, Julia M. *The Elizabeth Icon: 1603–2003*. Palgrave Macmillan, 2004.

□ Williams, Neville. *Elizabeth I: Queen of England*. Weidenfeld & Nicolson, 1967.

□ Wilson, Derek. *Elizabeth I: A Life*. Penguin Books, 1981. Armada invencible, grabado por Franz Hogenberg



Grabado de Franz Hogenber, de 1653, sobre la derrota de la Armada invencible en la costa inglesa.

MUY HISTORIA

REDACCION

Directora: **Carmen Sabaleta** (csabaleta@zinetmedia.es)

Redactora jefa: **Cristina Enriquez** (cenriquez@zinetmedia.es)

Coordinador de Diseño: **Oscar Alvarez**

Director de Muy Interesante Digital:

Eugenio Fernández (efernandez@zinetmedia.es)

Colaboradores: **Pedro Luis Chinchilla, Carolina del Prado, Henar L. Senovilla, Juan Carlos Losada, Laura Manzanera, Gonzalo Pulido, Miguel San Claudio Santa Cruz, Luis Gorrochategui, Janire Rámila, Antonio Luis Gómez Beltrán, José Luis Hernández Garvi, Asier Mensuro, José Orihuela, Alberto de Frutos, Manuel P. Villatoro, Rubé Buren.**

Javier Alvaredo (edición y corrección),

Manuel Arrubarrena (maquetación).

DIRECCION Y TELEFONO

C/ Alcalá 79 1º A - 28009 Madrid; tel.: 810 58 34 12

Suscripciones: suscripciones@zinetmedia.es

zinet
MEDIA GLOBAL

Consejera Delegada: **Marta Arriño**

Director General Financiero: **Carlos Franco**

Director Comercial: **Alfonso Jullá** (ajulia@zinetmedia.es)

Editada por **Zinet Media Global, S.L.**

Distribuidor exclusivo en España: Logista Publicaciones

Distribuidor exclusivo en México: Sefeco México, S.A. de C.V.

con domicilio en calle Corona No. 23. Colonia Cervecera

Modelo Municipio Naucalpan de Juárez,

Estado de México. CP. 53330. Tel. (55) 7586 5532.

Número de Certificado de Reserva de derechos al uso exclusivo del

Título MUY HISTORIA: 04-2004-101814264400-102 de fecha 18 de octubre de 2024 ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

IMPRESO EN ESPAÑA. EDICION: 07/2025

Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información (ARI).

ARI

Depósito Legal: M-34023-2019. ISSN 2695-5377

© Copyright Zinet Media Global, S.L. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización expresa de la empresa editora.

**«Si utilizas al enemigo
para derrotar al enemigo,
serás poderoso en
cualquier lugar a donde
vayas»**

Sun Tzu (*El arte de la guerra*)



MIY
HISTORIA